

Primeros pasos en el Trabajo Social

Tomo 2.

Democracia y ética social
de Jane Addams



Compiladora Perla Hassan

Coordinadoras Viviana Bolcatto e Indiana Vallejos

Traductoras Candela María Bieler / Daiana Tamara M. Rabey /
María Eugenia Heber Zapata / Mercedes López

Primeros pasos en el Trabajo Social

Tomo 2.

Democracia y ética social
de Jane Addams

Compiladora Perla Hassan

Coordinadoras Viviana Bolcatto
e Indiana Vallejos

Traductoras Candela María Bieler /
Daiana Tamara M. Rabey / María Eugenia
Heber Zapata / Mercedes López

ediciones **UNL**

CIENCIA Y TECNOLOGÍA

Índice

Prólogo / 4

Presentación / 18

Prefacio / 21

1. INTRODUCCIÓN / 24

2. ESFUERZO CARITATIVO / 29

3. RELACIONES FILIALES / 51

4. MODIFICACIÓN EN EL HOGAR / 63

5. MEJORAS INDUSTRIALES / 73

6. MÉTODOS EDUCATIVOS / 89

7. REFORMA POLÍTICA / 105

Referencias bibliográficas / 125

**LA CONCIENCIA DE UNA NACIÓN: EL TRABAJO SOCIAL DE JANE ADDAMS
EN LAS COMUNIDADES DE INMIGRANTES DE CHICAGO.**

SUSANNE WATTS / 126

Referencias bibliográficas / 136

Sobre la compiladora / 138

Sobre las coordinadoras / 138

Sobre las traductoras / 139

Prólogo

El proyecto de dar a luz a una serie de publicaciones referidas a los *Primeros pasos en el Trabajo Social* es una gran noticia, y más aún si se trata de la traducción de obras clásicas de difícil acceso en nuestro medio.

En este caso es una apuesta para hacer llegar al colectivo profesional y a todas y todos los interesados en la reflexión sobre la intervención y la política social dos textos imprescindibles, ambos elaborados hace más de un siglo por Octavia Hill y Jane Addams, respectivamente, pioneras innovadoras que sentaron sólidas bases en el camino hacia la profesionalización del Trabajo Social. A ello se suma un artículo reciente publicado por Susanne Watts en el que recupera la experiencia realizada por Jane Addams en Chicago como antecedente del Trabajo Social con la comunidad de inmigrantes.

Se trata de una iniciativa original de colegas, docentes, investigadoras y estudiantes con quienes desde hace años compartimos la aventura y los desafíos de la investigación histórico–disciplinar. Un esfuerzo conjunto, de encuentro de saberes entre estudiantes y docentes de la Licenciatura en Trabajo Social y la carrera de Traductorado Literario y Técnico–científico de Inglés.

Esta publicación, muy oportuna por su contenido en los tiempos que corren, se inscribe en un contexto de reparación histórica, de reconocimiento, revalorización y visibilización de las primeras ideas, conceptualizaciones y prácticas innovadoras de una generación de mujeres que levantaron su voz

ante las nefastas consecuencias de la revolución industrial entre mediados del siglo XIX y principios del XX en Inglaterra y Estados Unidos.

Conceptos, experiencias que se gestan en un contexto de profundas transformaciones, en escenarios signados por la pobreza, insalubres, con precarias condiciones de vida, de trabajo, y deterioro del medio ambiente. Iniciativas que buscan y experimentan nuevas formas de dar respuestas en las que se articulan, se mezclan, se funden, fundamentos basados en la razón, la ciencia, el socialismo, la filosofía y valores cristianos humanistas. A pesar de las diferencias, hay un hilo conductor en ambas autoras: la mirada crítica respecto de prácticas e ideas arraigadas sobre la pobreza, la valoración y el respeto por la dignidad de las personas, la importancia central del conocimiento científico, la comprensión empática, la escucha, los métodos y las técnicas como derivados de fines y principios, la intervención como oportunidad, el encuentro con esos «otros», la dimensión ético-política de la intervención.

Si bien su contenido es de especial interés para nuestro campo disciplinar, podemos afirmar, como señala Horacio González (haciendo referencia a la sociología), que la historia del Trabajo Social formaría parte de la «historia de las ideas del mundo moderno» (2000:9) y constituye así un valioso aporte para los estudios sobre la historia social, de las mujeres y la política social.

Por lo tanto, la posibilidad de acceder a estos textos en castellano y su divulgación permitirán subsanar ciertas falencias en un área de vacancia en cuanto a una tradición escasamente estudiada o no tomada en cuenta en el campo académico y de la investigación. En los planes de estudio y programas de las asignaturas su presencia es casi inexistente.

Como señalan las coordinadoras de esta obra, «la traducción asume una función reactualizadora y divulgadora que permite hacer pública una parte del acervo profesional que nos estuvo vedada por la frontera de las lenguas, así como recuperarla y resignificarla con relación a la construcción identitaria de Trabajo Social». En tal sentido, es una invitación a reencontrarnos con nuestros orígenes, con nuestras ancestas, con ese linaje de mujeres valientes, creativas, transgresoras, que con aciertos y errores nos brindan su saber e inevitablemente nos contagian su entusiasmo en la lucha diaria por una sociedad más justa e igualitaria.

La invitación a escribir este prólogo volvió a ponerme en contacto con obras que venimos estudiando desde años; y ante la variedad de posibles ejes de análisis respecto de las diversas temáticas que abordan, la opción fue centrarnos y seleccionar algunos aspectos que consideramos fundantes de nuestro campo disciplinar, en particular aquellos que hoy siguen teniendo plena vigencia y hasta son indispensables para tener en cuenta tanto en la intervención profesional como en el campo de la política social.

Para introducir a lectoras y lectores en el clima de época, y como parte ineludible para la comprensión de una obra escrita, en primer lugar y en cada caso, haremos referencias a la historia de vida y trayectoria de las autoras en tanto mujeres inmersas en un contexto, en un lugar-tiempo, en tanto sujetos-históricos, para dar paso luego a la presentación de los textos.

Octavia Hill nació en 1838 en Wisbech, Inglaterra, en pleno corazón de la revolución industrial. Su casa natal es hoy un museo que atesora una reconstrucción de aspectos significativos de su vida, su biblioteca en la que no faltan obras de autores clásicos de la literatura, del romanticismo filosófico, del socialismo, como Carlyle, Ruskin, Robert Owen, entre tantos otros. En su pueblo, como en Londres, se respira su presencia y la de su familia plasmada en obras, homenajes, en calles y barrios que llevan su apellido. Falleció un 13 de agosto de 1912.

Influenciada por sus padres y abuelo, desde muy joven demostró un alto compromiso social y un accionar incansable a favor de los más pobres. Al igual que otros pensadores de la época, tempranamente advirtió el efecto negativo que generaban las precarias e insalubres condiciones de vida, de trabajo y del ambiente sobre las personas. A los 13 años atravesó una situación familiar que marcó su vida para siempre. A raíz del quiebre de los negocios y la enfermedad mental de su padre debió trasladarse con sus hermanas menores a vivir a Londres donde su madre, Caroline Southwood, una reconocida pedagoga, fue nombrada directora de la *Ladies Cooperative Guild*, una cooperativa de mujeres fundada por el reverendo y socialista cristiano Frederick Denison Maurice. Su objetivo estaba centrado en brindar una capacitación que permitiera a las mujeres necesitadas conseguir un empleo, adquirir independencia y autonomía económica. La tarea de la joven Octavia consistía en la enseñanza de oficios y la realización de tareas manuales con las hijas y los hijos de las mujeres que asistían.

La observación rigurosa, el registro cotidiano, el seguimiento del desarrollo de cada uno la llevaron a reconocer la importancia del trabajo personalizado y las capacidades que se podían desarrollar en un entorno favorable y, a su vez, el conocimiento directo de sus familias, la miseria de sus hogares, a implementar años más tarde un revolucionario e innovador sistema de acceso a la vivienda a través de alquileres a bajo costo.

En este ambicioso proyecto desarrolló un método de trabajo basado en el contacto «personal y prolongado» con las personas, para lo cual capacitó a una generación de mujeres en la filantropía profesional «científica» sobre el principio de que la participación e implicación personal de los arrendatarios era la clave del éxito del programa.

Si bien no pudo realizar estudios sistemáticos, su formación autodidacta y el contacto fluido con expertos, investigadores sociales y académicos, le permitieron crear métodos de trabajo de gran refinamiento metodológico. Según

Mary E. Richmond, Octavia Hill, adelantándose a desarrollos posteriores de la ciencia social, concibió a la «investigación» como medio de comprender que los seres humanos emergen de un entorno social, no puramente económico, y que la rehabilitación social debía ser su razón y objetivo.

En coincidencia con Beatrice Webb y Helen Bosanquet, con quienes fue parte de la *Royal Commission on the Poor Laws and Relief of Distress* (1905–1909) que debía realizar un estudio y proponer al Parlamento inglés reformas a la ley de Pobres, cuestionó la creencia de que la pobreza se debía a la debilidad moral y señaló que la misma se debía al desempleo, a los bajos salarios, y que las mujeres eran las principales afectadas.

En su larga trayectoria administró la *Sociedad Londinense Pro Vivienda de los Obreros*, fue la principal propulsora de la *Artisans Dwelling Bill* de 1875 (ley de Vivienda de Artesanos) y uno de los mayores reconocimientos en la actualidad se debe a su participación, en 1895, como una de las fundadoras del *National Trust*, institución para la conservación del patrimonio cultural, histórico y natural, y para luchar contra los efectos nocivos de la urbanización e industrialización descontrolada y su impacto sobre espacios verdes o de significado cultural.

En su accionar, sus ideas y mirada crítica frente a la cuestión social, puede observarse la influencia del socialismo cristiano y del romanticismo filosófico. Ante la amenaza del mundo caótico e industrializado, consideraba el derecho a la belleza como un asunto práctico que debía alcanzar la vida cotidiana de todas y de todos. La belleza como «emocionalmente, incluso espiritualmente potente», como fuente de salud humana y moral. Ello se asociaba de manera estrecha con la limpieza, la salud y el orden; de allí su preocupación por los entornos saludables.

Realizó diversas publicaciones y son numerosos los escritos sobre su vida y obra, cuya influencia se expandió por Europa y Estados Unidos.

Con respecto a la estructura del texto que aquí se presenta, *Viviendas de los pobres en Londres* (1875), se compone de dos prefacios y siete artículos publicados entre 1866 y 1874 en revistas londinenses en torno a diversos problemas vinculados con el hábitat y las condiciones de vida de las trabajadoras y los trabajadores y, particularmente, un análisis del impacto de la ley de Viviendas para la clase obrera. Entre sus principales críticas encontramos la denuncia por el alto costo de su implementación, irregularidades, mala distribución y calidad de la construcción de las viviendas, dificultades para el acceso, abusos, corrupción, y predominancia de los negocios inmobiliarios a la hora de «proveer las necesidades básicas».

Un primer aspecto a destacar es la perspectiva humanista e integral que reconoce, como señalan Engels, Eugene Buret, y otros pensadores de la época, que los efectos del pauperismo van más allá de las carencias materiales y

económicas y tienen un impacto devastador sobre la dignidad y la autoestima. Por lo tanto, consideraba que ya estaba demostrado que la «elevación espiritual de una gran clase dependía, en gran medida, de la reforma sanitaria», y del mismo modo, «era igualmente cierto, que la mejora sanitaria dependía de una acción educativa entre los adultos, que deben ser instados a librarse del cepe del letargo y los hábitos indolentes en el que han caído, y liberados de todo lo que les impide ese despertar». (1866, s/d)

En tal sentido, su propuesta consistía en «despertar los hábitos de trabajo y esfuerzo» con el fin de lograr mayores niveles de autonomía (p. 8).

A lo largo del texto va describiendo el sistema de acceso a la vivienda de alquiler a partir de una experiencia que desarrolló en cuatro años de gestión de un distrito y que se basaba en cuatro pilares: la ausencia de intermediarios y rigurosidad en el cobro del alquiler, la relación personal, la confianza, interés y responsabilidad establecida con los inquilinos, y el modo de ejercer influencia sobre ellos, subrayando la importancia del reconocimiento de sus derechos, lo cual facilitaría que aceptaran consejos.

En todo el desarrollo del programa encontramos constantes que hoy podemos considerar como claves del éxito de una intervención profesional: las nociones de proceso, tiempo, presencia, una relación profesional basada en el respeto, la valoración, aceptación, la participación activa de los sujetos, la combinación de estrategias asistenciales, preventivas y promocionales con un fuerte componente socioeducativo, la combinación de medidas de alcance general y en simultáneo, el reconocimiento de las trayectorias individuales, personales y familiares, es decir, *lo que hoy llamaríamos una mirada integral, situada*.

Tiempo y presencia, tan escasos en la actualidad, para escuchar, observar, conocer, para reflexionar junto con las familias sobre su situación, para idear e implementar posibles soluciones. Muy tempranamente Octavia Hill nos advierte que no existen soluciones *express* y que la transformación no se logra con intervenciones directivas o meramente indicativas.

Ningún aspecto le es ajeno. Afirma que los pobres de Londres necesitan de la alegría y la belleza en sus vidas, el juego, el arte, la música, para desarrollar el poder de la imaginación que fomente la esperanza, la energía, la previsión, la abnegación, así como la elección de gastos acertados y toda facultad que pueda abrirles el camino hacia fuentes nobles de felicidad.

Con relación a ello, varios capítulos están dedicados a las personas involucladas en estos proyectos y a las difíciles relaciones entre los propietarios, las caseras voluntarias, las inquilinas y los inquilinos de Londres. Contraria a la entrega de limosnas y dádivas, advierte que la exigencia estricta del cumplimiento de las obligaciones por parte de inquilinas e inquilinos debe ir

acompañada de un esfuerzo de justicia, de una genuina preocupación por el proceso de mejora de las condiciones de los edificios, estableciendo formas de ayuda respecto de sus necesidades: «los trataría con la misma cortesía con la que trato a cualquiera de mis amigos íntimos. No habría interferencia alguna, como tampoco se entraría a sus habitaciones sin ser invitado» (p. 55).

Otro tema de preocupación se centra en la coordinación y la articulación entre organismos oficiales y organizaciones de voluntarios en tanto se describen y analizan el funcionamiento de la Organización Social de Caridad (*Charity Organization Society*, COS), sus principios, y su relación con la implementación de la ley de Pobres. En cuanto a esta organización, valoriza su papel en su lucha «por la justicia y el orden» (p. 79), destaca la necesidad de desarrollar criterios uniformes para la toma de decisiones, métodos eficaces, la sistematización de la información, y resalta nuevamente el «gran movimiento organizador de toda ayuda», al que denomina «el elemento personal» (p. 67). Como forma de mitigar al «gran poder discrecional» del que gozan las personas que ejercen la ayuda, se dedica con gran empeño a la formación de voluntarias y administradoras de las viviendas, ya que las «visitadoras», encargadas de cobrar los alquileres, cumplían un papel fundamental en trabajar junto con las familias en un plan de superación de sus dificultades. Su tarea tenía el objetivo de «elevar a las personas gradualmente por encima de la humillante necesidad de caridad o de la asistencia de la ley de Pobres» (p. 87). Aquí lectoras y lectores encontrarán antecedentes más que interesantes e innovadores con referencia a la supervisión de los casos y de la actividad en terreno de quienes se inician hasta tanto puedan adquirir el conocimiento, la experiencia suficiente e internalicen «los objetivos para los cuales están asignados», hasta que «perciban que al tratar con la pobreza deben tener como objetivo prevenir antes que curar», y «que el mayor éxito estaría en desarrollar los recursos de los pobres», para que sean «energéticos, autosuficientes, previsores y trabajadores» (p. 87).

En el último capítulo aborda una temática de gran actualidad para analizar la situación de los barrios con más carencias y villas de emergencia de nuestro continente referida al problema de la falta de espacio necesario en las viviendas, el hacinamiento, la cohabitación, la convivencia con los vecinos y su impacto en la vida cotidiana. También advierte que los espacios verdes y lugares públicos no pueden ser exclusivos para los ricos, sino que hay que garantizar el acceso para que las trabajadoras y los trabajadores puedan sentarse, satisfacer necesidades elementales como jugar, pasear, que estén disponibles para pasar el día, después del horario escolar y los sábados. Responsabiliza a las compañías y al ayuntamiento londinense de su mantenimiento para que estos sean bellos, prolijos, iluminados y cuidados, y se encuentren a una distancia razonable de estos barrios, porque «todos necesitamos lugar, espacio, sin ello no podemos

lograr la calma y el silencio necesario para escuchar el suave susurro de las cosas buenas que se nos acercan» (p. 107), lo que a su vez tendría un «inmenso valor educativo». «Todas las clases, todos deseamos tranquilidad, todos necesitamos de belleza para refrescar nuestras almas» y ello no es un lujo. Cuando «Dios creó el mundo, lo hizo muy hermoso y su intención era que vivamos entre sus maravillas y que nos transmitan paz en nuestras vidas diarias» (p. 107).

En el Tomo 2 de esta colección, las autoras nos ofrecen dos textos inéditos en castellano sobre la obra de Jane Addams, nacida el 6 de septiembre de 1860 en Cerdaville, Illinois, quien hasta su fallecimiento, el 21 de mayo de 1935, a la edad de 74 años, compartió las últimas décadas de su vida junto a Mary Rozet Smith.

Su padre, John Addams, un hombre reconocido por su compromiso político y ciudadano, su honestidad e ideas progresistas, ejerció en ella una influencia decisiva, al igual que su segunda esposa, Anna Hostetter Haldeman. Su vida transcurrió en un período de profundas transformaciones políticas, económicas, sociales, demográficas, culturales, que cambiarían radicalmente el destino de Estados Unidos y del mundo entero, como la Guerra de Secesión, la Primera Guerra Mundial y la crisis del '30. Asimismo, perteneció a una generación de mujeres que rompieron con el modelo burgués y heteronormado imperante, un claro exponente del fenómeno denominado la «nueva mujer»: universitaria, soltera, sin hijas ni hijos, con independencia económica y alto grado de activismo político y social.

Sin embargo, la vida de estas mujeres por fuera de los márgenes de lo establecido no fue sencilla. En un período en el que la educación superior se secularizaba y las mujeres comenzaban a acceder a la universidad, ingresó en 1877 en el Rockford Female Seminary. Luego de su graduación, en 1881, y de una crisis personal producto de las contradicciones entre sus «deberes» como mujer e hija y sus inquietudes sociales, viajó a Europa y, luego del conocimiento de la experiencia del Toynbee Hall en Londres, tomó la decisión, junto a su amiga Ellen Gate Starr, de fundar en 1889 la Hull–House en Chicago.

La libertad que iban adquiriendo estas jóvenes ciudadanas y sus avances en diversos ámbitos científicos e intelectuales generaron distintas reacciones, críticas y mecanismos disciplinadores, como las «curas de reposo» que padeció en su juventud. Este «tratamiento» tenía como objetivo «desactivar» aquellos «cerebros inquietos» (Ehrenreich y English, 1990, citado por García Dauder, 2005) ya que se consideraba que las opciones por la vida pública, el estudio, la decisión de no casarse y no tener hijos no solo afectarían la salud de las mujeres sino el futuro de la nación.

Sin embargo, fiel a sus convicciones respecto de la responsabilidad social como valor y deber ciudadano, llevó adelante la innovadora y exitosa experien-

cia de la Hull House de Chicago, la cual constituye un antecedente ineludible del Trabajo Social con grupos y comunitario, y un modelo en el que el vínculo investigación–intervención, práctica política–reformas legislativas fue una de sus marcas distintivas.

Su testimonio quedó registrado en dos obras autobiográficas en las que relata esa experiencia en primera persona, *Twenty years at Hull House: wiht autobiographical notes*, y *The second twenty years at Hull House: september 1909 to september 1929*, publicadas en 1909 y 1930, respectivamente. Esta experiencia no fue un hecho aislado sino que formó parte del Movimiento de los Settlements Houses, que surgió en Inglaterra a partir de la experiencia del Toynbee Hall como una forma de dar respuesta desde la investigación, la producción escrita, la militancia política y la intervención, a los graves problemas sociales de la época con la convicción de que debían ser abordados tanto en forma individual como global. Sus voluntarias y voluntarios eran estudiantes y graduados universitarios y su particularidad era que implicaba a la vez una residencia *in situ*, la realización de actividades con un alto compromiso social y político y el desarrollo de investigaciones donde se establecía un vínculo basado en el contacto directo con las personas y su realidad con el fin de producir cambios sociales. De allí que su accionar se sintetice con las tres «R»: Residencia, Reforma e Investigación (*Research*).

Se brindaban servicios de salud, alimentarios, de ayuda social, junto a actividades sociales, políticas y artísticas. También era frecuente la activa participación de los máximos referentes del pragmatismo filosófico y del interaccionismo simbólico, como John Dewey, George Mead, con quienes, al igual que Mary Richmond, mantuvo una intensa amistad personal.

Dado que sus residentes, en su mayoría mujeres, contaban con un alto nivel de formación profesional de grado y posgrado sin posibilidades de ingreso a la vida pública/institucional, la Hull House se fue convirtiendo en un centro especializado de investigación social aplicada, orientada a producir conocimientos que permitieran fundamentar la necesidad de reformas legislativas y políticas sociales. Como señala Miguel Miranda Aranda (2010, citando a Mary Jo Deegan, 1990:33), la Hull House «era para las mujeres sociólogas lo que la Universidad de Chicago era para los hombres sociólogos: el centro institucional para la investigación y el pensamiento social».

Todas ellas son experiencias que produjeron fuertes rupturas con las antiguas prácticas de caridad y beneficencia, contribuyendo al proceso de profesionalización del Trabajo Social en Estados Unidos entre fines del siglo XIX y principios del XX.

A lo largo de su vida fundó y presidió numerosas instituciones. Fue la primera mujer presidenta de la National Conference of Charities and Corrections

y de la National Foundation of Settlements and Neighborhood Centres. Ante el estallido de la Primera Guerra Mundial contribuyó a la creación de la Liga Internacional de las Mujeres para la Paz y la Libertad y en 1920, y junto a líderes socialistas fundaron la American Civil Liberties Union y la National Association for the Advancement of Colored People (NAACP). Fue presidenta de la National American Woman Suffrage Association, miembro de la Liga Antiimperialista Americana y de la American Sociology Association. También tuvo una participación activa en el National Progressive Party en 1912 y en el Women's Peace Party, del que fue presidenta en 1915.

Algunas de estas instituciones hoy tienen plena vigencia.

En reconocimiento a su militancia pacifista, en 1931 recibió el Premio Nobel de la Paz a pesar de que en su país fuera considerada como sospechosa de traición a la patria por su postura contraria a la participación en la gran guerra.

Fue una de las pocas mujeres con título universitario que pudo reingresar a la universidad destacándose como investigadora y académica en el Departamento de Sociología de la Universidad de Chicago y, como algunos sugieren, su auténtica fundadora. Y no obstante su situación de ventaja respecto de sus otras compañeras, realizó severas críticas a dicha institución y a la sociología académica, a la que consideraba «elitista, patriarcal e intelectualista» (Miranda, 2010:185).

En cuanto a sus ideas, adhirió al pragmatismo filosófico y a una concepción de la democracia «radical» por la que no solo luchaba sino que la ejercía en todos los ámbitos. Asimismo, su pensamiento se inscribe en el «feminismo cultural», convencida de que los valores femeninos eran política y éticamente superiores a los masculinos, y de que una sociedad dirigida por aquellos sería más productiva, justa e igualitaria. Casi un siglo antes de la llegada del «multiculturalismo», desarrolló importantes ideas con relación a la importancia moral de la diversidad. Como señala M. José Binetti (2015), se la considera como pionera del feminismo de la diferencia «en su vertiente sociopolítica y en su praxis ético-social», y sobre la base de dichas ideas concibió, junto con otras mujeres, una ruptura del paradigma cultural hegemónico en tanto propuso «una praxis sociopolítica diferencial».

Un tema de constante análisis y preocupación fue la situación de las mujeres que retrata magistralmente en *The long road of woman's memory* (1916), donde combinando recursos de la investigación cualitativa y etnográfica rescata y valoriza el papel de la memoria en la vida de las mujeres, en particular de las más pobres, las excluidas, violentadas, las inmigrantes, que componían el grueso de las mujeres en el mundo. Algunas de estas ancianas habían lidiado durante fatigosos años con la pobreza y la procreación, sabían lo que era ser intimidadas y golpeadas por sus maridos, descuidadas e ignoradas por sus

hijos prósperos y agobiadas por apoyar a los imbéciles y los vagos. Habían, literalmente, «escrito profundamente todos sus días con el cuidado».

Escritora prolífica, tiene más de doscientos artículos publicados en las revistas de ciencias sociales más prestigiosas de la época, una decena de libros, y participación en cientos de conferencias, lamentablemente desconocidos en el campo académico y profesional en América Latina.

Luego de esta introducción, compartimos entonces algunas reflexiones sobre ideas que consideramos que siguen teniendo vigencia como bases y fundamentos para la intervención en Trabajo Social, presentes en las dos obras de este volumen.

Democracia y Ética social consta de siete capítulos en los que la autora reflexiona respecto del «desajuste» o «inadaptación ética» a la hora de tratar asuntos sociales, ello como resultado de actuar en sociedad siguiendo los códigos de ética utilizados en las relaciones individuales, sin adaptarlos a las relaciones sociales más amplias», a lo cual se suma la dificultad de no poder percibir con claridad lo que «demanda la situación».

Atenta a los vertiginosos cambios sociales que estaba atravesando la sociedad norteamericana, interpela a sus contemporáneas y contemporáneos en cuanto a las exigencias éticas que requerían los nuevos tiempos. Si, como señala, la ética es sinónimo de «rectitud», no basta comportarse conforme a la moral individual, sino que la evaluación de la conducta de cada ciudadana y ciudadano debe ser social (p. 24, Tomo 2).

Desde una visión dinámica y transformadora, advierte que los estándares morales no son estáticos, no se adquieren de forma mecánica, y por lo tanto cada generación, cada época debe, en función de las nuevas realidades, ir generando un nuevo credo y una nueva práctica de la moral social. En tanto son producto del constante desarrollo racional de la vida, requieren de conocimiento, de diversas experiencias humanas de solidaridad y empatía, que no son más que las bases y garantías de la democracia. Aquí observamos el ideario pragmatista en la valoración del aprendizaje, la inteligencia como herramientas para la adaptación activa a los desafíos que nos presenta la realidad, su perspectiva «situada», una concepción de la democracia que atraviesa todos los ámbitos de la vida cotidiana y social, y una ética social entendida como sinónimo de la búsqueda del bien común, la equidad, la justicia social y la dignidad de todos los hombres.

Al igual que Octavia Hill, James Addams realiza un extenso análisis sobre las acciones de tipo caritativo, el trabajo de las visitadoras sociales y la relación entre «benefactor y beneficiario», sobre la que tiene una mirada crítica ya que la considera desigual y contraria a la esencia de la democracia.

Visibiliza asimismo las tensiones/contradicciones entre los principios del sistema democrático y las formas de actuar en tanto ciudadanas y ciudadanos, entre las teorías y la práctica, entre la visión y las experiencias de vida, entre quienes proporcionan la ayuda y quienes la reciben. Rechaza la visión vigente hasta principios del siglo XX (y que aún persiste) según la cual se valoraba a las personas en función de su éxito económico, como si ser rico fuera sinónimo de rectitud. En consecuencia, «la pobreza era sinónimo de vicio y pereza», el sujeto era culpable de su situación, y la caridad era administrada con «severidad y sin cargo de conciencia», sin tomar en cuenta que la pobreza era producto del ambiente y las condiciones de vida (p. 30, Tomo 2).

Por el contrario, su enfoque se basó en la importancia de la comunicación empática con las personas que solicitaban algún tipo de ayuda, otorgándole «dignidad» a la práctica de la caridad como «servicio consciente» (p. 34, Tomo 2). Sostiene entonces que antes de juzgar negativamente es necesario de comprender lo que implica «la lucha por la existencia» (p. 40, Tomo 2), sobrevivir en situaciones de extrema pobreza, desarraigo. Se trata de escuchar lo que las personas tienen para decir sobre su situación y desarrollar estrategias creativas junto con y acordes a sus demandas, con perspectiva de futuro, de oportunidades de mejora donde el otro sea parte y no un espectador solitario.

A lo largo del texto analiza las dificultades para llevar a la práctica los ideales democráticos en diversos ámbitos de la vida social (la fábricas, la educación y en particular en la familia), los cuales deben evolucionar, progresar y volverse más amplios e inclusivos. Igualmente, pone en tensión, nos interpela respecto de las contradicciones entre los principios que rigen el mundo público y el mundo privado cuando se trata de evaluar la conducta o las oportunidades de desarrollo de una mujer, los mandatos respecto de sus «deberes» como hijas y luego como madres y esposas. Esta tensión aparece claramente en las mujeres universitarias y, a diferencia de los especialistas que recetaban «reposo», asegura que lo que ellas necesitaban «es simple, una actividad que provea salud, una que implique el uso de todas sus facultades para dar respuesta a todos los reclamos que las movilizan» (p. 57, Tomo 2).

Sin desconocer que las dificultades que enfrentan las mujeres están transversalizadas por las diferencias de clase social, encontraremos un interesante análisis respecto de la relación de dependencia y opresión entre «la patrona y la empleada doméstica», denuncia la doble moral y resalta el valor económico del trabajo doméstico.

Con referencia a la intrínseca relación entre democracia y educación, al igual que Mary Richmond y en plena coincidencia con las ideas de John Dewey, analiza los métodos educativos, el papel de educadores y el necesario rol activo de los educandos. Resaltamos en este ideario un aspecto fundacional y actual

para el Trabajo Social, como aspirar al máximo desarrollo de las personas, de sus habilidades y capacidades, no solo como un derecho sino como una condición para el desarrollo de la sociedad, la igualdad social y el progreso social.

Por último, denuncia que el ámbito de mayor corrupción, contradicciones y demagogia se observa en el sistema político, recordándonos que el «único campo de expresión de la ética, (...) el campo moral es de la acción» (p. 122, Tomo 2).

El segundo artículo que nos ofrecen las autoras es una publicación reciente de Susanne Watts, titulado originalmente *The Conscience of a Nation: The Social Work of Jane Addams in Chicago's Immigrant Communities* (2014) en el que recupera los aportes de Jane Addams en cuanto a los antecedentes del Trabajo Social con la comunidad de inmigrantes en la experiencia llevada a cabo desde la Hull House.

Su autora, originaria de Alemania, centró su formación de posgrado en la Universidad de Dakota del Norte en el estudio de la emigración alemana a los Estados Unidos, el concepto de patrimonio cultural e identidad y su preservación durante la Primera Guerra Mundial, y en los diferentes enfoques que los trabajadores sociales, los empresarios y el gobierno de los Estados Unidos adoptaron respecto de la tarea de asimilar y americanizar a los inmigrantes. De allí su interés por la obra de Jane Addams, la cual, según sus palabras, en un momento en que se desconocía la asistencia del gobierno, influyó en la promoción de la reforma social y en la extensión de los servicios sociales que eventualmente influirían en la legislación federal.

Luego de describir el contexto y precarias condiciones de vida y de trabajo de las y los inmigrantes que llegaban por millones a las ciudades norteamericanas, destaca cómo fue concebido el ambicioso proyecto de la Hull House, los principios éticos, fines últimos, la dimensión ético-político-filosófica y los objetivos, para facilitar la comprensión y analizar el sentido, el significado de las acciones llevadas a cabo.

Como antecedente del Trabajo Social, las residentes de la Hull House crearon una comunidad insertándose en uno de los barrios más pobres, trabajando junto/con la población y atendiendo sus necesidades, desde sus demandas, buscando formas pertinentes, adecuadas a sus costumbres y características. Quizás lo más novedoso y disruptivo es la idea de que para alcanzar un verdadero sentido de comunidad es imprescindible del mutuo conocimiento y que el otro, aun esa persona en desventaja, es alguien de quien aprender.

Dada la diversidad cultural y étnica, nuevamente en consonancia con Mary Richmond, brega por garantizar el acceso a mejores condiciones de vida y a la vez particularizar las intervenciones según las trayectorias individuales o situaciones de cada colectivo específico. Lejos de hegemonizar las acciones, consistía en atender las demandas y cambiantes necesidades. Tampoco se trataba de

«americanizar», sino de evitar la segregación y permitir que las y los inmigrantes estuvieran totalmente integrados a la sociedad y vida estadounidense.

En forma simultánea, se desarrollaron numerosas investigaciones y escritos que posibilitaron dar visibilidad, hacer pública la situación de la clase trabajadora inmigrante.

A lo largo del texto encontramos conceptos y principios como la defensa irrestricta de la democracia, una ética basada en la igualdad y la justicia social, una concepción integral de sujeto, una perspectiva de la intervención que da cuenta en términos actuales del paradigma de la complejidad y de la integralidad.

Como señala M. Teresa Gijón, si hoy tuviéramos la oportunidad de preguntarle a Jane Addams cómo se «autoidentifica disciplinar y profesionalmente» seguramente se situaría en:

una posición transdisciplinar en el contexto del Trabajo Social (...) en un epistemología científica de producción del conocimiento circular, inductiva y subjetiva que, paradójicamente no rechazaría implícitamente el planteamiento lineal, deductivo objetivo cuando el problema social a abordar así lo requiriese. (209–210)

Retomando palabras de Samuel Jones (2012) en ocasión del centenario del fallecimiento de Octavia Hill, podemos decir que el legado de estas pioneras está aún presente, de manera que celebramos la iniciativa de esta publicación para «pensar de nuevo: para ver los vínculos que existen, pero están enterrados y las conexiones que nunca se han hecho con nuestra realidad actual».

BIBIANA TRAVI ¹

1 Licenciada en Trabajo Social (UBA). Posgrado en Planificación y Gestión de Recursos Humanos y Políticas Sociales (Université de Paris I, Panthéon–Sorbonne y UBA). Magíster en Políticas Sociales (UBA). Posgrado en Psicología Social (CCES).
Docente e investigadora en universidades nacionales y extranjeras. Autora de libros y publicaciones sobre la especialidad. Experiencia profesional en el abordaje de la violencia contra las mujeres en el ámbito doméstico. Supervisora de equipos profesionales. Miembro activa en cuerpos colegiados profesionales y académicos. Militante social, feminista y activista.

Referencias bibliográficas

- Barnett, Samuel (1888).** *Practicable Socialism. Essay on Social Reform.* Longmans, Green and Co.
- Binetti, María J. (2014).** Acción materna y acción social: el caso estadounidense. *Rev. Trabajo Social*, (86). Facultad de Ciencias Sociales, Pontificia Universidad Católica de Chile.
- García Dauder, Silvia (2005).** *Psicología y Feminismo: Una aproximación desde la psicología social de la ciencia y las epistemologías feministas.* Dpto. Psicología Social, Facultad de Psicología. Universidad Complutense de Madrid.
- Gijón Sánchez, María Teresa (2017).** Jane Addams y su posición trasdisciplinar en el contexto del trabajo social. En Raya Díez, E.; Caparrós, N.; Lorente, B.; Anaut, S. (Coords.). *Ciencia y Esencia de la práctica del Trabajo Social.* Tirant lo Blanch. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/libro?codigo=708283>
- González, Horacio (2000).** *Historia crítica de la sociología argentina. Lo raros, los clásicos, los científicos, los discrepantes.* Colihue.
- Hill, Octavia (1866).** Hogares de los pobres de Londres. *Quincenal Review*, noviembre de 1866.
- Jonnes, Samuel (Ed.) (2012).** *The enduring relevance of Octavia Hill.* Demos.
- Miranda Aranda, Miguel (2010).** *De la caridad a la Ciencia. Pragmatismo, interaccionismo simbólico y Trabajo Social.* Vol. I. Espacio Editorial.
- Travi, Bibiana (2015).** Jane Addams, pionera de la sociología y del Trabajo Social: la memoria y la visibilización de la violencia contra las mujeres. *Debate Público. Reflexión del Trabajo Social*, 5. Trabajo Social, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. http://trabajosocial.sociales.uba.ar/web_revista_9/PDF/15_Travi_9.pdf

Presentación

Estas obras son parte de una serie de traducciones de textos inéditos en español escritos por algunas de las mujeres pioneras del Trabajo Social y por autores que escriben sobre ellas. Revisitar la obra de las pioneras permite la interacción directa con sus escritos, evita miradas retrospectivas que hacen una tergiversación histórica del contexto de producción, y puede aportar a la reconstrucción de los complejos itinerarios del devenir de una ocupación en profesión.

En este sentido, esta publicación asume una función actualizadora y divulgadora que posibilita hacer pública una parte del acervo profesional. Un acervo que, hasta el momento, nos estuvo vedado por la frontera de las lenguas. Asimismo, aporta a recuperarlo y resignificarlo con relación a la construcción identitaria del Trabajo Social.

En los inicios del siglo XXI, podemos aseverar que si la aparición del libro —como artefacto de circulación del saber— contribuyó a la divulgación del conocimiento socialmente acumulado más allá de los límites temporales y espaciales, las políticas editoriales influyeron —en una medida similar— a su visibilidad o su ocultamiento al definir qué es lo que circulaba y para qué público era accesible. Estas políticas condicionaron la casi nula circulación masiva, en Iberoamérica, de los escritos y la obra de las pioneras de Trabajo Social, que no fueron traducidas o lo fueron parcial y/o tardíamente.

Sin pretensiones de modificar de modo radical esta limitación, la presente publicación es el resultado de un trabajo mancomunado entre estudiantes, traductoras e intérpretes de inglés del Instituto Superior de Profesorado N° 8 Almirante Guillermo Brown (ISP) y docentes e investigadoras de la Licenciatura en Trabajo Social, en el marco del CAI+D¹ «La profesionalización de la Asistencia Social. Santa Fe en el segundo tercio del siglo XX» de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad Nacional del Litoral.

Este trabajo es, entonces, producto de la educación pública argentina, de la posibilidad de integrar, sumar, aunar esfuerzos y compromisos de equipos que forman parte del sistema educativo provincial y del sistema universitario nacional, en los que cotidianamente y desde distintos puntos de vista se trabaja a diario y con compromiso por producir conocimiento de calidad.

Las estudiantes de Traductorado realizaron esta tarea en el encuadre de la asignatura Práctica de la Traducción Especializada, con supervisión y corrección de las docentes Perla Hassan y Patricia Pradolín. El equipo de docentes e investigadoras, que coordinó y sostuvo el acompañamiento disciplinar a las traducciones, estuvo integrado por Viviana Bolcatto, María Celia Mainero, Marianela Moretti, Cecilia Rambaudo, María Soledad Schmuck e Indiana Vallejos. Durante todo el proceso de escritura del Tomo I contamos con la valiosa colaboración de la traductora Celeste Flores.

Agradecemos al ISP, especialmente a las profesoras Hassan y Pradolín, y a las entonces estudiantes por haberse embarcado en esta tarea que superó las exigencias académicas y que asumieron con generosidad y responsabilidad. También agradecemos a las autoridades institucionales, en particular a Paola D'Angelo, que autorizaron y flexibilizaron las pautas de acreditación institucional de la asignatura para poder concretar este proyecto.

Asimismo, agradecemos la generosidad de la Mg. Bibiana Travi, quien aceptó prologar este trabajo. No solo dedicó su tiempo y esfuerzo para esta tarea puntual, sino que nos acompañó en el trayecto inicial de la investigación y nos motivó al primer acercamiento con estos textos. Bibiana y los equipos que lidera han contribuido a la divulgación de la figura de las pioneras del Trabajo Social, posibilitando un reencuentro con su obra.

Como equipo de investigación nos dedicamos a indagar acerca de los orígenes de la profesión de Trabajo Social en la ciudad de Santa Fe, Argentina. Hay indicios de que las primeras estudiantes en la Escuela de Servicio Social santafesina se formaron con textos de estas y otras pioneras. Algunos que leyeron en su lengua original, otros que fueron traducidos por Jacqueline Dachary (quien trabajaba como personal estable en la biblioteca de esa institución realizando

1 Curso de Acción de Investigación y Desarrollo.

tareas de traducción).² Sin embargo, esos textos no fueron publicados en español y se perdieron. Nuestro interés por historizar los orígenes profesionales nos motivó a impulsar estas traducciones. Pero el sentido de la investigación no es producir conocimiento que se archive en bibliotecas cerradas o se limite al informe institucional, sino que —por el contrario— es que se divulgue y circule, tanto en el mundo académico como para el público en general.

Esta serie, entonces, es una invitación destinada a quienes están transitando procesos de formación en Trabajo Social, a quienes enseñamos y hacemos investigación en esa disciplina, pero también a quienes hacen y estudian historia de las mujeres, de la intervención social y de la política social, y a todos quienes estén interesados, a que revisitemos la obra de algunas de las reformadoras sociales inglesas y estadounidenses de fines del siglo XIX y principios del siglo XX, quienes también fueron pioneras del Trabajo Social profesional.

VIVIANA BOLCATTO E INDIANA VALLEJOS

2 *Revista de la Escuela de Servicio Social*, N° 3, 4 y 5.

Prefacio

Jane Addams nació en Cedarville, Illinois, el 6 de septiembre de 1860 y se graduó del Seminario Femenino de Rockford en 1881. Luego de finalizar sus estudios fundó, junto con su compañera Ellen Gates Starr, la Hull House, donde trabajó y vivió hasta su muerte en 1935. Hull House fue la primera institución social en Estados Unidos dedicada a los inmigrantes, con guardería infantil y diversos programas de educación y viviendas de bajo costo. En plena época de industrialización, urbanización e inmigración, Jane creó un espacio para poder ayudar a las personas más necesitadas y fomentar las virtudes, la salud, la creatividad y, fundamentalmente, la educación; formación que ella consideraba imprescindible para que las personas pudieran hacerse escuchar y hacer valer sus derechos. Addams creía que los pequeños actos de bondad conducían a grandes actos de compasión, su objetivo era cultivar la mente de las personas para que tuvieran conciencia de su valor dentro de la sociedad. Además de sus incontables logros en el ámbito del trabajo social, Jane fue una reformista social que tuvo influencia no solo a nivel nacional sino también internacional.

Al leer e imaginar el accionar de Addams, es inevitable reflexionar sobre la conciencia colectiva como pueblo y nación. Sobre cómo el trabajo social y la historia que forjamos nos brindan los cimientos para poder crear y fortalecer una sociedad más justa. Tomar en cuenta nuestra propia historia y sus modelos es crucial, pero también lo es considerar los modelos de actores sociales relevantes en otros lugares, sociedades, culturas y contextos. Jane Addams

fue una actora social con una vida forjada de aprendizaje y labor cooperativa. La obra de Addams nos invita a reflexionar y aprender, a cuestionar y cuestionarnos a nosotros mismos como miembros de la sociedad. Es un eslabón que nos abre un poco más el camino que tomaremos como profesionales y, fundamentalmente, como actores sociales. Pensar en inmigración, educación, labor colectiva y nación es un disparador para comenzar a leer y profundizar el accionar de Addams en la sociedad estadounidense, pero sin dejar de lado la reflexión con respecto a nuestra sociedad y situación actual. Si bien sus escritos datan de un contexto histórico bastante distinto del que vivimos hoy en día, sus ideas siguen siendo innovadoras en las esferas políticas actuales.

La obra *Democracia y ética social*, escrita por Addams y publicada en 1902, constituye la base de su pensamiento revolucionario. Cuenta con siete capítulos en los que se plantean reformas de todo tipo: sociales, industriales y educativas. Más allá de proponer la integración política de todos los miembros de la sociedad, la democracia no solo es vista como un régimen político sino como una forma de vida que puede crear nuevas conductas beneficiosas para todos. Addams expone una significativa reflexión acerca de la importancia de concebir la moralidad no como algo individual, sino más bien como un asunto social.

Por otro lado, el escrito de Susanne Watts nos acerca a la idea de conciencia social y reformismo. Nos permite abrirnos a estos conceptos e ideas que no quedan solo en la abstracción, sino que nos posibilita pensarlos y ubicarlos en un ámbito de acción. Una gran oleada de inmigrantes arribó a las costas estadounidenses en el siglo XIX en busca de mejores perspectivas de vida. Sin embargo, las deplorables condiciones en las fábricas y en los barrios urbanos donde se asentaron les demostraron lo contrario. Ante este escenario sociopolítico, reformistas sociales se pusieron de pie en defensa de la clase trabajadora inmigrante. Uno de ellos fue Jane Addams, quien, contando con el apoyo de su amiga Ellen Gates Starr, abrió paso a una nueva forma de concebir el trabajo social en las comunidades de inmigrantes de Chicago a través de la institución Hull House situada en un barrio obrero.

La publicación de esta obra se hizo posible gracias al trabajo conjunto de estudiantes de la carrera de traductorado, traductores, correctores, editores y profesoras. La traducción comenzó como una propuesta de la cátedra de Práctica de la Traducción Especializada del ISP N° 8 Alte. Guillermo Brown. Traducir a Jane Addams fue un verdadero placer y celebramos la iniciativa de publicar su libro. Hoy, más de cien años después de que ella escribiera por la búsqueda de una democracia más amplia y una sociedad más inclusiva, es inevitable apreciar los avances que se han logrado pero también lo es quedarse pensando cómo aún seguimos en búsqueda de los mismos propósitos.

Agradecemos a nuestra tutora Viviana Bolcatto por sus correcciones y por transmitirnos su devoción por el trabajo social; a nuestras profesoras Perla Hassan y Patricia Pradolín por su seguimiento durante el proceso de traducción y por su predisposición para brindarnos ayuda y asistencia. Por último, solo queda agradecer a Jane Addams por su contribución al desarrollo del trabajo social, por haber luchado por los derechos de las personas, la diversidad cultural y la igualdad de género... por mostrarnos la importancia de tomar conciencia sobre el impacto que tienen nuestros actos en la sociedad y así poder cambiar patrones de conducta perjudiciales para la democracia y la ética social.

Traductoras

Candela Bieler

Mercedes López

Daiana Rabey

Eugenia Zapata

Editoras y compiladoras

Mercedes López

Eugenia Zapata

1. **Introducción**

De vez en cuando, es acertado que nos recordemos a nosotros mismos que «ética» no es más que un sinónimo de «rectitud». Algo que tantos hombres y mujeres han deseado por generaciones, y sin lo cual la vida pierde sentido.

Algunas formas de rectitud individual se han vuelto casi automáticas para la comunidad en general. Para la mayoría de nosotros, no robar es tan fácil como respirar, en ambos accionares aplicamos casi la misma cantidad de moral voluntaria. Robar sería caer por debajo de lo cotidiano y de lo que se espera de nosotros, sería algo tan desgraciado que hace que la virtud de no hacerlo nos parezca natural. De la misma manera, se nos ha criado con un sentido de obligación familiar, que nos inculca ser generosos y considerados con los miembros de nuestro hogar y sentirnos responsables por su bienestar. Estas reglas de conducta por las que nos regimos a nosotros mismos y a nuestra vida familiar, también se expanden a ciertos círculos de amistad. Si cumplir estas demandas fuera toda la virtud necesaria para la vida, se volvería realidad el deseo de tantos hombres y mujeres inocentes de tener una vida digna.

Pero todos sabemos que cada generación debe superar una prueba, una con parámetros modernos que pueda juzgar adecuadamente los logros morales de la actualidad; no se deben utilizar pruebas de tiempos anteriores, menos vigorosas, como medida de valoración. Esta prueba más avanzada debe incluir como base aquel desafío que ya se ha superado, y no solo debe considerar el desafío anterior si no que debe ir más allá, debe ser incluso más exigente. Si

ese no es el caso, solo estaremos retrocediendo y caeremos en la complacencia de pensar que hemos superado esta nueva prueba cuando en realidad solo estamos en el comienzo.

Alcanzar la moral individual en una época que demanda moral social, enorgullecerse de los resultados de esfuerzos personales cuando los tiempos demandan un ajuste social, solo son indicadores de una falla en la comprensión de la situación actual.

Tal vez no sea irrelevante que un crítico alemán nos haya hecho reflexionar acerca de que la evaluación más autoritaria y dramática que nos presenta el Día del Juicio Final, es la evaluación social. Las preguntas más severas no se interesan por lo personal ni lo familiar, sino que son aquellas que interrogan: «¿habéis visitado a los pobres, a los criminales, a los enfermos? ¿Habéis dado de comer a los hambrientos?».

Todos nosotros somos hombres y mujeres que nos sentimos insatisfechos con la actitud que tenemos con relación al orden social, a la rutina insulsa y monótona del trabajo, a los placeres que se han reducido solamente al apetito, al desinterés hacia la fuerza intelectual, a la falta de alimento para el intelecto que padecen la mayoría de nuestros vecinos. Nos hemos encontrado con un desafío moral que nace de las exigencias de la vida contemporánea. Algunos están desconcertados, otros no encuentran la solución y piensan en huir, pero todos estamos cada vez más preocupados sobre nuestra relación actual con la organización básica de la sociedad.

La evaluación que estos miembros aplicarían a su conducta, sería una evaluación del tipo social. No son felices cumpliendo sus obligaciones personales ni familiares, y luchan por responder a una nueva demanda de obligación social. Saben que deben hacer algo más, que deben contribuir al código de ética social. La concepción de vida que llevan en su interior aún no se ha expresado en cambios sociales ni en instrumentos jurídicos, sino que está presente en el plano mental, donde perciben que algo parece no encajar, notan una dicotomía entre la manera de pensar y la de comportarse. Desean que haya una nueva definición del código moral que se adapte a las demandas de la vida contemporánea y cumplir con ese nuevo código. Necesitan un nuevo credo y una nueva práctica de la moral social. En la complejidad de esta situación, algo es seguro: si creen que el ideal moral que se necesita en la actualidad es el de la moral social, deberán entrar en contacto con la experiencia moral del grueso de la población para así conseguir un fin social adecuado.

Estos hombres y mujeres se han dado cuenta de la situación y han hecho explícito su férvido deseo de tener más conocimiento y participación en las vidas de las personas. Creen en que la experiencia genera confianza y otorga un impulso espontáneo hacia el buen accionar, en todo tipo de relaciones.

Hasta podemos imaginarnos a muchos de ellos diciendo: «Utilicen nuestra experiencia como un gran molde que sirva para darle una nueva forma a las costumbres, nuestras vidas son guiadas por los grandes fines sociales. Cumplimos con nuestros deberes familiares no porque nos lo hayamos planteado como una meta, es simplemente una actitud espontánea; es así porque existe en nosotros una base de recuerdos y sentimientos de la que deriva naturalmente esta obligación. De esa misma manera debemos prepararnos para los deberes sociales más grandes».

Tal planteo es razonable, por medio de nuestra experiencia diaria hemos aprendido que los estándares morales no nacen de manera mecánica de un día para el otro, no basta con que cierta mañana estemos de humor para comenzar a obrar de manera diferente. Al contrario, la gestación de valores morales es un desarrollo racional de la vida y la convicción de alcanzar esos valores viene del interés en la vida misma. Poco a poco, nos vamos dando cuenta de que la vida consiste en procesos y resultados. Y que es probable que se den fallas cuando no se presta la suficiente atención a la adecuación de los métodos, cuando se es egoísta o cuando los fines no son honestos. Cuando eso sucede, adquirimos un concepto de Democracia que está lejos de ser el sentimiento de búsqueda del bien común, o un credo que predica sobre la dignidad y la igualdad de todos los hombres, sino que termina siendo una regla que dicta de qué manera se debe vivir, a la que debemos obedecer ciegamente.

Estamos aprendiendo que los parámetros de ética social no se adquieren en soledad, recorriendo senderos apartados. Al contrario, la manera ideal es entrar en el camino congestionado, el que es transitado por muchos. Así poder contar los unos con los otros y al menos poder dimensionar con qué cargan los demás. Seguir el camino de la moral social es inevitable en el accionar, o al menos en la actitud, de un espíritu democrático. Se tienen en cuenta las diversas experiencias humanas y se responde con empatía, características que son, a la vez, base y garantía de la democracia.

Hay varios indicadores de que este concepto de democracia está creciendo entre nosotros, hemos desarrollado un gran interés en la vida humana en sí y en lo esencial que es una vida en bienestar. Creemos que la experiencia genuina nos guiará por el camino correcto, aún más que la información científica.

También nos damos cuenta de que la perspectiva social y la sanidad de juicio solo se obtienen a través de la experiencia social, ese contacto es la mejor manera de corregir las opiniones sobre el orden social y los esfuerzos que se hacen para mejorarlo, por más humildes que sean. En verdad, es esta conciencia sobre el valor esclarecedor y dinámico de esta experiencia humana más amplia y detallada lo que explica en gran parte la nueva curiosidad que hay sobre la vida humana, basada en fundamentos morales más que intelectuales.

Incluso en los periódicos se manifiesta una evidente reflexión sobre esta demanda popular, se escribe sobre los aspectos más triviales y también sobre lo más crucial de este asunto. El escenario se asemeja a esa curiosidad de «¿qué es esto?» y «¿para qué se usa?» propia de los niños. Esta es la forma que toman las primeras apariciones de conciencia social, tal como los primeros indicios de inteligencia en los niños se manifiestan mediante cuestionamientos constantes del infante y la aparición de una curiosidad insaciable.

La literatura también retrata este deseo absorbente de querer conocer todos los diferentes estilos de vida. Los libros populares son las novelas, que muestran todo tipo de diferentes circunstancias y estilos de vida. Se las lee no solo porque son entretenidas, sino también porque en cierto punto satisfacen una creencia tácita de que pudiendo ver más allá, pudiendo conocer a todos los hombres desde diferentes perspectivas, se conseguirá una herramienta útil para una mejor reforma social, una que pueda remediar todos los males de la sociedad.

Sin duda, quien tenga la convicción de que el pecado es la causa de los problemas sociales, encuentre escaso consuelo al leer sobre la vida de los pobres; y de esa lectura derive un sentimiento de complicidad por hacer el bien. A aquella persona le gusta pensar que sabe sobre los errores de la sociedad, aunque no haga nada para remediarlos, y posee un fundamento genuino que lo lleva a tener esa creencia.

En parte, es a través de esta amplia lectura sobre la vida humana que comenzamos a sentir afinidad por todos los hombres, algo que antes no sucedía. La maldad ya no nos impacta como antes y tenemos en mente a un hombre piadoso y empático que puede entender la mente criminal. Por conocimiento común, hemos aprendido que mucha de la insensibilidad y frialdad del mundo se da por la falta de imaginación, que hace imposible poder dimensionar lo que otros han vivido. Existe la convicción de que tenemos la obligación moral de elegir nuestras experiencias, ya que el resultado de esas experiencias será lo que determine nuestro entendimiento sobre la vida. Sabemos por instinto que si despreciamos a nuestros pares y limitamos nuestro círculo de interacción a un grupo de gente que encaja en ciertos parámetros que consideramos respetables, no solo restringiremos nuestro rango de vida, sino también limitaremos el enfoque de nuestra ética.

Hay una característica en común que comparten todas las personas egoístas que hemos conocido: su convicción de que son diferentes a todos los demás y de que necesitan de atención especial por ser más sensibles o refinados. Estas personas «se rehúsan a vincularse con algo que no sea el lujo del amor y la admiración, la identidad de la opinión política o su creencia religiosa». Los clasificamos como egoístas no porque sean personas que tengan la voluntad de regirse con egoísmo, sino porque su interés en la selección de experiencias

es bastante acotado y se limita a una esfera en particular. Los consideramos la encarnación de los peligros que trae centrarse solo en problemas muy particulares y estrechos que también son regresivos, pues no aportan nada al progreso.

Por último, sabemos que la verdad solo puede salir a la luz mediante un interés democrático y racional de la vida. Nos esforzamos en poder lograr que la verdad tenga expresión social. Entonces la identificación popular, que es el ideal esencial de la democracia, se convierte en la fuente y la expresión de la ética social. Solo queremos la experiencia humana en su mayor esplendor, aunque nos cueste caminar entre sudor y empujones de la gente, algo menos que eso no nos ayudará a llegar al fondo de esto.

Los seis capítulos siguientes son estudios de distintas clases y de distintos grupos, que gracias a la nueva concepción de democracia se sienten impulsados a aceptar obligaciones sociales que requieren de nuevas líneas de conducta en cada una de sus instancias. No es un intento de llegar a una conclusión, ni de ofrecer un consejo que no sea tan simple como este: «La cura para las malaria de la democracia es más democracia». De todas formas, el resultado de este estudio, al que se llegó sin querer, parece indicar que aunque la fuerza y la complejidad de la situación atraen e interesan a los más educados y reconocidos de la comunidad, son las personas más simples y menos analíticas quienes realizan la tentativa y realmente contribuyen con acciones para lograr el cambio.

2.

Esfuerzo caritativo

Todos esos indicios y vestigios de una democracia más amplia y satisfactoria que alimentamos con un régimen de literatura y de nuestras propias esperanzas, suelen escaparse y dejarnos perdidos y perplejos cuando intentamos actuar en pos de ellos.

Nuestras concepciones de moral, como todas nuestras ideas, atraviesan un proceso de desarrollo. Lo complicado se presenta cuando debemos adecuar nuestra conducta, ya acostumbrada a ciertos hábitos y costumbres, a estas concepciones morales distintas. Cuando no podemos lograr esta adecuación, sufrimos entre la tensión y la indecisión de creer en una hipótesis pero que nuestro actuar refleje otra creencia.

Probablemente no exista otra relación de nuestras vidas en la que los cambios democráticos se den más rápido que en la relación de caridad, relación que se obtiene de un acto entre un benefactor y beneficiario. No hay otro contacto en nuestra experiencia moderna que revele más claramente la falta de igualdad, esencial para la democracia. Hemos llegado a un momento en que la democracia ha hecho tantas incursiones sobre la relación de caridad que la antigua concepción de «hombre caritativo» ya no existe. En este panorama actual, es el deseo y la necesidad de esa relación de caridad lo que nos quita el consuelo y nos deja sin libertad, dos aspectos que la democracia nos otorgará en el final.

Está claro que ninguno de nosotros tiene una ética definida, y continuamente estamos obligados a actuar acorde a una serie de hábitos que se basan en convic-

ciones que ya no tenemos. De esta manera, se ha dado una transformación más rápida sobre la importancia que creemos que poseen las condiciones sociales y las consecuencias que acarrea la vida en determinados ambientes que sobre nuestra práctica de administración de caridad. Antes, cuando se creía que la pobreza era sinónimo de vicio y pereza, y el hombre próspero era el hombre recto, la caridad se administraba de manera severa y sin cargo de conciencia. El agente de caridad culpaba al individuo de su propia pobreza, y el mero hecho de su bienestar personal lo hacía sentirse superior moralmente. De aquel entonces al día de hoy, hemos aprendido a generar valoraciones basándonos en parámetros diferentes. Hemos dejado de lado el respeto exclusivo por la capacidad de hacer dinero, aunque aún sea una cualidad muy respetada, bajo ningún punto de vista asumimos que la tenencia de dinero sea sinónimo de poseer mejores cualidades morales. Hemos aprendido a juzgar a los hombres tanto por sus virtudes sociales como por sus capacidades empresariales, por su devoción por fines desinteresados e intelectuales y por su espíritu público. De manera espontánea, nuestro instinto democrático nos alarma rápidamente y sentimos resentimiento cuando se nos obliga a juzgar a los pobres solo desde el punto de vista laboral. Existe una tendencia moderna de juzgar a todos los hombres de acuerdo con un parámetro democrático único con respecto al trabajo. En cambio, la antigua actitud de caridad permitía que se usen dos parámetros, adhiriendo incluso más dificultad. Sabemos que la labor física sin descanso es desgastante y brutal, nuestra posición sería insostenible si juzgáramos a grandes cantidades de personas basándonos solo en la capacidad de mantener ese esfuerzo y conservar el trabajo.

Una visitadora social, vestida con elegancia, pasa por la casita pequeña y sucia de una lavandera. Cuando nota los esfuerzos vigorosos de la dueña de casa, ya no se siente segura de ser superior a ella. Reconoce que la lavandera tiene valor social y realiza un aporte con su trabajo. En cuanto a ella, su higiene impecable y su posición social solo las obtuvo a través de su estatus.

Las únicas familias que solicitan ayuda a las agencias de caridad son las que tienen problemas laborales. Los problemas se pueden dar por enfermedad, pérdida de trabajo, o por otras razones inevitables o que no tienen un culpable. El punto es que necesitan ayuda laboral, que se los guíe y se los asista para recuperar el bienestar en ese ámbito. Supongamos que la visitadora social es una joven mujer que va a la universidad, de mente abierta y educada de manera muy correcta. Cuando visita a la familia que se le asignó, muchas veces siente vergüenza al tener que poner el enfoque de su enseñanza y su consejo en las virtudes laborales, y de tener que tratar a los miembros de la familia como si fueran solo componentes del sistema industrial. Ella insiste en que deben trabajar y mantenerse a sí mismos, que la holgazanería es lo más peligroso, y

que buscar el placer en vez de responder a las responsabilidades y las demandas es la holgazanería más grande. Puede ser que los miembros de la familia tengan otros encantos y virtudes, posiblemente sean amables y considerados el uno con el otro, pero el trabajo de la visitadora es tratar exclusivamente la parte laboral. Mientras ella sostiene estos estándares día a día, su espíritu sensible se ha enternecido de tanto hablar de hermandad e igualdad, y toma conciencia de que ella no tiene derecho a dar aquellos consejos laborales. Sus manos inexpertas no son más aptas para lidiar con las condiciones de la vida real que las de aquella familia en apuros.

La abuela de la visitadora podría haber dado un muy buen sermón sobre el trabajo, porque ella sí tenía virtudes laborales y entrenamiento en los quehaceres de ama de casa. De una generación a otra, nuestras experiencias han cambiado, y con ellas nuestra visión. Aun así, seguimos manteniendo los antiguos métodos, que se podían aplicar cuando eran coincidentes con nuestra conciencia, pero que cada día se vuelven más difíciles de sostener cuando diferenciamos entre los que hacen el trabajo con sus manos y los que no. La visitadora social, quien pertenece a la clase que no desarrolla trabajo manual, queda perpleja por los aspectos nuevos que puede observar y reconocer gracias a esta situación. Nuestra democracia nos ha enseñado a aplicar nuestra enseñanza moral por todas partes, el moralista está volviéndose tan sensible que cuando su vida no ejemplifica sus convicciones éticas, le es muy difícil predicar.

Sumado a esto, la visitadora puede percibir que los beneficiarios a los que asiste y también los vecinos suelen no comprender exactamente cuál es el propósito de su intervención, qué intereses hay detrás de su ayuda. Tomemos un barrio de gente pobre y comparemos sus estándares éticos con los estándares de la visitadora, que ha ido allí con los mejores deseos de ayudarlos a salir de un problema. Una incongruencia muy llamativa que se hace evidente es la diferencia entre la amabilidad y el afecto con que un vecino pobre ayuda a otro en contraste con el cuidado y la cautela que aplica la visitadora para brindar ayuda al beneficiario. El pensamiento de los vecinos se enfrenta a la diferencia de métodos y al choque de dos estándares éticos absolutamente diferentes.

Basta con tener una mínima familiarización con los distritos pobres de cualquier ciudad para observar qué tan primitivas y genuinas son las relaciones entre vecinos. Todos están dispuestos a prestar y a pedir prestado lo que sea, y todos saben sobre los asuntos más íntimos del otro. El hecho de que la situación económica colectiva sea de un nivel muy precario, hace que la empatía y la asistencia material fluyan de la manera más natural que existe. Hay muchas instancias de sacrificio que son prácticamente inéditas en círculos con mayores ventajas económicas, en los que el conocimiento de las intimidades del vecino es inexistente. Una familia irlandesa compuesta por un hombre que ha perdido

su trabajo y una mujer que intenta aportar a los escasos ahorros trabajando día a día, dará asilo a la viuda del barrio y sus cinco hijos que quedaron en la calle, sin pensar dos veces en las incomodidades que ese acto representa. La casera más difamada del barrio, quien vive junto a sus inquilinos, en general, estará dispuesta a prestar una canasta llena de carbón a quien se haya quedado sin trabajo o a compartir su cena. Quien les escribe había estado buscando trabajo, en vano, para una mujer por largo período ya. Cuando finalmente se programó una entrevista en la que se le daría empleo, ella faltó. Al investigar la situación, se supo que un vecino que vivía al final de la calle se había enfermado, y sus hijos fueron en busca de la amiga de la familia que, por supuesto, fue hasta la casa y los ayudó. Cuando se le preguntó por qué no se había presentado a la entrevista, su respuesta fue muy simple: «me rompió mío corazón tener que irme, pero ¿qué podía hacer?».¹

El esposo de una embarazada fue enviado a prisión por la pena máxima, tres meses, antes de que ella diera a luz. Para el final de este período, la embarazada no tenía un centavo y ya había vendido todos los muebles de su casa. Se refugió en lo de una amiga que, ella pensaba, vivía en una casa de tres habitaciones en otra parte de la ciudad. Pero cuando llegó al lugar, supo que el esposo de su amiga había estado desempleado por tanto tiempo que su vivienda se había reducido a una simple habitación. Sin embargo, su amiga le dio asilo y el esposo se vio obligado a dormir en un banco de la plaza cada noche durante una semana, situación que enfrentó con entusiasmo y sin quejarse; por suerte era verano y «llovió solo una noche». Descubrí que la «amistad» que tenía esta joven madre con la anfitriona, no iba más allá de una vez que ambas habían trabajado juntas en la misma fábrica. Incluso la primera vez que había visto al esposo fue la noche que llegó a aquella casa, y ese hombre no dudó en salir en búsqueda de una partera que se comprometiera a asistir el parto y prometió pagar por ese servicio cuando consiga dinero.

Los evolucionistas nos dicen que el instinto de compasión, el impulso a socorrer a los compañeros, ha ayudado al hombre desde períodos muy antiguos como una regla simple que separa el bien del mal. No cabe duda de que esta visión aún rige en muchas personas con quienes las agencias de caridad se ponen en contacto, y quienes sienten que sus ideas de lo bueno y lo malo son infringidas por los métodos que utilizan estas agencias. No ven la demora y la cautela con la que se brinda socorro como un signo de meticulosidad, sino como el acto frío y calculador de un hombre egoísta. No es la ayuda que están acostumbrados a recibir de sus vecinos y no entienden por qué el impulso que

1 El error gramatical de la cita textual imita al que figura en la versión original del texto (N. de la T.).

mueve a esta gente a «ser buenos con los pobres» se supervisa con tanta severidad. Sienten, remotamente, que la visitadora social es impulsada por motivos ajenos y falsos. Puede que sean motivos superiores, pero son diferentes, y son «antinaturales». No entienden por qué una persona con más percepciones intelectuales que impulsos naturales se involucra con la caridad. El único hombre que acostumbran a ver con percepciones intelectuales superiores a la ternura del corazón, es el hombre egoísta y avaro que piensa en el éxito y el poder. Si la visitadora social es ese tipo de persona, ¿por qué finge que le agradan los pobres?, ¿por qué no se dedica a los negocios de una vez por todas?

Por supuesto que podemos decir que esta visión sobre la vida es muy primitiva y que confunde la habilidad intelectual con la habilidad empresarial, pero lo cierto es que este punto de vista lo sostienen muchas personas pobres que se ven obligadas a pedir ayuda en algún punto. En momentos de indignación los pobres han llegado a decir: «Al final, ¿qué es lo que quieren? Si no tienen nada para darnos, ¿por qué no nos dejan en paz y terminan con sus cuestionarios e investigaciones?». «Me indagaron por tres semanas y al final lo único que lograron fue hacerme sentir miserable» —se le ha escuchado decir a una mujer de contextura pequeña. Esta indignación, que suele ser taciturna, sumada a una cierta rebeldía en contra de las habilidades de quien viene a ayudarlos, hace que la visitadora social se sienta confundida. El desprecio por las habilidades de la visitadora se puede entender si pensamos en el estándar de prosperidad que comparten las familias pobres. En sus mentes, el éxito y la prosperidad no combinan con la caridad ni la amabilidad, sino con las cualidades opuestas.

El propietario rico es el que colecta estrictamente el pago de la renta, no acepta excusas, y obtiene lo que quiere; hay momentos en que sienten rabia y angustia por culpa de él, pero aun así lo admiran por ser rico y exitoso. El propietario que es buena persona, que siente lástima por los inquilinos afectados por la pobreza y que tiene compasión, no suele ser rico, suele vivir al fondo de la casa que tiene en alquiler, de la que ha sido dueño por mucho tiempo, quizás la heredó, pero no ha acumulado mucho dinero, en ese sentido, es un fracaso. Muchos sienten cariño y devoción genuina hacia él, pero no lo tratan con mucho respeto. La visitadora social, al ser una persona que se interesa por los pobres, recibe este desacato por ser de buen carácter y amable, también recibe afecto real, pero pocas veces recibirá respeto genuino. Los pobres están acostumbrados a ayudarse entre sí y responder acorde a la amabilidad del otro, pero cuando se trata de alguien ajeno a su círculo, toman la prosperidad laboral como parámetro de juicio. En el caso de una visitadora social que no sea amable ni sea rica, es decir, que no tenga cualidades que encajen en ninguno de los estándares, les será imposible poder comprender cuál es el fin de la caridad organizada.

Hasta los que deseamos con todas nuestras fuerzas que haya más orden en el esfuerzo caritativo para poder lograr el fin que deseamos, sentimos que hay algo un poco desagradable en la yuxtaposición de las palabras «caridad» y «organizada». En nuestra defensa, argumentamos que intentamos convertir la emoción en motor, que la lástima es caprichosa y no se puede confiar en ella como fundamento, que queremos otorgarle dignidad a la práctica para que sea un servicio consciente. Si bien apreciamos la complejidad de la situación, en el fondo desconfiamos un poco de un esquema que reemplaza los impulsos naturales del corazón por una teoría de conducta social. El hombre pobre que está en problemas, instintivamente, espera ternura, consideración y perdón como respuesta a su pedido de ayuda. Si este es su primer pedido de auxilio, lo ha pensado y analizado mucho tiempo antes de decidir dar el paso. Viene herido y abatido, y en vez de que se lo reciba con calidez y empatía, se lo investiga y se lo intimida. El hombre pobre no logra comprender el aspecto disciplinario de la situación.

La única caridad que realmente es popular es la de las enfermeras visitadoras, quienes por virtud de su entrenamiento profesional brindan servicios que se perciben como una muestra de empatía y amabilidad. Ellas son quienes los asisten cuando hay necesidades que son obvias, y no necesitan de ninguna investigación.

La investigación genera un estado de ánimo muy desafortunado en ambas partes. Sin embargo, ni los malentendidos que se dan a raíz de esta situación, ni el choque y la perplejidad de los diferentes estándares, son tan negativos como el deterioro moral que viene a continuación.

Cuando la agente o visitadora se presenta entre los pobres y ellos descubren que, bajo ciertas condiciones, pueden conseguir comida, dinero para la renta y cuidado médico de esta fuente desconocida, cada hombre, mujer y niño se apresura a conocer las condiciones y seguirlos. Las siguen a pesar de que, desde su punto de vista, un vaso de cerveza no es algo malo si se lo bebe comportándose con dignidad, a pesar de que saben que la pulcritud es una virtud costosa a la que solo algunos pueden acceder, a pesar de que se dan cuenta de que ahorrar es casi imposible cuando no se ganan más que unos centavos por día, a pesar de que sus sentimientos por la Iglesia son alusivos y están alejados de la vida cotidiana. Alaban a la visitadora con templanza, limpieza, ahorro, y devoción religiosa. En primera instancia, la decepción surge por la falta de habilidad para comprender los ideales éticos que requieren tales virtudes imposibles y de un deseo inocente de complacer. Es fácil identificar el desarrollo de las insinuaciones mentales que se observan. Cuando A descubre que B, que está en una situación un poco peor que la suya, recibe cosas buenas de un suministro inagotable que está disponible para todos los pobres, siente que

él también tiene derecho a reclamar su parte. Poco a poco, se desarrolla un espíritu competitivo que horroriza a las visitadoras sociales cuando notan que algunos vecinos intentan «aprovecharse» de las agencias de caridad.

La consecuencia más seria sobre los pobres se da cuando se reemplaza la respuesta natural de calidez y empatía humana que, felizmente, todos poseemos en algún grado, por dependencia a la sociedad de caridad.

El impulso espontáneo de quedarse toda la noche con el hijo enfermo del vecino, se convierte en indignación contra la enfermera del distrito, porque ella solo se queda con el niño hasta las seis y luego se va a su casa. O la amabilidad con la que se hubiera comprado con rapidez una medicina que se necesita se transforma en una lista de quejas hacia los dispensarios por dar prescripciones en vez de las drogas... «¿Acaso quién puede curarse con un pedazo de papel?».

Si una mujer pobre se entera que su vecina de al lado no tiene zapatos, estará dispuesta a prestarle los suyos para que pueda ir bien vestida a misa o al trabajo, sabe que tiene pocas prendas en el guardarropas y la hace feliz poder ayudar. Cuando la visitadora social llega, todos los vecinos sienten curiosidad y se preguntan en qué circunstancias vive. Saben que ella no necesita un par de zapatos, y hasta sospechan que debe tener una docena de zapatos nuevos en su casa, lo que posiblemente sea cierto. Se inventan historias que comentan entre ellos, y el regalo más generoso que ella pueda dar lo consideran tacaño en comparación con todo lo que posee. Debería regalarle zapatos a la familia pobre, «ella sabe que ellos necesitan zapatos», prácticamente estaría haciendo lo mismo que la vecina hizo cuando prestó sus propios zapatos. La visitadora rompió la regla natural de la dación: en una sociedad primitiva, la generosidad se basa en la necesidad del que recibe y los recursos que tiene el que entrega. Al ser juzgada acorde a la ética de esa sociedad primitiva, la visitadora queda metida en un problema del que no tenía idea. Los vecinos saben que las personas ricas y egoístas se quedan en una parte de la ciudad, donde todos tienen zapatos y muchas otras cosas. Ese tipo de gente no se preocupa por los pobres, se parecen a los dueños ricos de las casas del vecindario. Pero esta visitadora que aparenta ser buena con los pobres, y habla como si fuera de buen corazón, si no viene a darles las cosas que ellos necesitan, ¿para qué viene?

La visitadora dice que, a veces, cuando insiste en hacer que la familia pobre ahorre, rompe con una regla de convivencia por la que se rigen. Ahorrar, algo que se considera recomendable en las partes de la ciudad donde habitan las personas de buena posición económica, parece algo casi criminal en la zona más pobre: aunque los propios hijos no tengan hambre, siempre habrá un vecino que necesite comida.

La visitadora se siente miserable al verse obligada a insistir sobre la parte laboral de la vida. Cincuenta años atrás, un ciudadano benevolente creía que

trabajar constantemente y ser abnegado durante los años de juventud traería como resultado que en los años de adultez él poseería bienes que se hubiera ganado con su duro esfuerzo. De hecho, ese es el método que este individuo implementó en su juventud y probablemente sea la manera en la que progresó y obtuvo bienes propios. Por esa razón, este modelo de hombre no aprobaba que las familias pobres complazcan a sus hijos y los hacía trabajar por muchas horas. Muchos de los reparos que afligen a la visitadora social contemporánea le eran indiferentes a ese hombre. A veces, la visitadora dice: «¿Por qué siempre debo hablar de trabajo y ahorro, si no sé nada sobre eso? Si tuviera que instruirlos sobre otro tema, como la prosa latina, que yo misma he estudiado, podría hacerlo, no sería tan difícil». Pero no le es tarea fácil conectar las experiencias de su juventud con las de la familia que visita.

Debido a esta incompatibilidad de experiencias, la visitadora se sorprende continuamente al darse cuenta de que hasta las situaciones más tópicas, en realidad no lo son. Ella, de manera muy natural, habla sobre los horrores de las tabernas, pero descubre que el marido de la familia que asiste no relaciona, para nada, «taberna» con «horrores». Él recuerda la amabilidad con la que se lo trató allí, los almuerzos gratis y la atención que tienen con los clientes, aun cuando uno está desempleado y no tiene para pagar. También recuerda el préstamo de cinco dólares que allí le dieron cuando su visitadora social estaba a kilómetros de distancia y se lo amenazaba de ser acusado por evasión. Él escuchará amablemente como ella se refiere a los «horrores», pero considera que solo le está dando una «charla sobre templanza».

Puede que la visitadora social culpe a las madres por la falta de dulzura con la que tratan a los niños, por ser groseras y poco consideradas con ellos. Pero solo se siente así hasta que aprende que el estándar de crianza no se basa en la gentileza con que se los trata, sino en el cumplimiento de ciertas convenciones, como por ejemplo el uso meticuloso de vestimenta de luto cuando muere un niño. La dulzura con la que se cría a un hijo depende ampliamente de lo que resuelva cada madre. Solo en ciertas ocasiones una vecina puede contribuir con su opinión y decir a otra madre, con cara de avergonzada, que sus hijos «se portan mejor cuando no es tan dura con ellos». Lo que sí comparten todas las mujeres es la creencia de que el uso de ropas de luto es algo irrefutable; la madre debería lidiar con la condena social de ser culpada y dejada de lado si no cumpliera con ese requerimiento. No es conveniente desobedecer las normas de las personas con quienes convivimos, más aún si nuestra vida social es tan estrecha. Es posible que la visitadora se desconcierte cuando vea que se disminuye el suministro de comida y vestimenta para el resto de la familia con el objetivo de que un niño vista de luto como se debe, pero no lo crítica

como lo hubiera hecho durante los primeros meses de experiencia con esta familia que ahora atraviesa un momento doloroso.

De hecho, la visitadora se sorprende constantemente con el tema de la vestimenta. Lo que ella ha reflexionado se puede resumir de esta manera: la muchacha que posee un estatus social definido, que ha podido asistir a una escuela o universidad elegante, con una familia que habita en una casa que todos los amigos y asociados han visto y conocido, se puede vestir de manera simple, o hasta desaliñada, si así lo quisiera. Pero la muchacha de clase trabajadora, con una familia que habita en una pensión, que vive mudándose de un departamentito a otro, que no tiene una posición social definida y debe hacerse su propio camino, sabe perfectamente lo importante que son las costumbres y el modo de vestir en su situación. Sus ingresos los gasta, más que en cualquier otra cosa, en ropa; pues si su meta es avanzar en el plano social, es lo más sensato que puede hacer. Las opiniones sociales más valiosas para ella las emiten personas que nunca verán el amueblamiento de su casa, las lamentables decoraciones, ni sus escasos libros. Su vestimenta es su único antecedente, y en base a eso se la juzga. Es por eso que los clubes sociales femeninos tienen más éxito en la parte céntrica de la ciudad, donde las «muchachas trabajadoras» y las «jovencitas con clase» se encuentran en las mismas condiciones, y a simple vista, visten de manera muy similar. Las señoritas inteligentes y ambiciosas vienen a estos clubes sociales del centro a almorzar y descansar durante el mediodía, a tomar clases y estudiar todo tipo de temáticas. Dudan en unirse al club de su propio barrio, allí serían juzgadas no solo por sus propios méritos y la posición social que inconscientemente adquieren por lucir vestimenta buena, sino por otros parámetros que no tienen nada que ver con eso. Por esta razón, es más difícil organizar clubes sociales en los pequeños pueblos y comunas donde todos se conocen entre sí, y saben cómo están amueblados los livings de todas las casas y por cuánto está hipotecada cada una. Estos factores obstaculizan la emisión de un juicio imparcial y claro, impiden la relación democrática y solo incomodan a quienes forman parte de la cuestión. Todas las mujeres que han tenido que trabajar con los clubes sociales del centro han vivido la experiencia de visitar la casa de una jovencita inteligente y bien vestida, y descubrir que el lugar donde vive es incómodo y hasta miserable. Luego de la visita, se dará cuenta de que la joven, cuidadosamente, comienza a evitarla e ignorar sus llamados, a pesar de que la visitadora haya sido de lo más cortés todo el tiempo... Aunque también podría ser que, quizás, la muchacha simplemente no estaba en la casa cuando se la llamó por teléfono. En algunos clubes sociales céntricos de renombre, la dirección domiciliaria no es un dato que se otorgue, solo se requiere una

«dirección de negocios». ¿Habremos desarrollado nuestra democracia en base a cómo nos vestimos más que sobre cualquier otro aspecto?

A la visitadora social se le ha enseñado mediante su crianza que gastar mucho dinero en vestimenta y darle tanta importancia a las «apariencias» es vulgar. Con desaprobación, nota que anteponer la apariencia personal al cuidado del hogar es, en algún punto, primitivo y una señal de subdesarrollo; pero entiende que debe quedarse en silencio y no emitir opinión. También alcanza a contemplar que el gasto desproporcionado de los pobres en materia de vestimenta se debe principalmente a la exclusividad de los ricos, quienes les ocultan el interior de sus casas y los más delicados placeres que disfrutan, pero que por necesidad exhiben sus modales y vestimentas. Todos los que salen a hacer las compras en el mismo horario pueden ver lo que visten las mujeres más ricas del pueblo, pero solo la gente que ellas invitan a sus casas puede ver el Corot que cuelga en su pared o los títulos que tienen en su biblioteca. Los pobres intentan equiparar la diferencia de clases reproduciendo la manera en que los ricos visten, que es algo que ellos mismos han podido ver. Se esfuerzan por encajar en un estándar común del que, por ejercicio democrático, presuponen que todos somos parte. La visitadora lamenta que una campesina italiana en situación de pobreza deje de lado su pintoresca bandana y la reemplace por un sombrero barato y de mala calidad que compró en la calle. Pero es fácil darse cuenta de que esa decisión es una expresión democrática.

La visitadora social se sorprende aún más cuando trata con problemas como el matrimonio joven y el trabajo infantil, sucede que no puede darles una solución aplicando teorías económicas, ni basándose en las convenciones que han regulado su propia vida. Su conocimiento íntimo de los problemas y la empatía que siente por las familias que le han abierto las puertas de sus casas, hacen que estas situaciones le resulten perturbadoras. Cae en cuenta de que los estándares que había tenido hasta ahora son obstinadamente burgueses y en poco tiempo llega a la conclusión de que no puede ser tan insistente con las convenciones de su clase social, pues no encajan en las vidas de la clase trabajadora, una clase social mucho más amplia, emocional y libre que la suya. La visitadora opina, con fundamentos, que los matrimonios jóvenes son imprudentes, su punto de vista es lógico ya que viene de una familia y un círculo conformado por profesionales y gente de negocios. Un profesional que tenga menos de treinta años, apenas está equipado y recién está comenzando su carrera. Si un hombre de negocios está encaminado hacia el éxito, estará más cerca de la prosperidad a los treinta y cinco que a los veinticinco. Por eso, es más sabio no contraer matrimonio en la etapa de los veinte, pero esta premisa no aplica al hombre de clase trabajadora. En los trabajos de oficio en los que puede formar parte, para los que se lo instruye y que requieren

de trabajo manual, se lo considera viejo a los treinta y cinco. Por lo general, obtendrá el mejor salario de su vida entre los veinte y los treinta. Si el salario que recibe es para él solo, probablemente desarrolle hábitos de comodidad personal, hábitos que tal vez nunca pueda superar, y que no podrá sostener cuando tenga que dividir el salario entre una familia.

El sentido de prudencia y la necesidad de ahorrar no son convicciones que tenga un hombre primitivo y emocional. Pero la necesidad de proveer a sus hijos sí es un incentivo poderoso. Es inherente que vea a sus hijos como su cuenta de ahorros, espera que ellos se ocupen de él cuando envejezca, y en algunas profesiones la vejez les llega a edad muy temprana. Recientemente un hombre judío, sastre de profesión, ingresó al hospicio del condado de Cook, tenía treinta y cinco años y estaba paralizado sin chances de recuperarse. Si su hijo de nueve años fuera un poco mayor, podría haberse ahorrado la pena de tener que acudir a la caridad pública. De hecho, tenía más capacidad para mantener a su familia cuando tenía veinte que a los treinta y cinco, ya que su sueldo había ido disminuyendo con el pasar de los años. Otro sastre que conozco, que también es socialista, siempre habla de ahorrar como si fuera una virtud burguesa, bastante imposible para un verdadero hombre trabajador. Él provee a su familia con ocho dólares semanales, es decir, a sus propios padres, a su esposa, y a sus tres hijos. Insiste en que sería un delito no gastar cada centavo de ese monto en comida y refugio, y espera que en el futuro sus hijos se ocupen de él.

Esta presión económica contribuye a la tendencia de mandar a los niños a trabajar siendo muy jóvenes, como consecuencia se arruina su capacidad de rendimiento y de desarrollo individual; y la avaricia paterna lleva a la explotación laboral. «Le he dado de comer catorce años, ahora puede ayudarme a pagar mi hipoteca», es una típica respuesta que se suele escuchar cuando a un padre trabajador se le reprocha haber sacado de la escuela a su inteligente hija y haberla mandado a trabajar a una fábrica.

Por mucho tiempo, ha sido un error común de las visitadoras sociales, quienes insisten en que la familia que ayudan pueda mantenerse a sí misma, sugerir que los niños comiencen a trabajar en edades tempranas, o al menos, hacer la vista gorda cuando notan que eso sucede, aunque ellas no tienen la excusa que los padres tienen. Cuando uno ha tenido en cuenta el aspecto laboral por tanto tiempo, es fácil olvidarse del reclamo más masivo y social, y pedirle al niño que salga a trabajar para ayudar a sus padres quienes están recibiendo socorro caritativo. La persona que ayuda desde la caridad no se da cuenta de la cruel posición de ventaja que posee al dar consejos.

El gerente de un gran establecimiento mercantil que emplea muchos niños, demostró en una investigación sobre labor infantil que los únicos niños menores de catorce años entre sus empleados eran niños que habían llegado allí

guiados por mujeres filantrópicas, no solo conocidas de él, sino también clientas valiosas. No se trata de que la visitadora sea poco prudente, sino que ha fijado su mente en la discapacidad laboral de la familia por tanto tiempo que aprovecha cualquier ayuda, por más mínima que sea, para intentar sacarlos adelante.

No ha podido notar que un niño que intenta ayudar prematuramente a su madre enviudada puede ocasionar una reducción en los ingresos salariales, también suma un miembro analfabeto a la comunidad y detiene el desarrollo de sus capacidades laborales. Tal como ha fallado en ver que las normas heredadas de su familia sobre la edad del matrimonio puede que no apliquen al hombre de clase trabajadora, también falla en comprender que las condiciones actuales que rodean a un niño que trabaja en una fábrica son totalmente diferentes a las que rodearon a su padre durante su enérgica juventud.

El niño que comienza a trabajar en edad prematura se siente constantemente oprimido por esta cuestión interminable de los medios de subsistencia, y hasta los niños más pequeños casi que se sienten aplastados por las preocupaciones de la vida que perciben con su tierna empatía. Conozco un pequeño niño italiano de seis años al cual los problemas de comida, ropa y refugio se le han vuelto tan inmediatos y punzantes que, aunque tiene una gran imaginación, no puede ver la vida desde ningún otro punto de vista. Los otros niños más afortunados, le temen a el coco o a los gnomos malditos, para él esos fantasmas son la necesidad de carbón, la histeria que la pobreza causó en su padre y el dolor que sintió cuando tuvieron que renunciar a las ropas de lino que su madre había heredado, el mosaico de San José y, lo peor de todo, sus propias botas de goma. Una vez él fue a una fiesta en la Hull House y lo único que llamó su atención fue una estufa a gas que vio en la cocina. Se entusiasmó al descubrir que se podía producir fuego sin combustible. «Le contaré a mi padre sobre esta estufa. No compras carbón, solo necesitas un fósforo. Cualquiera puede darte un fósforo». Lo llevaron de visita a una casa en el campo y lo primero que preguntó fue cuánto pagaban de renta. Cuando la anfitriona le dijo a la ligera que no pagaban renta por esa casa, volvió enloquecido con la idea de que había resuelto el problema: «Yo y mi padre iremos al campo. Obtienes una casa grande, calentita, sin tener que pagar». Lo único que le interesaba del campo era que no había que pagar alquiler, y hablaba de eso con un mérito tan exclusivo que hacía parecer como si él mismo pagase los impuestos.

La lucha por la existencia, que es mucho más complicada para las personas al borde del pauperismo, a veces deja marcas desagradables en el carácter y estos resultados indirectos son los que la visitadora social considera más desconcertantes. Los padres que trabajan duro y se anticipan a la edad en la que no puedan generar más ganancias, desde un principio se aseguran de que, en un futuro, sus hijos dividan sus ingresos con ellos. Cuando lo logran es debi-

do a que han dejado un trauma en el sistema nervioso pueril del niño y con despotismo han establecido hábitos de obediencia que inhibirán su coraje o su voluntad de alejarse de este sistema cuando sea más grande. La visitadora social, quien tiene una relación familiar construida en base a otros principios, no entiende ni un poco la base industrial de esta tiranía familiar.

La directora de clases de un jardín de infantes se dirigió a un grupo de mujeres trabajadoras y habló del despotismo que suelen establecer sobre los niños. Mencionó que lo que se conoce como la determinación de romper la voluntad de un niño, muchas veces nace de un deseo codicioso de dominar, e insiste en que la relación ideal es la que se basa en amor y confianza. Pero muchas de las mujeres se quedaron confundidas. Una de ellas, mientras salía del salón, me remarcó lo siguiente: «Si no los controlas desde que son pequeños, nunca obtendrás parte de sus ingresos cuando sean grandes». Otra dijo: «Ah, claro que ella —refiriéndose a la oradora— no depende de los ingresos de sus hijos. Se puede dar el lujo de ser floja con ellos porque aunque no le den su dinero, puede arreglárselas igual».

Hay un número impresionante de niños que semanalmente y sin quejarse entregan sus ganancias a sus padres. A veces reciben a cambio diez o quince centavos para gastos personales; pero muchas veces, nada en absoluto. También conozco a una chica de veinticinco años que, por seis años, ha recibido dos centavos semanales del salario que gana trabajando en una fábrica grande, salario que constantemente va disminuyendo. ¿Qué es lo que la hace mantener esta costumbre? ¿Hábito o virtud? Si el despotismo familiar hubiese sido reemplazado por amor y ternura, ¿ella sería tan devota de su madre?, ¿su madre tendría suficiente poder de expresión como para haber acaparado el sentido de obligación monetaria de su hija todos estos años? Esta chica que gasta sus miserables dos centavos comprándose chicles y se viste con ropas simples que le elige su madre, mientras muchas de sus amigas gastan su salario entero en el tipo de ropa preferido de las chicas que trabajan en fábricas, debe ser retenida por alguna fuerza muy poderosa.

Para la visitadora, estos problemas sutiles y elusivos son estremecedores. Al padre de la familia a la que ella asiste se lo ha puesto en la lista negra durante una huelga. No es un buen empleado, y eso sumado a su reputación de agitador, produce que esté desempleado por un largo período. Acto siguiente, comienza a manifestarse el resultado fatal de no tener trabajo por mucho tiempo: cada vez tiene menos ganas de trabajar y cada vez consigue menos trabajo. Para preservar el respeto por sí mismo, y el respeto de su mujer, acude a este pequeño autoengaño de que su holgazanería prolongada es por haber sido ingresado en la lista negra, y de a poco se convierte en un mártir. En el fondo de su corazón —aunque... ¿quién sabe qué es lo que hay en su

corazón?— a pesar de lo que su esposa pueda sentir, en ningún momento piensa que él se ha vuelto holgazán, ni que se ha acostumbrado a verla a ella limpiando y cosiendo para proveer a la familia con un salario escaso. Por otra parte, la visitadora social sí puede ver esto, y también nota que los demás hombres que estuvieron en la huelga ya han vuelto a sus trabajos. A medida que hace preguntas, y por la poca experiencia que tiene, se da cuenta que el hombre no es hábil. De todas formas, no puede llamarlo flojo y «bueno para nada», ni acusarlo de inútil, como su abuela hubiera hecho, por ciertas concepciones intelectuales que ahora posee. Ve que otros hombres acuden a él, lo consideran un consejero inteligente. Ella sabe que él pasa muchas horas en la biblioteca pública leyendo libros de calidad, muchas más horas de las que un hombre trabajador dispone. No ha fomentado malos hábitos y solo ha cedido ante tentaciones sutiles de la vida de ocio, algo común entre los hombres intelectuales. No tiene las calificaciones para que en su agrupación lo designen como secretario u organizador, pero es un orador recurrente en las reuniones de hombres trabajadores y mantiene una actitud moral alta respecto de los temas que allí se discuten. Aporta cierto valor intelectual a sus amigos. Sin dudas, posee valor social. Las vecinas le cuentan a la visitadora social la pena que sienten por su esposa, pues ella tiene que trabajar muy duro y encima su esposo no «provee». En esas observaciones hay una especie de filo, cierto resentimiento porque el marido tiene educación y modales superiores. La visitadora social se siente avergonzada al tener que considerar este punto de vista ya que no lo considera del todo justo. Le hace acordar a una amiga de la universidad que una vez le dijo que no iba a permitir que su marido, un literato, escriba mediocridades para poder ganar dinero. «Insisto en que vivamos de mis ingresos, que él no publique hasta que esté listo y pueda dar un mensaje genuino». También recuerda lo que contó otra conocida quien había insistido para que su marido rechace un puesto de abogado ferroviario, quería que él fuera libre de acceder a puestos municipales y encargarse de cuestiones públicas sin la sospecha inevitable que se tiene de los abogados corporativos en una ciudad corrupta. Las actitudes de estas dos mujeres le parecían nobles, pero en sus casos solo vivían con ingresos menores. En el caso de la esposa del trabajador, ella se enfrentó a vivir sin ningún ingreso en absoluto o con algún ingreso muy precario que pudo juntar.

Se da cuenta de que la esposa del trabajador es la que ha hecho el sacrificio más grande, se niega a condenar a esa mujer y halagar a las de su misma posición social. Por supuesto que nota que la situación cambia por el hecho de que la familia a la que asiste necesita de caridad mientras las otras dos familias no. Pero, después de todo, ellos no pidieron caridad, su situación solo se dio a conocer por un accidente que tuvo uno de los niños. A la visitadora social

le han enseñado que su misión es preservar los mejores rasgos de la familia a la que brinda ayuda. La pone mal solo pensar en convencer a la esposa de que su marido es inútil, teme que podría convertir esa hermosa devoción que la mujer siente por su marido en quejas sobre lo mucho que solo ella trabaja. Para asegurarse de no romper con eso, directamente podría dejar de visitar a la familia, pero está muy comprometida con el progreso del niño lisiado quien espera con ansias sus visitas, y también sospecha que nunca conocerá mejor mujer que esa esposa. No quiere renunciar a la amistad, así que continúa ocultando sus incertidumbres de la mejor manera que puede.

El primer impulso de la visitadora es actuar con severidad frente a esta familia indolente por gastar dinero en ocio y malcriar a sus hijos desproporcionadamente. Todos conocemos a una familia que recibe frijoles y carbón subsidiados por el distrito y a su vez gasta dinero en un plan de pagos para poder tener una bicicleta; pero a medida que se comienza a comprender el crecimiento del crimen juvenil y que se vuelven más explícitos los peligros de no legitimar u organizar recompensas para los niños, recordamos que el hombre primitivo mucho antes de que se preocupara por tener una casa o comer todos los días, se entretenía jugando.

En varios barrios de las ciudades hay algunos varones que se agrupan en pequeñas pandillas lideradas por quien sea el más intrépido. Su actividad favorita es entrar a casas deshabitadas, arrancar la grifería, obtener el tubo principal y venderlo al primer vendedor de chatarra que se les cruce. Con el dinero que obtienen de la venta, compran cerveza y la beben sentados en pequeños grupos en algún callejón. De principio a fin de la operación, sienten la adrenalina de que la policía podría verlos y atraparlos, y de a momentos se quedan en suspenso y sin aliento. Tampoco es raro que los chicos que viven en el campo formen grupos y salgan a instalar trampas para atrapar conejos o algún mapache.

El espíritu aventurero caracteriza sus caracteres, y el entrenamiento vicioso comienza cuando se los arresta o cuando un chico más grande se apodera del grupo y los lleva hacia situaciones más extremas, que les producen más adrenalina. Desde un primer momento, las experiencias más tentadoras y emocionantes que han visto están relacionadas al crimen. El oficial de policía con su uniforme abotonado y su patrullero completamente equipado, representa toda la majestuosidad de la prosperidad de la ley y el gobierno establecido.

El muchacho que fue arrestado, sale en libertad siendo prácticamente un héroe que tiene una historia para contar sobre el misterioso interior de la estación de policía. El recuerdo más temprano de alboroto público que tiene el chico es el sonido de las sirenas del camión de bomberos «esa vez que hubo disparos en la cuadra siguiente». Recuerda la tensión que hubo cuando llegó la patrulla de la policía «la vez que arrestaron a la señora más borracha de nuestra calle».

Durante su primer año en la Hull House, los residentes llevaban a niños de preescolar en grupos de a cincuenta al Lincoln Park. Pero esa actividad hacía que los residentes se sintiesen decepcionados al ver la falta de entusiasmo que los niños tenían por las flores y los árboles. Cuando estaban volviendo en autobús, los impresionó el salto de emoción que dieron cuando una patrulla de policías pasó junto a ellos. Sacaron sus cabecitas por las ventanas y sin poder contener la curiosidad preguntaban: «¿Habrá sido un hombre o una mujer?», «¿cuántos policías hay a bordo?». Y con entusiasmo comenzaron a narrar las experiencias de arrestos que habían atestiguado con sus propios ojitos de bebés.

La adrenalina de una persecución, las posibilidades de competencia y la pasión por las peleas son las principales exhibiciones criminales. El padre, que a pesar de recibir un subsidio gasta dinero para el disfrute de su hijo y lo alienta a que salga a jugar, sin saberlo, está tomando una de las decisiones más inteligentes. A su vez, la visitadora, que es consciente de lo que pasa, también desea con ansias que el niño se divierta jugando y asista a la escuela infantil de vacaciones.

El impulso imaginativo y el intento de vivir en un mundo idealizado acorde a sus personalidades, parecen dos factores básicos que forman parte de los privilegios de la niñez, aunque también son aspectos que suelen meter a los niños en problemas. Tres niños, uno de siete, uno de nueve y otro de diez años fueron detenidos en una estación de policía barrial por hurto y destrucción de propiedad privada. Habían cavado una cueva debajo de un viaducto del ferrocarril y allí pasaban días y noches durante sus vacaciones de verano. Habían arrebatado papas y otros vegetales del carrito del vendedor ambulante para cocinarlos y comerlos, al mejor estilo bandido. Habían decorado el interior de la excavación con piezas de chatarra que ellos imaginaban, con sus imaginaciones tan románticas, que eran espadas y armas. El papá del que lideraba el grupito era portero y vivía a ocho kilómetros de allí, en la zona próspera de la ciudad. El dueño del edificio donde vivía no quería que su hijo anduviera corriendo por el lugar, y la mamá del niño había muerto, así que el hombre le pagaba a una señora humilde que vivía cerca del viaducto para que lo controle y lo mantenga en su casa. La señora le daba desayuno y almuerzo, y cada mañana antes de irse a trabajar a una fábrica del barrio le dejaba algo para la cena. Pero por la noche, se sentía demasiado cansada como para preguntarle por qué prefería dormir afuera durante el verano, o qué hacía durante el día. Mientras tanto, los tres niños vivían en su propio mundo que habían inventado con su vívida imaginación, inspirándose en libros de aventuras que leían y de a poco iban robando más cosas a medida que pasaban los días; hasta ponían en peligro el tránsito que pasaba sobre la calle encima del viaducto. A pesar de todos los esfuerzos que hicieron por defenderlos, a uno de los niños

lo enviaron al reformatorio. «Bueno... por lo menos nos divertimos, y tal vez dejen que haga una cueva en el reformatorio, queda en el campo, a nadie le puede molestar que cave allí», se decía el niño para consolarse.

No solo los libros de aventuras o cualquier tipo de libro son fuentes de inspiración para los jóvenes, también lo es, y en gran escala, el teatro. Las escenas teatrales influyen la moral y las actitudes de la juventud. De hecho, ir al teatro es la forma más común y satisfactoria de recreación. Muchos niños que semanalmente entregan la totalidad de sus salarios a sus madres, contribuyen con sus diez centavos semanales para poder acceder a una butaca en la galería del teatro el domingo por la tarde. Es el momento para dar un vistazo esperanzador a la vida, es el momento en que se trasladan a otro lugar, prestan atención durante toda la obra y se sienten conmovidos. Así es que de manera muy simple adoptan como suyo e imitan lo mejor que pueden todo lo que ven allí. Las palabras y los gestos que reproducen en momentos de angustia y entusiasmo son una copia de lo que ven en los escenarios. Usan esa copia mediocre como vehículo para expresar cómo se sienten, y muchas veces sus maneras de expresarse contrastan de manera horrenda con lo sublime y lo genuino de las emociones reales.

Como sucede con la manera de vestir, no conocen las formas refinadas y simples que existen, y deben forzar una copia solo sobre la base de lo que llegan a ver.

Si tomamos una definición moderna de «arte», por ejemplo la que sostiene que el arte hace que el espectador deje de sentirse solitario y que pueda «ser parte», no hay duda de que el teatro popular, aun con sus fallas, cumple esa función para las personas de clase trabajadora, y de mejor manera de lo que podrían hacerlo todas las «galerías de arte gratuitas» y exposiciones de imágenes combinadas.

La mayor dificultad se presenta cuando los dos estándares se enfrentan de manera muy cercana y desde ambos lados se intenta dar explicaciones y comprender al otro. Dejar en claro nuestra propia postura ética es tan difícil que a veces se vuelve un desafío casi imposible. Una mujer había comprado libros robados del fondo escolar, todos marcados con un sello rojo, y los vendía. Una mañana llegó a la Hull House muy afligida porque la habían arrestado y le rogó a una residente que vaya a hablar con el juez. Su petición le parecía lógica, hacía seis años que frecuentaba la Hull House, y la gente de allí había sido muy buena con ella cuando su hijita falleció. La residente tenía muchas sospechas de que la mujer sabía que los libros eran robados cuando los compró y prefería evitar cualquier ocasión en la que tuviese que hablar sobre ese tema. La mujer en apuros quería salvarse del juicio, no podía acudir al concejal porque se había ido de viaje, entonces no veía por qué la institución de la Hull House no debería ayudarla. Luego de una larga conversación, la mujer no pudo entender el punto de vista de la residente y se marchó decepcionada y triste porque le habían

negado la ayuda. En su pensamiento no cabían dudas de que la residente era una egoísta y no entendía por qué una mujer tan mala alguna vez había sido buena con ella. Por otro lado, la residente se quedó completamente frustrada, sintiendo culpa como si hubiera abusado de un niño habiéndolo obligado a levantar cosas demasiado pesadas para sus pequeños musculitos.

Tal situación deja en evidencia la imposibilidad de sustituir un estándar ético de alto nivel por uno de nivel más bajo si no hay similitud en las experiencias de vida. Sin embargo, esa situación no es tan dolorosa como la del ejemplo a continuación, en el cual un estándar ético alto alcanzado por alguien pobre se destruye y se reemplaza por una postura que ni siquiera ellos mismos llegan a comprender: hay una visitadora social a la cual las personas ancianas y débiles siempre acuden. Ella se encarga de, más o menos, una docena de mujeres a las que provee con afecto sincero y con quienes mantiene una relación casi filial. Algunas de las mujeres a las que asiste se han acostumbrado a tomar su ayuda como si viniera de un familiar, sienten la libertad de poder quejarse y hasta la retan como si regañaran a alguien de su propia familia. Una de estas pobres ancianas había tenido un accidente cinco años atrás, perdió casi toda su mano derecha y quedó con discapacidades en sus pies. Durante los años de dolor se volvió adicta al opio, y cuando llegó al cuidado de la visitadora solo podía pensar en lo aterrador que iba a ser morir en ese hospicio sin tener su droga. Cinco años después, el cuidado y el cariño que recibió han hecho milagros por ella. Vive en una construcción pequeña de dos habitaciones limpias y bien cuidadas, y con lo que queda de su mano hace acolchados artesanales que con alegría vende y regala. Su dosis diaria de opio está regulada en cierta cantidad que puede consumir por día y ya no bebe en exceso. Ama leer y su mente está llena de historias que inventa de lo que lee en los libros y que construye con su propia imaginación. En un momento parecía que no se podía hacer nada por ella en Chicago y estuvo viviendo en los suburbios por dos años, donde vivía la familia de la visitadora y donde la trataron por muchas enfermedades de riesgo que padeció. Ahora vive una vida mucho mejor, pero aún no es un buen ejemplo de mujer. Los vecinos viven asombrándose de que recibe ayuda y apoyo de un agente de caridad pero aun así gaste dinero en ir por una cerveza, regañando a los jóvenes que se le cruzan para que no la interrumpen en su penoso camino. Esta situación saca a la luz la nueva postura de los vecinos, rompe con el estándar que ellos poseen de que deben ser ayudados, en cambio en esta situación consideran que solo los pobres que «se lo merecen» deben recibir ayuda, solo quienes son austeros y moderados se merecen el lujo de la bondad. La misma señora sabe que la critican; es más, los vecinos, furiosos, le han dicho en la cara que no se merece lo que tiene. Para quitarle importancia a lo que dicen, y para que no se sepa que fue atendida con un cariño que hasta

parece sospechoso, les dice que cuando se quedó en los suburbios descubrió un secreto familiar horroroso —un escándalo terrible de la vida de la pobre visitadora social— y que recibe ayuda a cambio de que guarde el secreto y no lo divulgue. Algunos de los vecinos consideran que esa respuesta es una explicación simple y clara que despeja el problema. Sin embargo, muchos se dan cuenta de la realidad, de cómo se debe brindar cariño y paciencia cuando alguien lo necesita, más allá de si esa persona se lo ha «ganado» o no. Pero el estándar ético que se demanda es demasiado alto para la mayoría de ellos, y no los termina de convencer de que dejen de lado la postura que dicta que las personas que salen a beber alcohol no merecen ser ayudadas y que «se han ganado vivir en un hospicio para pobres». Mientras que ellos no comprendan el parámetro ético de «mayor calidad», el más «solidario», ciertamente les parecerá muy peligroso deshacerse del estándar ético que sostienen, a pesar de que es uno más «egoísta» o de «menor calidad».

La incógnita que nos deja reflexionando es, ¿en qué momento nuestro afecto se vuelve lo suficientemente altruista como para preocuparnos por los pobres que «no se merecen» la ayuda, como nos preocupamos por los que «no merecen» la ayuda pero que son de nuestra misma clase social? Decir que son dos escenarios diferentes y no sentir la misma empatía por la situación del prójimo, sin importar la clase social a la que pertenezcan, es sin duda una crítica muy importante hacia nuestras relaciones democráticas.

Entonces, ¿de qué nos sirve todo este esfuerzo y confusión? La experiencia, ¿tiene algún valor? De que la genuinidad aflora, no hay dudas. La experiencia induce a algunas visitadoras ocasionales a vivir en una vecindad en las mismas condiciones de pobreza que lo hacen los vecinos del lugar. Por el contrario, en otras visitadoras la experiencia genera que abandonen la misión porque, dicen, es prácticamente imposible poder ayudar excepto que se vuelvan miembros de una Hermandad y eso requiere, como lo hacen algunas de las Hermandades Romanas Católicas, que las visitadoras rindan votos de obediencia y pobreza, deben renunciar a sus posesiones y solo pueden dar algo que tengan si ese algo les fue dado anteriormente por otra persona.

Ambas partes, las que viven en la vecindad y las que se unen a la hermandad, consideran que se ponen al mismo nivel que los vecinos, aunque se olvidan del elemento más terrible de la pobreza: el miedo inminente a morir de hambre y el miedo a vivir una vejez en negligencia.

La joven visitadora social que conmuta desde la parte más pobre de la ciudad donde ayuda a una familia hacia su propia casa en una zona urbana próspera, si posee un mínimo de sensibilidad, vivirá sintiéndose presionada por las dificultades de nuestra democracia en crecimiento.

Solemos decir que la caridad moderna es muy científica, pero lo cierto es que nuestro cálculo sería más acertado si dijéramos que no es lo suficientemente científica. Nos disgusta que se disponga la organización de, por ejemplo, tarjetas en orden alfabético acorde a nombres de calles o apellidos de familias ya que esa clasificación no es relevante ni posee ningún significado específico. Nuestro espíritu de rebelión no debe ser muy diferente al que sentían los estudiantes de botánica y geología a mediados del último siglo; los afligía que las flores fueran tabuladas en orden alfabético, mientras que la geología se enseñaba estudiando cuadros de colores y leyendo libros de pocas páginas. No caben dudas de por qué los estudiantes, cansados a más no poder, muchas veces se quejaban de que todo era demasiado científico. Y a pesar de ser todo tan «científico», se quedaban confundidos y preocupados cuando daban con modelos de estructura y de fisiología de los que sus métodos científicos no podían dar cuenta. Pero todo esto sucedió antes de que la ciencia se tornara evolutiva y realmente científica, antes de que representara el principio intrínseco de la vida. Los mismos indicadores y descubrimientos que produjeron incertidumbre son los que más adelante marcaron el camino del conocimiento y transformaron la disciplina científica en algo vital y fascinante.

Tenemos un retroceso singular en la aplicación de este principio evolutivo a las cuestiones humanas en general, aunque sí es cierto que está siendo implementado en la educación de los niños. Al fin estamos aprendiendo a seguir el desarrollo del niño; a esperar ciertas peculiaridades bajo determinadas circunstancias; a adaptar los métodos y las situaciones a su mente en desarrollo. Ningún «buen» educador perdería tiempo reflexionando sobre cómo el niño debería ser en vez de darse la posibilidad de descubrir cómo es el niño en realidad. Pero en nuestro trabajo de caridad, sí pasamos más tiempo pensando en cómo debería ser el hombre en vez de tomar en consideración cómo ya es o en lo que puede convertirse. Desconsideradamente imponemos nuestras convicciones y estándares sobre él, con una terquedad que consideraríamos estúpida si, por ejemplo, viésemos a un educador forzando su madurez intelectual sobre un aprendiz que posee un desarrollo intelectual mucho menor.

Tomemos de ejemplo a un niño tímido que cada noche llora cuando se va a la cama porque le tiene miedo a la oscuridad. El padre más «blando» se quedará con él, solo por el hecho de que siente pena e intentará consolarlo. El padre que tiene algunos conocimientos sobre ciencia también se quedará con el niño, pues sabe que está en una etapa de desarrollo en la cual su imaginación lo controla y es imposible que comprenda por lógica que los fantasmas no existen. A pesar de que ambos padres tienen puntos de vista muy diferentes, a fin de cuentas, actúan de manera muy similar. Sin embargo, se diferencian del padre pseudocientífico, el que actúa por convicciones dogmáticas y está seguro de

que tiene la razón. Él deja al niño llorar hasta que se quede dormido y dice que de esa manera estimula el desarrollo del respeto personal y del buen juicio, sin darse cuenta de que está demandando niveles de autocontrol y desarrollo que el niño no posee. Es evidente que el desarrollo de nuestros métodos de caridad ha alcanzado el estadio de artificialidad de la pseudociencia. Hemos aprendido a condenar a los padres «blandos» como seres irracionales que no saben poner límites y nos sentimos orgullosos de la represión. Mientras el niño está llorando histéricamente en su habitación y estableciendo la base para potenciales traumas emocionales en un futuro, las visitas felicitan al padre por el gran trabajo que está haciendo en la crianza de su hijo. El espíritu pseudocientífico, o mejor dicho el estadio subdesarrollado de la filantropía, queda en evidencia cuando observamos nuestra tendencia constante de darle tanta importancia al accionar negativo. «No cedas»; «no lo consueles así aprende a tener dignidad», son algunas de las frases que escuchamos todo el tiempo. Desconfiamos de las enseñanzas de nuestra propia experiencia y del impulso humano, en vez de guiarnos acorde a ellos, aplicamos reglas dogmáticas para regular la conducta. Nos olvidamos que el conjunto de conocimientos adquiridos y las convicciones que sostenemos se deben poner en práctica en el ejercicio de nuestra vida. La necesidad de ponerse en acción y ejercitar más la empatía es tan urgente que la visitadora social siempre está brindando todos sus conocimientos, y así espera establecer la posibilidad de que, en algún punto, la familia que socorre obtenga una comprensión intelectual de lo que ella profesa. De hecho, parte de la complejidad de la caridad es que las personas que se sienten atraídas a brindar ayuda solidaria insisten en que sus convicciones deben coincidir con su accionar. Los conceptos morales de las visitadoras tienden a permanecer a la deriva, exceptuando los conceptos que se basan en sus experiencias de vida. Se enfrentan con la tarea de reducir sus escrúpulos a acciones concretas que coincidan con su voluntad y así unir fuerzas y concretar un logro, un logro cuyo valor suele ser subestimado.

Por otro lado, la joven que ha podido expresar su descontento social haciendo obras de caridad, se encuentra con que la actividad social más abarcativa y el contacto con experiencias más diversas no solo aumentan su sentido de obligación social, sino que también hacen que se replantee sus ideales sociales. Se siente disgustada al ver que en la tarea de llevar sus escrúpulos sociales a acciones concretas, sus humildes beneficiarios le sacan ventaja, particularmente en las acciones de autosacrificio. Es a través de un proceso social que alcanza la virtud tradicional de la humildad, no particularmente de la manera antigua como lo hacía el hombre que solía sentarse al costado del camino y se cubría la cabeza con tierra llamándose un pecador arrepentido; en cambio, ella se llena de tierra cuando tropieza y falla en transitar el camino de sacar adelante a las

personas y marchar junto con sus pares. Ella ha transformado sus virtudes en «virtudes sociales» mediante su propósito de contribución social.

El profeta hebreo demandaba tres requerimientos por parte de aquellos que querían unirse a la procesión liderada por Jehovah. «Amar la piedad» y al mismo tiempo «ser justo», es la tarea más difícil; cumplir solo con el primer requisito es caer en el error de ser generoso indiscriminadamente, lo que trae resultados desastrosos; cumplir solo con el segundo requisito generaría una política de retención muy severa que resultaría en una falta de empatía triste y monótona, y solo imposibilitaría el establecimiento de la justicia. Quizás sea que la combinación de ambos nunca se podrá lograr excepto que se cumpla con el tercer requisito: «caminar humildemente con Dios». Eso puede significar una caminata tediosa de millas y millas, acompañado por las criaturas más humildes, sin la calma que la compañía de las personas humildes se supone que otorga, sino sintiendo angustia y dolor cada vez que se intenta comprender el significado de la vida.

3.

Relaciones filiales

Muchas personas que forman parte de la comunidad no sienten «remordimiento social», no comparten el esfuerzo que se hace por desarrollar una moral social mejor, ni tienen la empatía necesaria para poder interpretar ese esfuerzo. Algunas de estas personas se evitarán un mal rato, panorama inminente que se presenta cuando se ponen a prueba nuevas fuerzas; no participarán de este método de prueba y error porque ellos se sienten contentos encajando en los estándares de virtud de la opinión pública, estándares bastante simples. Otros miembros de ese grupo de personas han dedicado toda su energía moral a la obtención y el cumplimiento de los estándares modernos de rectitud individual y familiar.

Este grupo de personas, los que conforman el bloque «satisfecho» de la sociedad, demandan que los radicales, el otro bloque, mantengan relaciones impecables en el aspecto personal y familiar, y los juzgan severamente si ven alguna irregularidad de su parte en el cumplimiento de los estándares establecidos. La «justificación» de esta postura es la siguiente: el aspecto conservador inherente de las masas asegura que no se sacrifique ninguna de las virtudes que han llevado tanto tiempo y esfuerzo instalar, para que no se reemplacen por ningún avance «problemático». Así el individuo que intente desarrollar y poner en práctica estas nuevas y elevadas virtudes, no debe caer en la fácil tentación de dejar que las virtudes ordinarias, las que están instaladas en la actualidad, se le olviden.

Este instinto de conservar los viejos estándares, combinado con la desconfianza hacia los nuevos paradigmas, es un obstáculo constante en el desarrollo

de experimentos y avances que dependen de iniciativas femeninas; iniciativas que se llevan a cabo por dos razones. La primera razón es que las mujeres tienen más sensibilidad para con los reclamos de individuos y familias, y la otra es que su formación general produce sientan satisfacción por el solo hecho de dar respuesta a estos reclamos.

No cabe duda de que en el esfuerzo por mantener la energía moral necesaria para lograr una relación social más favorable, el individuo suele sacrificar una parte de la energía que, legítimamente, debería dedicar a solucionar los reclamos personales y familiares, reclamos que le son preeminentes.

Si tomamos en consideración los cambios que genera esta democracia en desarrollo, en especial los que se producen en las relaciones que mantenemos en nuestras vidas, no podemos ignorar los cambios que se dan en las relaciones filiales. Este capítulo trata sobre las relaciones entre los padres y sus hijas adultas. Presentaremos una ilustración explícita de la perplejidad y la falta de adaptación que salen a la luz a raíz de los intentos que hacen las jóvenes mujeres por asegurarse una posición más activa en la vida de la comunidad. Es común ver padres muy desconcertados cuando notan que sus hijas se comprometen con trabajos que involucran valores diferentes a los intereses familiares tradicionales. Estos padres están convencidos de que la joven se está dejando llevar por un entusiasmo pueril, que está en busca de su futuro, que solo es una fase, que es inquieta y no sabe lo que quiere realmente. Inventarán casi cualquier tipo de excusa con tal de no reconocer el reclamo de la joven como un planteo genuino y digno. Esta mentalidad se debe, posiblemente, al hecho de que por cientos de años las mujeres no tenía ningún tipo de interés ni participación en cuestiones que trascendieran lo individual o lo familiar. Cualquier intento de que la mujer hubiera hecho por posponer o alejarse de los deberes familiares se hubiera interpretado como una actitud egoísta de su parte, hubiera sido vista como alguien que antepone sus propias necesidades a las de la familia. Se concluía en que una mujer no podía tener ningún deseo más grande que el de servir a su familia, y si intentaba apartarse de ese deber se la encasillaba como una persona que, deliberadamente, solo busca el placer y el beneficio propio.

Las familias estaban a favor de que su hija se uniera en matrimonio, pues ella expandía el lazo familiar al fundar su propia familia. Era fácil de comprender que su familia permitiera y promoviera que asista a la universidad, que viaje a Europa, o que experimente cualquier otra instancia de crecimiento personal, ya que eso significaba el desarrollo y la mejoría de alguien perteneciente a la familia. Pero, cuando ella correspondía su deseo de cumplir con un llamado social o democrático, se consideraba que estaba violando todas las tradiciones.

Todos podemos recordar el momento en que tuvimos nuestros primeros conflictos durante nuestra maduración, cuando tuvimos que enfrentar nues-

tros deberes familiares. Todos hemos aprendido de a poco a cumplir con esas obligaciones, y aun así, todos hemos tenido algunos momentos efímeros de reflexión en los que pensamos cómo serían nuestras vidas si ignoráramos esos deberes. Es entonces que nos damos cuenta de que el cumplimiento de esos deberes genera una demanda fundamental en nosotros. En algunos momentos hemos cedido ante la tentación de ignorar esas obligaciones por metas personales y egoístas, hemos tenido en cuenta la conveniencia individual y no la familiar, momentos que recordamos con vergüenza y pena. De la misma manera que hemos aprendido a adaptar los deberes personales y los familiares, logrando un desarrollo ordenado que requiere de la presencia de ambos deberes, tal vez sea tiempo de que hagamos un segundo ajuste; uno que sea entre las obligaciones familiares y las sociales, para que ninguna se vea perjudicada y ambas sean respetadas.

El intento de conciliar una relación entre ambas obligaciones y establecer un compromiso que sea sanador, no es tarea fácil. Es difícil distinguir entre el individuo que para responder a un reclamo legítimo, temporalmente, queda en falta con otro de sus deberes; y el individuo que deliberadamente renuncia a una obligación justa y deja de lado todos sus deberes en pos de su egoísmo y su desarrollo personal. Por ejemplo, un hombre que abandona su familia con la excusa de que necesita cultivar su sensatez artística, solo merece nuestro rechazo. Romper un matrimonio para obtener un mayor desarrollo personal, como lo hace el personaje Nora en la obra de Ibsen, o mantener un matrimonio solo para cumplir con los estándares del Estado y la sociedad, como lo hace Romola, personaje creado por George Eliot, son dos senderos muy diferentes. El choque de intereses, cuando ambos intereses tienen una base moral real y el derecho a formar parte de la vida de alguien, probablemente tenga un desenlace bastante trágico. Es la lucha entre dos reclamos diferentes y la eventual destrucción de uno de ellos lo que dejará en ruina nuestra conciencia ética. Curiosamente, casi la misma contradicción planteó un dramaturgo griego, quien postuló que los dioses que vigilan la santidad de los lazos familiares deben someterse a los reclamos divinos de los dioses del Estado. La causa del problema es la incapacidad de reconocer el deber social como un deber legítimo. Siempre está la sospecha de que los esfuerzos públicos de las mujeres son meramente egoístas y capciosos, y no aportan al bien común. Esta sospecha no se disipará hasta que tanto los padres como las hijas sientan un impulso democrático que los lleve a reconocer el deber social.

Nuestra democracia está incursionando en la institución familiar, la institución humana más antigua, y está presentando un deber que en cierto sentido es más amplio que el simple deber familiar. El reclamo del Estado en tiempos de guerra ya ha sido reconocido, y en su nombre las familias han renunciado

a sus hijos, esposos y padres. Si por una vez pudiéramos ver los reclamos de la sociedad desde esa misma perspectiva, si las miserias y las necesidades pudieran expresarse claramente y presentarse como un reclamo explícito, como el Estado hace su demanda en tiempos de peligro, entonces por primera vez la hija que desea responder a esas demandas sociales será reconocida como alguien que actúa a conciencia, y se la tomará en serio. Es probable que primero se admita el reclamo a través de las emociones y se lo considere como una respuesta de lástima y piedad a ciertas situaciones, hasta que en algún momento se le llegue a otorgar reconocimiento intelectual.

Se nos llama a que reconozcamos a la familia y al Estado como las instituciones supremas por las que la raza ha evolucionado, instituciones que debemos resguardar y proteger; pero con solo preservarlas no alcanza. Vienen períodos de reconstrucción en los que la generación de turno tiene la tarea de ampliar y de hacer que progrese el ideal de una institución de gran tradición. No hay dudas de que muchas mujeres, de manera consciente e inconsciente, reniegan con esta tarea. La familia, como cualquier otra institución de la vida humana, es susceptible al progreso; a lo largo de las épocas, sus tendencias y obligaciones se amplían, aunque sus obligaciones y deberes anteriores permanecen y no pueden ser revocados ni suprimidos. Ni la afirmación personal ni la renuncia a los intereses individuales nos permitirán lograr un mejor desarrollo. El nuevo crecimiento debe ser un tipo de progreso más genuino, como el de una planta que hace presión para salir de su cascarón que la protege pero la mantiene encerrada al mismo tiempo. Se debe conducir a la familia entera hacia una vida más abarcativa. Todos los miembros familiares deben reconocer y admitir el valor de la obligación social. Si esto no sucede, tendremos un notorio ejemplo de un estado de miseria e inestabilidad que surge cuando un código ético se aplica de manera muy rigurosa y acorde a condiciones que ya no existen; este código no está diseñado ni preparado para las nuevas condiciones. Todos hemos sido testigos de cómo el control paterno y los deberes familiares se valen de actitudes como la opinión adulta del niño para imponer su autoridad; la familia también emite su juicio sobre las actividades ajenas a la vida familiar que sus hijos desempeñan. Probablemente la tragedia familiar que todos llegamos a observar es la búsqueda de autoridad por medio de enredos afectivos que derivan en malentendidos y sentimientos heridos. Vemos a padres e hijos actuando meticulosamente por los fines en los que creen, el cariño y el afecto están presentes también, pero aun así se genera una miseria que queda a la vista de todos.

Estas imágenes nos recuerdan a una tragedia que sucedió siglos atrás en Asís, cuando un joven noble dejó sus vestiduras a los pies de su padre, renunciando dramáticamente a la lealtad filial y despojándose formalmente de su reducido

deber familiar para responder al reclamo universal. Todo el conflicto de esta tragedia podría haberse evitado si el padre hubiese reconocido el llamado superior y hubiese adaptado y subordinado su propio deber a ese llamado. El padre consideraba que su hijo era irrespetuoso e indiferente. Sin embargo, nosotros consideramos que San Francisco de Asís posee uno de los corazones más bondadosos, siempre dispuesto a ayudar a quienes pedían auxilio. Sabemos que con su afecto liberó las vidas estáticas de su época. Los factores que produjeron la tragedia se albergaban en la mente cerrada de su padre, en la falta de comprensión y de empatía con la fuerza que movilizaba a su hijo, la fuerza del renacimiento religioso que sacudió a Europa a comienzos del siglo XIII. Ese mismo poder construyó las catedrales del norte, y dio vida a santos y sabios en el sur. De todas formas, la situación del padre también era genuina, él sentía dolor y enojo en su corazón, y que su dignidad había sido pisoteada. No podía sentirse de otra manera, excepto que hubiera sido tocado con el fuego de ese renacimiento y hubiera podido abrir los ojos para despegarse de su ego y de su deber tan acotado. Esto es otra prueba de que la noción de una obligación más amplia solo se adquiere a través del interés en una visión más abarcativa de la vida y en los movimientos sociales que nos rodean.

Un hijo mayor ya es considerado un ciudadano con deberes bien definidos, que tiene la necesidad de «buscar su lugar en el mundo», por eso se le insiste menos con el deber familiar, y esa escasa insistencia que termina por desaparecer, deja de ser un medio de imposición de autoridad por parte de su familia. En el caso de una hija mayor que no tiene la necesidad de trabajar para mantenerse, pero que tampoco tiene deseos artísticos, cuando se la envía a París para que estudie pintura, o a Alemania para que estudie música, lo que se hace es generar que la vida de la joven sea infeliz y que ella sufra ansiedad en los años siguientes a su graduación universitaria. Esta situación podría evitarse si pensáramos con claridad y creáramos una adaptación de nuestro código de ética familiar que responda a las demandas modernas.

Siempre es un desafío para la familia poder ver a la hija como algo más que una posesión familiar. Desde que era un bebé, ha sido el encanto y la gracia del hogar y es difícil pensar en ella como una parte integral del orden social. Es complicado creer que tiene deberes fuera del seno familiar, deberes con el Estado y la sociedad en un sentido más amplio. Esta presunción de que la hija solo es un instrumento de inspiración y refinamiento para la familia y su círculo inmediato, de que su delicadeza y resplandor son signos de la protección y la prosperidad de su padre, funcionaba muy bien en el pasado cuando la manera en que se la educaba estaba alineada con aquella concepción sobre la juventud femenina; cuando no había reconocimiento de la vida de la mujer como una entidad que trasciende a la familia, cuando la mujer no

reconocía un llamado del mundo exterior. La situación era simple y con solo terminar la escuela con elegancia y armonía ella cumplía con todos los requerimientos. Se la educaba para que fuera un adorno del hogar e iluminara con su presencia su círculo social, el que sus padres habían seleccionado para ella. Pero esta presunción familiar ha sido irrumpida y ahora difiere con los ideales educativos. La educación moderna reconoce a la mujer como una entidad aparte de los reclamos familiares y de la sociedad y les brinda la formación que se le ha brindado a los hombres por tantos años, una formación que ha demostrado ser fructífera en el desarrollo de la individualidad y en la tarea de liberar la fuerza personal para volverse un actor independiente. Las hijas suelen sentirse confundidas cuando vuelven de la universidad y se encuentran con que este reconocimiento solo se ha logrado parcialmente. Cuando la hija actúa pensando que ese reconocimiento se ha logrado, se da cuenta que produce una respuesta de shock. Los ideales están tan entrelazados con el deber familiar y a la vez están tan instalados en el afecto y el cariño de la familia que ambos, padre e hija, quedan extrañados y se sienten alarmados cuando ven lo que está pasando, ninguno se anima a analizar la situación. El ideal de la educación de la mujer ha cambiado al haber sido presionado por un nuevo reclamo. La respuesta de la familia ha sido garantizar la educación, pero sienten celos del nuevo paradigma y reivindican el deber familiar por encima de la independencia de la joven.

A la mujer moderna se la educa para que reconozca el peso de la obligación social, aspecto que su familia nunca hubiera anticipado cuando la mandaron a la universidad. Ella siente un impulso de hacer su parte como ciudadana de este mundo. Acepta su herencia familiar con lealtad y afecto, pero es parte de una herencia más grande también, a la que llamamos «reclamo social». Tiene en cuenta este reclamo por cuatro años, el tiempo de formación universitaria, pero luego de su regreso a casa, se reivindica el reclamo familiar con exclusividad y determinación. Este panorama está cargado de incomodidad en las transiciones y los compromisos. La hija se encuentra todo el tiempo con un conflicto totalmente innecesario entre el reclamo social y el familiar. En muchos casos, el reclamo social es reprimido y le da paso al familiar, eso se debe a que el reclamo familiar es concreto y está establecido, y el reclamo social se considera como una idea más «vaga» y no está formulado oficialmente. En este tipo de instancias, la joven se somete al reclamo familiar sin protestar, pero le viene un sentimiento terrible cada vez que en su mente intenta reflexionar sobre la situación que está viviendo. Puede que oculte su dolor y todo el entusiasmo que poseía se eche a perder, o que ese entusiasmo y esas emociones se las guarde adentro y así termine siendo una mujer infeliz, con un corazón consumido por deseos sin satisfacer y arrepentimientos inútiles.

Si la joven universitaria no está totalmente sumergida en su vida familiar, se le reprocha su descontento. Se le dice que debe ser devota de su familia, que debe estar atenta a su círculo social y ser una inspiración, y lo que reste de su tiempo debe dedicarlo a mejorarse a sí misma y a disfrutar. Ella fija sus expectativas en actuar de esa manera, responde a esos pedidos con su mayor habilidad y lo hace de manera grandiosa. Pero, ¿dónde está esa vida más «amplia» que tanto ha soñado, esa vida que complementa la vida familiar y la individual? Ella ha aprendido que es su deber y su mayor privilegio compartir y extender ese estilo de vida a otros. Esa dicotomía entre su existencia individual y sus mejores convicciones se vuelve cada vez más evidente. Pero la situación no es solo un conflicto entre sus afectos y sus convicciones intelectuales, aunque eso ya es bastante tumultuoso, también su naturaleza emocional está dividida en sí. El reclamo social demanda de sus emociones y su intelecto, y al ignorarlo no solo se reprimen sus convicciones sino también se reduce la vitalidad de su entusiasmo, su vida está llena de contradicciones. Mira hacia el mundo exterior, esperando que se le haga algún reclamo que implique usar su poder, pues su pujanza no está preparada para ser proveedora de iniciativas. Cuando su salud cede ante esta tensión, como suele suceder, es común que su médico le recomiende reposo. Pero lo que ella necesita no es quedarse en cama y alimentarse solo a base de leche, lo que necesita es simple, una actividad que le provea salud, una que implique el uso de todas sus facultades para dar respuesta a todos los reclamos que la movilizan.

Es cierto que la familia suele sentirse molesta cuando notan los primeros intentos de la hija por ser parte de una vida fuera del seno familiar, la joven universitaria frecuentemente hace estos primeros intentos con mucha incomodidad; sus capacidades no han sido entrenadas para el accionar concreto. No posee la habilidad de aplicar sus conocimientos y teorías a la vida real y a las situaciones complicadas que la conforman. En su mayor parte, esto es culpa de la unilateralidad de los métodos educativos. Las universidades siempre han tenido la mejor enseñanza ética, haciendo hincapié en que la medida final de esfuerzo debe ser el bienestar integral y que un individuo solo puede asegurarse sus propios derechos trabajando para asegurar los derechos del otro. Pero mientras que la enseñanza ha incluido un rango de obligaciones amplio y se ha empeñado en el reconocimiento de los reclamos de la hermandad humana, el entrenamiento ha sido particularmente individualista. Ha fomentado ambiciones para obtener distinción personal y las capacidades se han formado casi exclusivamente para la acumulación intelectual. Sin duda, la educación de las mujeres está en falta, pues ha fallado en el reconocimiento de ciertas necesidades, y no ha podido cultivar y guiar los grandes deseos de los corazones jóvenes y generosos.

Durante los años de formación, la joven no tiene contacto con la debilidad de los niños, la tristeza del sufrimiento o las necesidades de los ancianos. En la universidad se combina lo rudimentario de la juventud con mujeres y hombres mayores, los profesores, que están allí para orientar sus pensamientos. Se otorgan los incentivos más bondadosos y se queda a la espera del momento en que las jóvenes deban entrar en acción y hacer su aporte. Esa actitud se justificaría si al dejar la universidad las jóvenes obtuvieran una salida laboral específica. La necesidad de salida laboral no difiere mucho entre hombres y mujeres, pero las mujeres se enfrentan abruptamente cara a cara con las deficiencias de su formación cuando, en los años siguientes a su graduación, no encuentran lugar en el mundo profesional ni en el de los negocios. Parecería que los obstáculos desaparecen y que la mujer universitaria es libre finalmente para comenzar una vida activa, para la que se ha preparado por tantos años, pero durante esa preparación, sus capacidades solo han sido entrenadas para ser acumulativas y ha aprendido a desconfiar de sus impulsos naturales más sutiles, impulsos que la podrían haber conectado genuinamente con los intereses fuera de su núcleo familiar y de su círculo social. Durante la escuela y la universidad, las almas jóvenes soñaban con el autosacrificio, con socorrer a los desamparados y con brindarles afecto a los desafortunados. Luego, comenzamos a desconfiar de esos deseos y, al menos que sigan una línea bien definida, concreta, los reprimimos con estrategias de cautela y convenciones.

Un verano me fui desde el este de Londres directo a Suiza; luego de una estadía de dos semanas en Londres me sentía doliente y aturdida por todo lo que había presenciado. La ruta estaba llena de mujeres y hombres jóvenes que diariamente recorrían largos tramos de aquellos caminos en tan mal estado, y que podían trepar cumbres tan inaccesibles que quienes lograban aquellas hazañas recibían una mención honorable en los diarios de alpinismo —mención que llenaba de alegría y orgullo a sus familias. Estos jóvenes conocían cuál era la dieta y la vestimenta apropiada para mejorar su rendimiento. Todo en ellos era muy agradable, excepto por sus motivaciones. No me refiero a aquellos hombres y mujeres trabajadores que tomaban esta actividad como un descanso, sino a los jóvenes ociosos que consideraban ese período como el más importante del año, por el que se esforzaban intensamente. Aunque, por supuesto, no lo disfrutaban realmente, somos muy complicados como para sentirnos satisfechos por el mero hecho de realizar ejercicio físico. La civilización nos acerca y nos compromete tanto con nuestro prójimo que sería irreal que alguno de nosotros encuentre felicidad duradera en el cultivo de fuerza individual o en la acumulación de energía muscular.

Pensaba en el barrio Whitechapel, en Londres, y no podía evitar sentir ganas de aconsejar a estos jóvenes... de decirles que usen un poco de toda esa energía mus-

cular de la que tan orgullosos se sienten para limpiar los callejones descuidados y pavimentar las calles arruinadas por la humedad. La cantidad de entusiasmo que poseen podría poner en movilizar a tantos hombres y mujeres del este de Londres, y poner en uso sus capacidades sociales subyacentes. El ejercicio seguiría siendo igual de bueno, la capacidad de resistencia seguiría siendo necesaria, la preocupación por la vestimenta y el alimento adecuado seguiría siendo igual de importante también; pero no se moverían por motivos egoístas, sino que ahora lo harían por motivos sociales. Tal llamado seguramente sería respondido por los jóvenes, pero no sería tolerado ni un segundo por sus familias.

Por suerte, se ha comenzado a transitar hacia otra dirección, algunos padres ya han comenzado a considerar que hasta sus hijos más pequeños deben relacionarse con la sociedad tanto como con la familia. Las madres jóvenes que asisten a clases de «estudios infantiles» tienen una noción más amplia de lo que es ser padres y esperan ciertas características de sus hijos a ciertas edades y bajo ciertas condiciones. Ellas observan con calma el intento del niño por hacer valer su individualidad, lo que a veces se manifiesta como oposición a los deseos de la familia y a las reglas del hogar.

Consideran que los niños actúan bajo la misma ley de desarrollo en las diferentes etapas de su vida, ya sea el niño de tres años que vive corriendo y fingiendo que no oye la voz de su mamá, como el niño de diez años que, temporalmente, rechaza violentamente cualquier tipo de autoridad, lo mismo hace el hijo ya maduro que con su personalidad capaz e individualizada persigue intereses bastantes ajenos a los de la familia.

Este intento de separar la relación paternal de la experiencia personal, y la tendencia creciente en padres de compartir las búsquedas e intereses de los hijos, seguramente resultará en un mejor entendimiento de la obligación social. Ese entendimiento, producto de una relación de intereses, aparenta confirmar la convicción de que en la complejidad de la vida actual no hay educación más admirable que la educación que viene de la participación en la dinámica de los eventos. No caben dudas de que la mayoría de los malentendidos de la vida son debido al razonamiento incompleto, pues nuestras experiencias han sido tan diferentes que no podemos entendernos entre nosotros. Las viejas dificultades que surgían del choque de dos códigos morales deben desaparecer en tanto las experiencias de los miembros de la familia se vuelvan más vastas y similares.

Sin embargo, en el presente muchas de esas dificultades aún existen y pueden ser señaladas en todos nosotros. Para ilustrar la situación de manera simple y dramática, sería bueno tomar un ejemplo por el que no tengamos sentimientos personales. La tragedia *El rey Lear* es el ejemplo elegido. Hemos estado acostumbrados durante mucho tiempo a brindarle nuestra empatía y considerar al rey como víctima de la ingratitud de sus dos hijas mayores y de

la aparente frialdad de Cordelia. Debido a esta valoración, hemos dejado de lado su falta de solidez para ser padre, que se ve manifestada en el hecho de que mantenga relaciones tan intrincadas e infelices con todas sus hijas. Fallamos en analizar su carácter debido a la pena que sentimos por él. El rey demuestra una total falta de autocontrol, aun en momentos de calma; y en momentos tormentosos, se queja de la maldad de sus hijas, rasgo que él mismo fomentó con el trato tan indulgente que tenía para con ellas.

Podría ser iluminador que él descubra en dónde falló y por qué su vejez lo encontró sin siquiera un techo donde vivir, a pesar de haber respaldado el reclamo familiar enérgicamente y con toda su conciencia. Al comienzo del drama, él está sentado en su trono, listo para contemplar el disfrute de sus hijas a quienes les ha otorgado regalos, espera la gratitud que esperaría cualquier padre. Sus dos hijas más grandes responden de la manera esperada y con gracia a la división de las tierras de su padre, pero el rey quería saber qué diría Cordelia, su preferida, la hija más pequeña. La miró expectante pero ella no demostró encanto ni gratitud, sino que manifestó por primera vez su carácter. Cordelia hizo el difícil intento de ser honesta y de expresar sus sentimientos más profundos de manera escrupulosa. El rey quedó alterado y desconcertado por ese intento de expresión, le era algo inédito que su hija pudiera sentirse movilizada por un principio que obtuvo de alguien más que no era él, ni siquiera podía imaginar que ella hubiera captado una noción de existencia en la cual su papel de hija era solo una parte. El sentido de dignidad cambió el discurso de Cordelia, la transformó y le dio autonomía. Se dejó llevar por un sentimiento tan acaparador que la pérdida inmediata de un reino le parecía una consecuencia menor. Desde su posición, incluso un acto que podría considerarse como una falta de respeto hacia su padre se justificaba, ya que se esforzaba, en vano, por responder a esta concepción más abarcativa del deber. El desafío que, tarde o temprano, se presenta a muchos padres le llegó a Lear: mantener el afecto de la relación padre e hija en este nuevo vínculo que será una relación entre adultos y sentirse satisfecho con las respuestas que otorga una hija ya madura a los reclamos familiares, mientras también responde a los otros asuntos de su vida. La mente de Lear era muy cerrada para atravesar este desafío y solo pudo ver negligencia e ingratitud de parte de su hija. Le era imposible observar a su hija desenvolviéndose más allá de la extensión de empatía y entendimiento de su padre. Que un hombre se encierre tanto en su indignación como para no entender el pensamiento de su hija, que pierda el cariño por un enojo, deja al descubierto que sus propias emociones son más importantes para él que su sentido de obligación paternal. Aparentemente, también ignoró la ascendencia en común entre él y su hija, y olvidó que Cordelia heredó el legado real de la magnanimidad. Lear se había considerado una persona noble e indulgente por

tanto tiempo que había perdido la capacidad de percibir que estaba equivocado. Aun en medio de todo el problema, seguía considerando que era más el daño que le hacían a él que el daño que él ocasionaba. Se creía una persona bondadosa y gentil, pero no podía concebir lealtad de parte de Cordelia excepto que ella le diera las señales que él demandaba.

Con el tiempo sufrió muchas miserias, se hirió su espíritu y terminó por quebrantarse, perdió la razón y también su reino; pero por primera vez su experiencia era idéntica a la de los hombres a su alrededor y entonces obtuvo una concepción más amplia de la vida. Se puso en el lugar de los «pobres desheredados», y sin esperarlo, allí encontró sanación y consuelo. De repente obtuvo un panorama del mundo que nunca antes había podido apreciar desde su trono y a partir de ese momento su corazón comenzó a acercarse a Cordelia.

Cuando leemos la tragedia del rey Lear, Cordelia recibe total censura de nuestra parte. Sus primeras palabras son frías y nos sorprende su falta de ternura. ¿Por qué ignora la necesidad de su padre de que ella sea tolerante con él? ¿Por qué se niega a darle lo que él tanto desea? En el viejo rey vemos «el deseo conquistador de ser querido, es alguien egoísta pero ese egoísmo es de naturaleza cariñosa y afectiva». Su deseo nos hace sentir una extraña lástima por él, y nos impacientamos al ver que su hija preferida, la más pequeña, no sienta lo mismo, a pesar de encontrarse en medio de su búsqueda de la verdad y de estar experimentando la adquisición de este nuevo sentido del deber más grande. Nos parece una concepción muy limitada que rompe abruptamente con el pasado y asume que su padre ya no forma parte de su nueva vida; nos dan ganas de recordarle que «la compasión, la memoria, y la fidelidad son lazos naturales» y deben ser tan valorados como el desarrollo de su propio espíritu. No admiramos a la Cordelia que abandonó a su padre por sus deseos personales, pero sí admiramos a la mujer que es cuando vuelve de Francia e incluye a su padre en su nueva vida más feliz y libre. La primera Cordelia optó egoístamente por su propia salvación, y no fue hasta que desarrolló su conciencia en esta nueva vida que volvió con su padre, donde fallecería víctima de una combinación trágica de ira y crueldad.

Considerándolo históricamente, la relación de Lear con sus hijas era arcaica y barbárica. Sus expresiones paternas eran dominantes e indulgentes, y además dejaban de lado la consideración de las necesidades de sus hijas; él no se anticipaba a la participación de sus herederas en una vida más amplia, ni existía en él ninguna creencia de que ellas podrían tener una vida digna alejadas de su padre. Si esa concepción de la vida familiar tan rudimentaria terminó en un desastre de semejante violencia, el hecho de que hayamos aprendido a ser más decorosos con nuestras conductas, no significa que manteniendo nuestra línea teórica de comportamiento contemporáneo no terminemos en una miseria similar.

Seguramente se hieran sentimientos, pero esas situaciones dolorosas pueden reducirse a una mínima cantidad si somos capaces de preservar la relación del individuo con la familia y con la sociedad. Esto sería posible si hubiéramos brindado un código ético que lidie con estas relaciones más abarcativas, en vez de un código diseñado para que se aplique solo a las relaciones que se dan entre algunos individuos particulares.

No cabe duda de que los choques y conflictos que nos afectan más profundamente son los que se dan cuando se enfrentan dos estándares morales en los que creemos genuinamente, y que apoyamos con honestidad. Experimentamos dificultad e incomodidad cuando dos estándares de convenciones y comportamientos chocan pero al mismo tiempo anticipan, débilmente, una disconformidad más profunda.

4.

Modificación en el hogar

Si se pudiese ser juzgado o juzgar solo acorde a la pureza de los fines, la vida sería mucho más simple, pero estaríamos en falta con la convención que planteamos en el primer capítulo de que los procesos de la vida son tan importantes como sus fines. Todos podemos pensar en personas con propósitos indudablemente íntegros, pero que emplean procesos un tanto dudosos para alcanzar esas metas; de hecho, esas personas suelen ser insensatas al momento de detectar sus errores y juzgan a los otros severamente, respaldándose en la confianza que tienen en su propia integridad.

Esta tendencia de estar tan seguro de la integridad de una meta pero ser indiferente a los medios por lo que se logra es principalmente evidente en el hogar. Es una fuerza constante en los pensamientos de las mujeres que en la perplejidad de la transición laboral se esfuerzan por administrar los asuntos domésticos. En su mayoría, poseen éticas de códigos individuales y familiares, pero no incluyen las concepciones sociales más amplias.

Estas mujeres, confiadas de su núcleo e integridad familiar y ateniéndose a sus propios códigos morales, no pueden ver al conjunto familiar desde el aspecto social. Posiblemente, ninguna relación haya tenido una respuesta tan lenta a la ética social, aspecto que ahora tenemos en cuenta, como el caso entre la empleada y la empleadora doméstica, o como suele llamarse, entre la patrona y la «sirvienta».

Esta persistencia del código individual con relación al núcleo familiar puede ser justificada por el hecho de que la vida ordenada, y en un sentido la civilización misma, crecieron de la concentración de interés en un solo lugar, y que el sentido moral primero se centró en un número limitado de personas. Teniendo en cuenta la premisa familiar de que el hogar se originó porque se obligó a la madre a quedarse en un solo lugar para cuidar del niño, podemos ver la base de la creencia de que si las mujeres se alejan del hogar, el hogar se destruirá y se pondrá en peligro todo el progreso ético.

También nos han contado que cuando se llevaban a cabo los primeros bailes y encuentros sociales, el propósito de tales eventos era muy cuestionado; por eso, las mujeres buenas y virtuosas, al principio se quedaban en sus casas. Así fue que, gradualmente, la mujer que se quedaba en su casa se convirtió en la mujer que protegía su virtud. De esta manera se desarrolló un código ético sobre el comportamiento y los deberes de la mujer, deberes que se limitaron lógicamente y cuidadosamente a su propio círculo familiar. Cuando se volvía imposible ocuparse de las necesidades de ese círculo sin la ayuda de personas que no pertenecieran a la familia, se incluía a estos individuos de ayuda doméstica como refuerzo para suplir aquellas necesidades; aunque eran «parte» del hogar, no tenían relación de lazos familiares.

Cuando las mujeres hacían pan, malta, jabones y velas, y también eran modistas, pintoras, hilanderas y tejedoras, administraban una gran industria pero solo desde el punto de vista familiar. Hace apenas unos cientos de años, las mujeres tenían control total de la manufacturación de muchos productos básicos que ahora son tan comunes en el comercio. Es evidente que cuando se requirió de una organización y concepción más extensa de esa producción, tuvo que dejar la elaboración de los artículos en mano de los hombres. No se sentía responsable de la administración de los productos cuando se los comenzó a producir en las fábricas, pues su instinto de quedarse junto a su familia y de protegerlos era más fuerte que su instinto de producción.

La mujer se había convencido de que su deber solo se extendía al núcleo familiar y de que el mundo exterior no requería nada de su parte. La matrona británica, muy correcta, controlaba a las jovencitas cuando trabajaban bajo su techo, pero no sentía ningún remordimiento cuando se ponía en peligro la salud física y moral de las jóvenes en las fábricas, típicamente superpobladas e insalubres; la noción de esfuerzo social no estaba presente en su mente.

Es bastante admisible acatar la explicación sobre los orígenes de la moral que dicta que la preservación del hogar es el cimiento que dio comienzo a los mejores atributos de la civilización; eso sin resaltar que una sirvienta que prepare y sirva la comida por separado es parte inherente de la estructura y la santidad del hogar, o que quienes se ocupen de un hogar deben dedicarse

solo a ese hogar exclusivamente. Hacer esa aclaración parece difícil e invariablemente el sentido de obligación familiar se confunde con un cierto tipo de administración doméstica. La dificultad industrial y el problema moral se combinan, y ese es el punto en el que muchas amas de casas desconcertadas y confundidas por los dos problemas, asumen una posición firme e insostenible.

Hay motivos económicos y éticos para la supervivencia de este código tan simple. La esposa del hombre trabajador tiene un valor económico distintivo para su marido: ella cocina, limpia, lava y arregla —servicios por los él debía pagar antes de casarse—. La esposa de un hombre de negocios o de un profesional exitoso no hace lo mismo, él sigue pagando por los servicios de la casa, y también para que le laven y le cocinen. Sin embargo, su esposa sí se encarga, en general, del zurcido. De hecho, nunca se deshace de las medias rotas, las arregla, y ese arreglo tiene un significado importante y exagerado, como si las mujeres instintivamente sintieran que esas medias zurcidas fueran los últimos restos de la industria del hogar, industria de la que solían encargarse en un pasado. Existe una tarea que la mujer nunca ha tenido que ceder: la de cocinar y servir comida a su propia familia. Por tal motivo, nunca ha sido una tarea organizada por hombres ni por mujeres, se encuentra en un estado subdesarrollado de organización. Cada patrona ve la tarea desde el punto de vista familiar propio, la ética que predomina es netamente personal y asocial, lo que resulta en peculiar aislamiento del empleado.

A medida que las condiciones productivas fueron cambiando, el hogar se ha ido simplificado. Se ha pasado del escenario medieval donde intervenían los aprendices, jornaleros y las criadas en el hogar para servir a la familia, a que el trabajo quede en manos de aquellos que se quieren, viven juntos y comparten lazos de afecto y consanguinidad. Si esa transición se hubiera completado, ya no existiría el problema de las empleadas domésticas. Pero hasta en los hogares más humildes todavía hay alguien ajeno haciendo alguna tarea, alguien que no es parte de la familia ni comparte lazos afectivos.

La familia moderna ha renunciado al hombre que le hacía los zapatos, a la hilandera y hasta a la mujer que les lavaba la ropa, pero se opone firmemente a renunciar a la mujer que cocina y se ocupa del bienestar familiar. Por más extraño que parezca, se insiste en que despojarse de ese servicio sería destruir la vida familiar. La cocinera se siente incómoda, la familia se siente incómoda, pero a diferencia de lo que pasó con sus colegas, no la desobligarán de sus tareas, aun cuando la misma cocinera insista en irse; esa insistencia ha llegado tan lejos que se han hecho todas las concesiones posibles para retenerla. Quien les escribe conoce a una mujer que reside en los suburbios, dicha mujer construyó una habitación en el fondo de su casa para que su cocinera pudiera tener un ambiente placentero donde dormir y otra habitación aparte donde

recibir a sus amigos. Naturalmente, la empleadora se sintió indignada cuando la cocinera se negó a vivir allí. Considerándolo desde el punto de vista histórico, esa empleadora también podría haber construido una habitación para su zapatero y haberlo considerado un desagradecido por no acceder a vivir ahí.

Quien oyera atentamente una conversación entre dos dueñas de casa —y ciertamente estas conversaciones son muy comunes de oír— a menudo inferirá, por el tono que las mujeres usan, que sus empleadas se aprovechan y se abusan de ellas; que ellas solo lidian con el problema porque es un servicio para su familia y porque están cumpliendo con sus deberes sociales, si no fuera por esas razones les sería un alivio alejarse de toda la situación y «jamás tendrían a una sirvienta dentro de su casa de nuevo». Si se siguiera ese impulso, se le daría paso a la tendencia de esta era de aceptar el sistema actual de producción; la empleadora se acoplaría a la organización industrial de la época. En ese escenario, la dueña de casa debería creer en que la santidad y la belleza de la vida familiar no consisten en que alguien más prepare la comida, sino en compartir la vida institucional de la comunidad y en convertir a la familia en parte de esa vida.

El egoísmo de la patrona moderna produce que las mejores empleadas se nieguen a prestarle servicio. Ella, en su ética social tan acotada, insiste en que aquellos que atiendan al bienestar de su familia deben solo ocuparse de su familia exclusivamente; y que no solo deben ser célibes sino que también deben renunciar a sus vínculos sociales innatos.

Un hombre con dignidad y habilidad está dispuesto a venir al hogar a afinar el piano. Otro hombre con habilidades mecánicas vendrá a colocar las cortinas en las ventanas. Otro menos habilidoso, pero independiente, vendrá a limpiar y relevar la alfombra. Todos estos hombres sentirían rencor y considerarían imposible trabajar allí si además de tener que vivir cama adentro en esa casa, tuvieran que renunciar a su familia y amigos para poder brindar servicio.

El aislamiento de la empleada doméstica es inevitable en tanto que la dueña de casa se apegue a esta ética retrógrada, aunque el carácter y las habilidades de las chicas que entran a esta industria hacen la situación aún más complicada. Cuando se da un gran cambio industrial, los trabajadores que quedan desplazados son aquellos que resultan muy torpes como para poder aprovechar este cambio de condiciones; los trabajadores que tienen conocimientos y perspicacia, que están en contacto con la modernidad, rápidamente se reorganizan.

Como premisa general se podría decir que las jóvenes emprendedoras de la comunidad van a trabajar a las fábricas, mientras que las menos emprendedoras entran a la industria doméstica, aunque existen excepciones. No es una cuestión de habilidad, de energía, ni de rigor laboral lo que hará que una joven se revele industrialmente cuando esté trabajando en una casa, sucede que directamente ella no es parte del movimiento revolucionario emergente. Está estancada

trabajando para una clase social compuesta por los elementos regresivos de la comunidad, que constantemente toma como empleadas a las más incompetentes; chicas que están aprendiendo el idioma, que son tímidas y lentas o que solo ven la vida desde el punto de vista de sus ahorros. El ama de llaves reniega con estas jóvenes sin capacidad de progreso, no establece una relación de empleador-empleada, sino una relación de ama-sirvienta, muy difusa y cambiante.

Aquella relación está cambiando por presiones que provienen de diferentes direcciones. En nuestra creciente democracia la noción de servicio personal está volviéndose cada vez más desagradable y conflictiva con relación a la noción de dignidad personal. Por un lado, la asistencia personal a las necesidades de los niños, de los enfermos y de los ancianos sí nos parece razonable, y se está generando un cambio democrático en cuanto a eso. La asistencia a niños y enfermos está ascendiendo al nivel de profesión formal, y no hay dudas de que la asistencia a enfermos seguirá ese mismo camino. Pero la circunstancia de un adulto asistiendo a otro adulto normal, sano, que le consume tiempo y energía, nos hace difícil conciliar nuestras teorías de democracia.

El patrón y sus hombres dejan la fábrica al final de su jornada laboral, cada uno se va a su casa y se asume que cada uno hace lo que quiere y gasta su dinero como le plazca; pero ese consuelo de igualdad fuera del trabajo no existe para la abrumada empleada doméstica.

Ella está obligada a vivir constantemente en la misma casa que su empleador, y a cambio de comida y alojamiento la empleada termina enfrentándose cara a cara con las desigualdades cognitivas y sociales que hay entre ella y la familia para la que trabaja.

La dificultad se vuelve más visible cuando la naturaleza del trabajo que hace la denominada «sirvienta» no es para nada útil, sino que solo es una excusa para consumirle el tiempo. Una patrona amable se irá plazeramente a dar una vuelta por la tarde mientras deja a su cocinera preparando los cinco pasos de una «pequeña cena para no más de diez invitados». Por el contrario, no se sentirá a gusto al día siguiente cuando deba llevar a su hija a clases de baile a las apuradas y piense en que su empleada estará toda la tarde sola y aburrida, y solo se entretendrá si debe atender a alguien que toque timbre.

Una patrona muy aplicada una vez me dijo: «En Inglaterra debe ser mucho más fácil, allí las sirvientas no lucen ni se visten como tu propia hija, y al menos puedes asumir que no comparten intereses. Hablando en serio, mi nueva empleada es casi tan bonita y sofisticada como mi hija, a veces tiene una mirada triste cuando ve que Mary se va a un baile y eso me rompe el corazón».

Quienes contratan a las empleadas domésticas son personas que nunca han realizado trabajo manual, por lo tanto imponen deberes muy exigentes a sus empleadas y por falta de experiencia no comprenden la naturaleza de esas tareas;

razón por la cual no existen restricciones razonables en los requerimientos y demandas de la patrona, ella no es como el encargado de un negocio quien ha llegado a su posición realizando las tareas que ahora realizan las personas que él dirige.

También existe otro tipo de patronas, las que son caprichosas y sobreexigentes a causa de la falta de intereses mayores en los que ocupar su mente, que sus responsabilidades no estén definidas es tan malo para ellas como para sus empleadas. Tolstói afirma que se ha desarrollado una noción de limpieza excesiva entre este tipo de patronas, tendencia que nunca prosperaría entre empleadas a cargo de tareas realmente útiles. Él señala el hecho de que un sirviente de una casa está exento de realizar trabajo pesado para conservar sus manos inmaculadamente limpias, entonces se le otorga una bandeja, la que sostiene mediante una especie de «tarjeta» intermediaria entre su mano limpia y la bandeja, para que ni siquiera la toque directamente; luego, se le da un par de guantes blancos inmaculados para que cubra sus pulcras manos. De esta manera terminamos viendo a un sirviente que pone sus manos limpias, en guantes limpios, que tocan una tarjeta limpia, que sostiene una bandeja limpia.

Si no fuera por la ética antidemocrática de las patronas, muchas de las trabajadoras domésticas que realizan las tareas del hogar podrían migrar hacia otra industria, como sucede con muchos productos que antes solían manufacturarse en el modelo de hogar feudal. Los empleados de otros oficios tienen control completo de su propio tiempo luego de realizar sus tareas delimitadas, cobran una suma de dinero como sueldo y pueden gastarlo en el cuidado de su vida doméstica independiente, y tienen la oportunidad de organizarse con sus colegas de trabajo.

En gran parte, se retiene a la empleada doméstica en el hogar debido a la creencia necia de su patrona de que así se mantiene la santidad de la vida familiar.

La empleada doméstica no tiene ninguna oportunidad regular de conocer a otros colegas de su mismo oficio, ni de alcanzar junto a ellos la dignidad de conformar un organismo societario. Siempre que hay marginación en un oficio, el resultado será la falta de progreso en los métodos y los productos de la profesión, y también la falta de aspiración y de educación de la trabajadora, tal como sucede en el caso del empleo doméstico. Independientemente de que consideremos el aislamiento como una causa de los problemas o no, no podemos negar que la labor doméstica sufre un atraso, los pequeños avances que se han dado no han podido mantenerle el ritmo a los avances superiores que se han logrado en otras ocupaciones. Se dice que la última revolución en los procesos de cocina la produjo Count Rumford, quien murió hace cien años. Esto se da en gran parte debido a la falta de *esprit de corps* entre las empleadas, que impide que el colectivo alcance nuevos logros, y la ausencia de educación en las empleadas domésticas hace que ellas no puedan mejorar sus instrumentos.

Bajo este aislamiento, un juego de utensilios debe servir para diversas tareas y como consecuencia existe una tendencia hacia el decrecimiento en el volumen y la calidad del trabajo. A pesar de que los utensilios no son adecuados para realizar un trabajo íntegro, hay una cantidad de capital invertido que resulta desproporcional a la producción cuando se lo compara con los logros adquiridos en otras ramas de la industria. Aún más importante que esto son las consecuencias que el aislamiento genera en la empleada; no existe nada más devastador para la facultad creativa, ni más fatal para la fluidez del espíritu y la mente que el sentimiento constante de soledad y la ausencia de compañerismo. Si el encargado de la fábrica regaña a una joven por dañar una máquina, habrán veinte otras chicas que escucharán el reto, y la responsable sabe la opinión de sus compañeras sobre la injusticia, o justicia, de su situación. Cualquiera sea el caso, afronta mejor la situación al saber que está acompañada y que no debe pensar sobre lo que pasó en soledad. Si una empleada doméstica rompe un utensilio o una pieza de porcelana y la regaña la patrona, casi siempre el jurado invisible es la familia de la jefa, quienes naturalmente defienden su posición de desaprobación e intensifican el sentimiento de soledad de la empleada.

Además del aislamiento laboral, la empleada doméstica también sufre aislamiento social. Es importante tener en cuenta que las empleadas que son enviadas a trabajar en las mejores zonas de la ciudad y los suburbios, salen de las zonas más pobres de la comunidad, que suelen ser las más gregarias. La niña nace y se cría en una vecindad llena de niños, también asiste a la escuela con ellos. En la escuela aprende a andar, a leer y a escribir en compañía de cuarenta compañeritos. Las fiestas a las que asiste, cuando es lo suficientemente grande como para ir a una fiesta, se organizan en salones públicos y están llenas de personas que bailan. Si trabaja en una fábrica, vuelve a casa caminando junto a sus compañeras, igual a como solía caminar junto a sus compañeras para ir a la escuela. Socializa con los varones jóvenes que conoce de su mismo ambiente. Su vida familiar y social no sufren ningún cambio drástico, al menos hasta que contraiga matrimonio. Pero si la joven es empleada doméstica, su realidad será distinta, todas las condiciones de su vida se verán alteradas. Este cambio puede que sea conveniente, pero es difícil, ya que a los veinte años la idea de comenzar a tener ahorros no es muy atractiva. Se la separa de las personas con las que ha crecido, con las que ha ido a la escuela y con quienes planeaba seguir relacionándose luego de casarse. Por supuesto que se siente sola y constreñida a alejarse de su círculo, y la familia para la que ahora trabaja suele considerar a «la nueva mucama» como una joven bastante rara. Ella no se esfuerza por socializar con los integrantes de la familia, como lo haría una joven del campo, a pesar de que sufre una soledad devastadora.

El malestar instintivo del aislamiento social es tan fuerte, lo pueden atestiguar las agencias de censos que reúnen información en las ciudades, que la realización de tareas puede ser más fácil o más difícil en proporción a la compañía que el ambiente ofrezca. Por ende, las casas donde el trabajo será más llevadero y fácil de cumplir serán las casa citadinas, que suelen tener cinco o seis empleados; luego vendrán las casa de los suburbios donde suele haber dos empleados; y por último, el ambiente más complicado será la imposible y solitaria casa en el campo.

Hay patronas en los suburbios que hacen esfuerzos casi heroicos por intentar que sus empleadas tengan vida social además de su vida doméstica. Llevan a la empleada a dar paseos, organizan que la inviten a salir ocasionalmente, le dan libros y artículos para que lea, y le brindan compañía. Aunque sus intenciones son muy elogiadas, rara vez sus métodos funcionan en la práctica y el resultado es solo un simulacro de compañía. Puede que la empleada tenga una amistad real con su patrona y disfrute de su compañía o puede que no sea así. La falta de naturalidad en la situación nace por el hecho de que se insista tanto en generar una relación solo por el hecho de la cercanía en la convivencia.

La artificialidad de la situación se intensifica por el hecho de que la empleada se siente excluida por la distancia que la separa de sus compañeros de siempre, y por no tener oportunidad de reunirse a pasar el tiempo con ellos. Además, por empatía, su patrona insiste en llenar el vacío afectivo y de intereses que atraviesa, pero lo intenta hacer ofreciéndole su amistad y suponiendo que la empleada tiene sus mismos gustos. Puede que eso funcione o no; pero de todas maneras, la empleada no debería depender de la buena voluntad de su patrona, esa dependencia es antidemocrática.

La dificultad aumenta cuando la empleada doméstica experimenta profundamente una sensación de discriminación social hacia ella de parte de los varones que conoce, que prefieren a las chicas que trabajan en fábricas. Las mujeres que buscan empleo son conscientes de ese sentimiento que existe (un sentimiento bastante injustificable, sin duda) y eso actúa como un estímulo para inclinarse hacia el trabajo fabril.

No es mi deber disculparme por las opiniones y los puntos de vista que posee la gente de clase baja, en realidad estoy casi segura de que ellos son tan inteligentes y tan tontos como lo son todas las personas, todos nosotros. Se puede explicar fácilmente que la clase trabajadora comparta esta opinión absurda y particular: el contraste entre las profesiones se acentúa por la posición social superior que posee la empleada fabril, y las ventajas que obtiene, como ser los clubes de almuerzo, los clubes sociales e instalaciones vacacionales. Las empleadas domésticas no gozan de aquellos beneficios debido a su carga horaria, su situación geográfica, y poseen un curioso sentimiento de que ellas no son tan interesantes como las chicas que trabajan en las fábricas.

Este apartamiento de sus lazos afectivos altera, por supuesto, su oportunidad de tener una vida familiar. Debemos recordar que las mujeres, por regla general, son devotas a sus familias; quieren vivir con sus padres, parientes, hermanos y hermanas, y están dispuestas a sacrificar mucho por lograr esa convivencia. Esta devoción es tan universal que es imposible dejarla de lado cuando consideramos a las mujeres como empleadas.

Las jóvenes que son solteras siguen respondiendo a las demandas y los requerimientos familiares, a diferencia de los varones. A su vez, están más predisuestas a atender las necesidades de sus padres cuando ya son ancianos y brindar ayuda a los miembros más necesitados de la familia. Pero las mujeres que son empleadas domésticas tienen dificultades peculiares para responder a las necesidades de sus familias, y prácticamente dependen de su patrona para tener la oportunidad de siquiera ver a sus parientes y amigos.

Es curioso pensar que la jefa de la empleada doméstica posee esa misma devoción por la vida familiar, y esa devoción justamente es lo que opera en contra de la devoción familiar de la empleada y contribuye a su aislamiento.

La patrona en su afán de preservar su propia vida familiar intacta, y para no sufrir ninguna intrusión, es inconsistente de la situación y, por ejemplo, autoriza que su cocinera vea a sus parientes libremente, pero no más de una o dos veces a la semana, mientras que su propia familia siempre ve y cuenta con la asistencia de la empleada. La situación es antidemocrática por el hecho de que se hace una distinción entre el valor de la vida familiar de cada grupo de personas, es decir, se afirma que un grupo de personas es de menos importancia que el otro, y que una parte valiosa de sus vidas debe sacrificarse en pos del otro grupo.

No se puede defender esa postura desde la teoría. Tampoco caben dudas de que muchas de las conversaciones típicas que se dan entre las patronas, en las cuales hablan de que cuidan y resguardan a sus empleadas y de que es mucho mejor para la salud y para la moral trabajar como empleada doméstica que en una fábrica, nacen de una cierta intranquilidad de conciencia; y también de un deseo de formular un estándar con reparos personales, cosa que se podría generar de manera mucho más natural y libre por la opinión pública, si existiese una chance de reivindicación de tal opinión. Una persona o un número de personas aisladas, por más de que sean conscientes de las condiciones que sufren, no pueden realizar el oficio de la opinión pública. Ciertos hospitales de Londres han contribuido con estadísticas que muestran que el setenta y ocho por ciento de los bebés nacidos ilegítimamente allí, son hijos de empleadas domésticas. Estas mujeres no son menos virtuosas que las que trabajan en fábricas, es más, vienen de las mismas familias y han tenido la misma formación. Pero las chicas que continúan viviendo en sus casas y trabajan en fábricas, conocen a sus parejas de manera natural, sus padres y her-

manos conocen a los hombres con los que se juntan, y de manera inconsciente ejercen una cierta supervisión y de cierta manera direccionan la elección de compañía de la joven. Las empleadas domésticas que viven en otra parte de la ciudad, lejos de su familia y lazos sociales, no tienen muchas posibilidades de conocer un enamorado. Su amante puede ser el joven que entrega el pedido de la carnicería o la verdulería, o algún amigo solitario que persigue a la chica desde la zona donde se crió y saca ventaja de la soledad y el aislamiento que ella atraviesa. No existe ninguna opinión pública, ningún estándar o ninguna convención que guíe a la empleada en la situación que atraviesa.

5. **Mejoras industriales**

No hay duda alguna de que la gran dificultad que experimentamos al poner en marcha nuestro deficiente código de ética social proviene del hecho de que todavía no hemos aprendido a actuar juntos, e incluso nos cuesta mucho integrar nuestros principios y objetivos en una premisa satisfactoria. A todos nosotros nos han entretenido algunas veces los esfuerzos inútiles de personas muy individualistas que conforman comités. Sus intentos de encontrar un método de acción común no tienen rumbo y se asemejan a los bebés cuando tropiezan y se tambalean antes de aprender a caminar.

Si, como tantas veces se dijo, estamos dejando la era del individualismo para pasar a una era de asociación, no hay dudas de que el individuo sigue siendo el más adecuado para llevar a cabo acciones decisivas y efectivas. Él va a asegurar resultados eficientes, mientras que los comités aún van a continuar deliberando sobre el mejor método para poder dar los primeros pasos.

Sin embargo, si las necesidades de la época exigen un esfuerzo colectivo, es posible que ese esfuerzo en conjunto tenga un valor social de mayor calidad que la acción individual más prolífera; incluso cuando el esfuerzo que se desarrolla sobre la línea de trabajo en conjunto más avanzada parece una acción improductiva.

Es posible que un individuo tenga éxito, y esto se debe, en gran parte, a que él reserva todas sus habilidades para los logros individuales y no destina nada de sus energías a la formación que le enseñará a actuar con otros. El individuo actúa de forma inmediata, y su éxito nos deslumbra tanto que apenas tomamos

conciencia de la insuficiencia de su código. No existe ejemplo más claro para ilustrar esta situación que el de las relaciones industriales, tales como las que existen entre el propietario de una fábrica grande y sus empleados.

Se puede detectar un conflicto creciente entre el ideal democrático, que insta a los trabajadores a exigir representación en la administración de la industria, y la situación comúnmente aceptada de que el hombre que posee el capital y corre los riesgos tiene el derecho exclusivo para dirigir. En realidad, esto es un choque entre gestiones individuales o aristocráticas y gestiones corporativas o democráticas. Las fábricas grandes y altamente desarrolladas presentan un marcado contraste entre su modalidad social y sus fines individualistas.

Es posible ilustrar este contraste utilizando como ejemplo la serie de acontecimientos que ocurrieron en Chicago durante el verano de 1894. Estos eventos personificaron y exageraron el código de ética que regula gran parte de nuestro comportamiento diario, pero al mismo tiempo lo desafiaron. Además, mostraron claramente que, a menudo, las presuntas relaciones sociales dependen de la voluntad de un individuo y que, en realidad, son reguladas por un código de ética de carácter individual.

Ya que esta situación refleja un punto de gran dificultad al que hemos llegado en nuestro desarrollo de ética social, es necesario describir los acontecimientos en detalle. Recordemos estos hechos, no como fueron investigados y divulgados, sino como los evoca nuestra memoria.

En una empresa manufacturera de gran magnitud se les había proporcionado a los trabajadores talleres espaciosos y, debido a la insistencia del presidente, también se construyó una ciudad ejemplar para la recreación de sus empleados. Al cabo de unos años, durante la depresión financiera, se consideró necesario reducir los salarios de estos empleados y darles menos de lo correspondiente por un trabajo de tiempo completo «para poder mantener los negocios abiertos». Estos hombres no aceptaron la disminución de sus salarios y, además, estaban disconformes con la gestión de la fábrica y las regulaciones del municipio. Todo esto derivó en una huelga, seguida por un cierre completo de las fábricas. Aunque estos comercios no estaban sindicados, los huelguistas se organizaron rápidamente y acudieron al American Railway Union (sindicato ferroviario estadounidense) por ayuda, que en ese momento se encontraba en Chicago por su reunión bienal.

Luego de algunos días de debate y de intentos de mediación inútiles, se declaró una huelga de solidaridad a la que, de a poco, se fueron sumando hombres de empresas ferroviarias en todo el país; y luego procedieron a paralizar por completo el sistema de transporte. En medio del tumulto, quemaron autos y destruyeron camiones a pedazos. La Policía de Chicago no pudo controlar el caos de manera efectiva, por lo que las compañías ferroviarias, con el objetivo

de proteger el Correo del país y porque aparentemente no confiaban en el Gobernador de Chicago; solicitaron al presidente de la Nación que enviara a las tropas federales. Además, los Tribunales Federales ordenaron a todos los huelguistas que no causaran ningún tipo de interferencia con las propiedades del ferrocarril y su correcto funcionamiento; y esta situación de a poco fue tomando la forma de un conflicto armado interno.

Durante todos estos sucesos, el primer presidente de la compañía involucrado en dichos acontecimientos se negó firmemente a someter la situación a mediación, y esta actitud indudablemente generó mucha controversia.

El debate se dividió, en líneas generales, entre aquellos que afirmaban que se había despreciado la bondad de tantos años del presidente de la empresa, y aquellos que sostenían que esta situación era el resultado inevitable de la conciencia social que se estaba despertando entre la clase trabajadora. Los primeros defendieron al presidente por rechazar la mediación, sosteniendo que esta se había vuelto imposible cuando se sumaron al conflicto personas que no eran sus empleados y, además, sostuvieron que a los hombres se los debe dejar manejar sus propios negocios. Ellos consideraban la posición firme del presidente como una prestación a los intereses industriales de todo el país. Los otros, en cambio, sostenían que las grandes empresas manufactureras habían dejado de ser asuntos de carácter privado y que, no solo una gran cantidad de trabajadores y accionistas estaban involucrados en su gestión, sino que los intereses de la sociedad estaban tan implicados que, en realidad, lo que los directivos de la empresa estaban administrando era más bien una entidad de bien público.

Esta huelga prolongada definió de forma concreta la ética del individuo, en este caso un empleador caritativo, y la ética de las masas, sus empleados, que reclamaron lo que ellos identificaban como sus derechos morales.

Estos acontecimientos muestran lo difícil que es manejar una industria que se organizó en base a un gran funcionamiento social, pero no con la cooperación del trabajador así socializado, sino únicamente por orden del individuo que posee el capital. Existe un marcado contraste entre la modalidad social y los fines individuales, que se profundiza a medida que los empleados son más socializados y dependientes. El presidente de la empresa en cuestión fue más allá que el típico empleador. Él socializó no solo la fábrica, sino también la forma en que sus empleados estaban viviendo. Él construyó y, en gran medida, también reguló un pueblo entero, sin pedirles a los trabajadores que expresaran sus intereses o participaran en la gobernación. Él realmente creía saber mejor que los obreros qué era bueno para ellos, así como también creía, con certeza, saber mejor que ellos cómo manejar su negocio. Ya que su fábrica se desarrollaba, crecía y ganaba dinero cada año bajo su gestión, él desde luego esperaba que la ciudad progresara de la misma forma.

El presidente no se percataba de que los hombres solo se sometían a las condiciones antidemocráticas de la organización de la fábrica porque la presión económica en nuestros asuntos industriales es tal que no podían no hacerlo. Esta presión los desalentaba a organizarse en sindicatos y hacía que los trataran sistemáticamente de manera individual.

Sin embargo, la vida social —a pesar de las distinciones de clase—, es más libre que la vida industrial, y los trabajadores resentían la expansión del control industrial en los aspectos domésticos y sociales.

Sentían que la creencia de que alguien tuviera que atender estos asuntos por ellos implicaba una ausencia de democracia, ya que hasta el trabajador más humilde gozaba de independencia en estos asuntos. El problema fundamental radicaba en que un individuo dirigía la vida social de muchos hombres sin ningún esfuerzo coherente por conocer sus deseos, y sin ninguna organización que les proporcionara un medio de expresión social. Además, el presidente de la empresa se sentía tan seguro de la rectitud de su objetivo, que había comenzado a evaluar la rectitud del proceso según sus propios sentimientos y no según los de los trabajadores.

No cabe duda de que el presidente construyó el pueblo a raíz de un deseo sincero de proporcionarles a sus empleados las mejores condiciones posibles. A medida que el pueblo crecía, este hombre fue adoptando la actitud de un artista hacia su propia creación, que no le interesa la obra en sí misma, sino que está absorto en la idea que dicha obra representa; y dejó de evaluar la utilidad del pueblo según las necesidades de sus hombres. De a poco, este proceso fue apagando los destellos de su memoria, recuerdos que podrían haber vinculado sus experiencias con las de sus hombres.

Es posible adquirir el ímpetu de un benefactor, hasta que desaparece la capacidad de forjar una simple relación humana con los beneficiarios, una relación de sincera igualdad con ellos, y ya no quedan intereses mutuos por una causa común. Realizar muchas acciones buenas puede implicar perder la capacidad de reconocer la bondad en los demás; y estar muy enfocado en concretar un plan personal de mejoras puede significar no poder captar la gran lección moral que ofrecen nuestros tiempos.

El presidente de esta empresa incentivó a sus empleados por muchos años, les dio casas higiénicas y parques hermosos; pero en sus momentos de extrema necesidad, cuando estaban luchando con las situaciones más complicadas que la vida les había presentado, este hombre olvidaba su matiz solidario y no tenía con qué ayudarlos.

El concepto de «bondad» que el empleador aplicaba para sus trabajadores implicaba higiene, condiciones de vida dignas y, sobre todo, capacidad de ahorro y de evitar los excesos. Él les había otorgado los medios para todo esto

y les había concedido oportunidades para la recreación y el progreso. Pero, de repente, este empleador encontró a su pueblo sumergido en el auge de un impulso moral mundial. Se había estado formando un movimiento entre sus trabajadores por encima suyo y él no sabía nada al respecto, o solo había escuchado rumores.

Aunque los filántropos lo ignoraban, el proletariado había aprendido a decir en varios idiomas: «El perjuicio de uno es el problema de todos». Sus consignas eran hermandad, sacrificio y subordinación del individuo e intereses comerciales para el beneficio de las clases trabajadoras; y los movía una determinación por liberar a esa clase de las condiciones inadecuadas en las que estaban trabajando.

A comparación de estos nuevos lemas, las viejas consignas que este empleador filántropo había impartido en todo el pueblo resultaban negativas e inadecuadas. Él creía firmemente en la moderación en el consumo de alcohol y en la estabilidad del esfuerzo individual, pero no pudo comprender el movimiento mayor que combinaba abstinencia y acción conjunta. A pesar de todo su incentivo, el presidente no había concebido una idea de moralidad social para sus hombres, y supuso que para ellos la virtud suponía principalmente la ausencia de vicio.

Cuando el movimiento obrero finalmente sacudió su pueblo o, mejor dicho, cuando sus propios empleados, inmersos en el peligro y la confusión, recurrieron a una manifestación organizada de este movimiento, ellos estaban bastante seguros de que, por el simple hecho de ser trabajadores en peligro, no los iban a abandonar. Esta lealtad de un sindicato con muchas ramas y bien organizado hacia los trabajadores de un «negocio sin sindicato» que no había contribuido en nada a su causa fue, ciertamente, una manifestación de poder moral.

El presidente no reconoció en ninguna de sus declaraciones o correspondencias, ni siquiera por un instante, este acto de nobleza. Aunque uno imaginaría que habría de destacar con mucho gusto esta pizca de virtud, él debe haber considerado esta situación como su ruina moral. Este hombre defendió las virtudes individuales, esas que habían distinguido a los hombres ejemplares de su juventud, esas que les habían permitido a él y a sus contemporáneos progresar en la vida, cuando «progresar en la vida» era lo que se les presentaba a los niños prometedores como el objetivo de sus esfuerzos.

El presidente no había aprendido absolutamente nada del código de ética social. La moral que él promovía al seleccionar y formar a sus hombres no le había fallado en los momentos de desconcierto, ya que supieron controlarse, no destruyeron ninguna propiedad y estaban sobrios, a pesar de que se les obligaba a tener sus reuniones en el bar de un pueblo vecino. Ellos recompensaron a su empleador con bondad, pero él no les había dictado ninguna regla para la vida de asociación a la que se vieron sometidos.

El presidente de la empresa deseaba que sus empleados tuvieran virtudes individuales y familiares, pero no hizo nada para inculcarles los valores sociales que se manifiestan en el esfuerzo colectivo.

Día tras día, durante esos horribles momentos de suspenso en que los telegramas informaban constantemente el mismo mensaje: «El presidente de la empresa sostiene que no hay nada que mediar», a uno lo hacían sentir que la idea de que rigiera un solo hombre se sustentaba de la forma más cruda. Muchas personas en muchas partes del país estaban demandando un ajuste social, contra el cual la formación comercial y la perspectiva individualista dieron batalla exitosamente.

La mayoría de los accionistas —no solo los de esta empresa, sino también los de empresas similares— y muchos otros ciudadanos que habían tenido la misma experiencia comercial compartían y sostenían esta postura. Les resultaba imposible adoptar otro punto de vista. No solo sentían que estaban en lo correcto desde la perspectiva comercial, sino que gradualmente se habituaron al punto de vista filantrópico, hasta que llegaron al punto de considerar sus argumentos como irreprochables. La costumbre los hizo aferrarse a esta visión del caso durante todas las condiciones cambiantes.

Un hombre sabio dijo alguna vez: «El consentimiento de los hombres y el de tu propia conciencia son dos alas que se te otorgan para que puedas elevarte a Dios». A las personas morales y poderosas les resulta tan fácil pensar que pueden elevarse haciendo lo que les dicta la conciencia y persiguiendo sus propios ideales, que no se percatan de vincular esos ideales con el consentimiento de sus semejantes. El presidente de la empresa ideó en su mente un pueblo hermoso. Tenía el poder para construir este pueblo, pero nunca recurrió a los hombres que vivían allí ni obtuvo su consentimiento. La reforma menos ambiciosa, si reconoce la necesidad de este consentimiento, puede tener un progreso lento pero sensato y vigoroso; mientras que los planes y experimentos sociales más ambiciosos son propensos a fracasar si ignoran esto.

El hombre que insiste en el consentimiento y que se mueve con la gente es propenso a consultar el «derecho factible» además del derecho absoluto. A menudo, se ve obligado a alcanzar únicamente «lo mejor posible» del Sr. Lincoln, y luego tiene el repugnante sentido de compromiso con sus mejores convicciones. Él se tiene que mover con aquellos a quienes guía hacia un objetivo, objetivo que ni él ni ellos ven muy bien hasta que lo alcanzan. Tiene que descubrir lo que la gente realmente quiere, y luego «proveer los canales en los que fluirá la creciente fuerza moral de sus vidas». Lo que él sí logra, sin embargo, no es el resultado de su lucha individual, como un alpinista solitario en contraste con la multitud de personas en el valle, sino de aquello que sostienen y defienden los sentimientos y aspiraciones de muchos otros.

El progreso fue más lento de manera perpendicular, pero incomparablemente mayor por ser lateral. Él no les enseñó a sus semejantes a escalar montañas, sino que convenció a los lugareños de subir a una zona más alta y, además, ha asegurado su progreso.

Unos meses después de la muerte del promotor de este pueblo ejemplar, una decisión de la Corte obligó a la empresa a apartarse del gobierno del pueblo, ya que esta era una función ajena a sus capacidades corporativas. Desmantelaron los parques, las flores y fuentes de este reconocido centro industrial, y casi no hubo protestas de parte de los habitantes.

El hombre que disocia su ambición —por muy desinteresada que sea— de la cooperación con sus pares, siempre corre el riesgo de cosechar el mayor de los fracasos.

No aprovecha la oportunidad que le proporciona el esfuerzo colectivo de conservar y garantizar su propio éxito duradero. Los experimentos que apunten genuinamente a mejores condiciones sociales deben tener una fe y práctica más democráticas que las que caracterizan a las empresas privadas. Los parques y otros tipos de mejoras públicas pensadas para el uso común, después de todo, solo están seguros en manos de la sociedad misma; y, el esfuerzo colectivo orientado al progreso social, aunque resulte más complicado y tambaleante que ese mismo esfuerzo realizado por un individuo idóneo, reúne fuerzas más influyentes y suscita mejores capacidades sociales.

El empresario exitoso que también es filántropo corre incluso un mayor peligro de alejarse demasiado de sus empleados. Los hombres ya tienen inculcada la veneración estadounidense por la riqueza y por la aptitud para los negocios exitosos y, sumado a esto, se sienten deslumbrados por sus buenas obras. Los trabajadores tienen los mismos impulsos de generosidad que él, pero mientras ellos dirigen su caridad a asociaciones de beneficio mutuo y destinan pequeñas cantidades de dinero para el alivio de las viudas y el seguro para los heridos, el empleador seguramente construya ciudades modelo, haga erigir universidades —que son tangibles y perpetuas—, y de esta manera muestra su bondad de forma concentrada.

Por las exigencias propias de las demandas empresariales, a menudo se aísla al empleador de la ética social que se desarrolla en cuanto a nuestras relaciones sociales a gran escala y también de la gran vida moral que surge de nuestras experiencias en común. Esto sucede cuando él es bueno «hacia» las personas en vez de bueno «con» ellas, cuando se da el lujo de decidir qué es mejor para ellos en vez de consultárselos. Por lo tanto, él se pierde la influencia rectificadora de esa fraternidad, que es tan grande que no da lugar a la sensibilidad o gratitud. Sin esta fraternidad quizás nunca sepamos cuán profundas pueden llegar a ser las divergencias entre nosotros y los demás, ni cuán crueles los malentendidos.

Durante una huelga reciente de los empleados de una gran fábrica en Ohio, el presidente de la empresa dijo estar muy decepcionado por la forma en que sus empleados respondieron a sus tantas amabilidades y, evidentemente, los consideró como unos completos desagradecidos. Su estado de ánimo era el resultado de la falacia de atender las necesidades sociales desde un impulso individual, y de esperar a cambio una recompensa socializada de gratitud y lealtad. Si el comedor era necesario, era una necesidad con el fin de que los empleados obtuvieran un mejor alimento, y una vez lo hubieran obtenido, se habría cumplido el objetivo genuino del comedor. Si se consideraba necesario incorporar duchas y destinar quince minutos de cada media jornada para que las mujeres hicieran ejercicios calisténicos y así poder descansar y acondicionar sus músculos, entonces el aumento de la higiene y del bienestar corporal de tantas personas debería haber justificado el experimento.

Demandar, como resultado de estas mejoras, que no hubiera huelgas ni revueltas en la fábrica por la lealtad que le tenían sus empleados como consecuencia de sus amabilidades fue, por supuesto, llevar el experimento de una base individual a una social.

Las grandes empresas mineras y manufactureras acuden constantemente a sus accionistas por fondos o por la autorización para destinar un porcentaje de las ganancias a programas educativos y sociales diseñados para el beneficio de los empleados. Quienes promueven estos programas usan como argumento y atractivo que, de esa forma, se podrán establecer mejores relaciones, se evitarán las huelgas y, al final, el dinero que recuperarán será aún mayor. Por más halagadoras que sean las razones detrás de este argumento, implican una confusión de asuntos, por lo que la teoría merece el fracaso que tan a menudo obtiene en la práctica. En el enfrentamiento que sucede a la huelga se acusa a los empleados de ingratitud, cuando no había ninguna razón legítima para esperar gratitud, y se puede generar un resentimiento inútil, que tiene su origen en hechos, en ambos lados.

En efecto, a menos que la relación adquiera un carácter democrático, las probabilidades de que haya malentendidos aumentan cuando a la relación del empleador con sus empleados se le suma la relación del benefactor con sus beneficiarios con tal de que siga habiendo oportunidades para actuar con base en el código de ética individual.

No cabe duda de que se deben alabar estos esfuerzos, no solo desde la perspectiva de su valor social, sino porque tienen una notable importancia industrial. Sin embargo, como sucede siempre, estos no tratan el asunto de los salarios y de las horas de trabajo, que son casi siempre los objetivos de la lucha sindical, por lo que los empleadores desorientan a la sociedad cuando

utilizan la mejora de las condiciones y la relación cordial con sus hombres como justificativos para la suspensión de las huelgas y de otras tácticas sindicalistas.

Los hombres aceptaron la amabilidad de los empleadores de manera individual, ya que la misma fue ofrecida individualmente; pero cuando los empleadores sostienen que no pueden aumentar los salarios sin la cooperación de sus competidores, entonces los empleados responden que ellos se unen a la lucha sindical para obtener aumentos salariales porque esto no se puede llevar a cabo sin trabajo conjunto. Incluso la intención mucho más democrática de dividir a fin de año una parte de las ganancias entre los trabajadores según sus salarios y eficiencia también implica debilidad, ya que los que determinan quienes reciben los beneficios son los empleadores.

Ambos, los actos individuales de defensa propia por parte de los trabajadores, y los actos individuales de benevolencia por parte de los empleadores serán más útiles en la medida en que fijen los estándares que quizás, en un futuro, deberán acatar por ley los trabajadores y empleadores promedio.

El progreso siempre debe provenir del individuo que se diferencie del resto y que tenga la energía suficiente para expresar su variación. Primero, este individuo debe tener una concepción más elevada que la de sus numerosos semejantes sobre qué es moralmente correcto en ciertas circunstancias, y debe expresar esta convicción en la conducta, muchas veces al formular un determinado escrúpulo que los demás comparten pero que aún no han podido definir, ni siquiera para sí mismos. El progreso, sin embargo, no está asegurado hasta que las masas obedezcan a este nuevo concepto de rectitud. Lo mismo sucede con cualquier avance en el nivel de vida obtenido por los sindicalistas, o con las mejoras de las condiciones industriales logradas por empleadores reformistas. El error no radica en halagar excesivamente el avance obtenido por una iniciativa individual, sino en considerar al logro como completo en un sentido social cuando, en verdad, este sigue perteneciendo al ámbito de la acción individual.

Ningún empresario en su sano juicio considera a su fábrica como el centro del sistema industrial. Él sabe muy bien que al costo de los materiales, a los salarios y a los precios de venta los determinan condiciones industriales ajenas a su control. Sin embargo, puede que este mismo hombre se considere a sí mismo y a sus propios principios privados como enfocados en sus propios intereses, y que espere obtener resultados de actos informales de filantropía; resultados que solo se pueden lograr mediante las reglas comunes de la vida y del trabajo que son establecidas por la comunidad para el bien común.

En el exterior y los alrededores de estos esfuerzos mínimos pero significativos, se encuentran los movimientos más grandes e irresistibles que trabajan por la integración. Dentro de estos movimientos se deben tomar decisiones sobre asuntos sociales desde la perspectiva social. Hasta entonces, será difícil

mantener nuestra mente alejada de confusiones. Tales confusiones ocurren cuando a una comunidad se le obsequia una gran suma de dinero para fines públicos y filantrópicos, y este hecho le otorga cierto atractivo a todos los actos pasados de un hombre, por lo que esta acumulación de riqueza destinada a la caridad le dificulta a la comunidad ver ciertos males cometidos en su contra. También puede suceder que la decisión de ser tan generoso influya inconscientemente al hombre en sus métodos de acumulación de dinero. Él se atiene a una cierta rectitud individual con la intención de restituir al individuo mediante los antiguos caminos de la generosidad y la amabilidad; pero si él tuviera en mente la restitución social basada en los nuevos caminos de la justicia y la oportunidad, entonces seguramente estaría atento a sus relaciones industriales y virtudes sociales durante toda su trayectoria.

Los peligros de alcanzar de manera profesional el poder del hombre recto y de ceder a la ambición de «hacer el bien» a gran escala se propagan en nuestra vida moderna. Si a «hacer el bien» lo comparamos con la ambición por la política, el aprendizaje o la riqueza, estas últimas resultan vulgares y comunes. Aquellos que son más fácilmente acechados por esta tentación son, precisamente, los más indicados para experimentar con las perspectivas sociales más amplias, porque tienen mucha facilidad para engrandecer sus actos, y porque son quienes dirigen la opinión pública. A menudo, también tienen en sus manos la preservación y el progreso de grandes intereses personales, y sienten ser más idóneos para administrar los asuntos de la comunidad que la comunidad misma. Además, saben que si no administran estos asuntos de manera aguda y veloz, como solo un individuo puede hacerlo, sus intereses que dependan de la comunidad se verán arruinados.

El empleador ejemplar que nombramos anteriormente destinó una gran suma de dinero en su testamento para construir y equipar una escuela politécnica que, sin dudas, tendrá un gran valor público. Esto demuestra nuevamente la ventaja de la gestión individual, tanto en la acumulación de la riqueza como en su utilización. Pero esta escuela logrará su mayor bien en la medida en que incentive la ambición de construir otras escuelas con fondos públicos. La ciudad de Zúrich posee un magnífico instituto politécnico por el que votó todo el pueblo, y el mismo se sustentó con impuestos públicos. Cada hombre que votó por su creación está interesado en que su hijo aproveche sus beneficios y, por supuesto, la asistencia voluntaria a esta institución debe ser mayor que en una escuela que fue aceptada como un regalo a la comunidad.

Detrás de los esfuerzos realizados por los empleadores modelo en el área de la educación, y también detrás de otras medidas que apuntan a la mejora social, hay un hombre con la mejor de las intenciones que está intentando hacer lo que un cuerpo entero de empleados debería haber hecho por ellos mismos.

Los resultados de los esfuerzos de este hombre serán valiosos cuando sirvan como incentivo para obtener otros resultados que beneficien a la comunidad y que la comunidad misma se esfuerce por obtener.

Sin dudas, hay muchas cosas que la sociedad jamás demandaría a menos que sean otorgadas previamente por una iniciativa individual. Esto sucede porque a la sociedad le falta la imaginación y la capacidad necesarias para formular sus necesidades. Por este motivo, quienes suministran los jardines de infantes son las acciones filantrópicas, hasta que se infunden de tal manera en las aficiones de una sociedad que se terminan incorporando al sistema escolar público. Las iglesias y misiones religiosas son quienes proveen salas de lectura, hasta que finalmente el sistema bibliotecario público dota a la sociedad de salas de lectura y bibliotecas.

Por esta voluntad de tomar riesgos por el bien de un ideal, y por aquellos experimentos que se deben emprender con vigor y valentía para asegurar un valor didáctico tanto en el éxito como en el fracaso, es que la sociedad debe depender del individuo que es adinerado y que también es conocido por sus fines sinceros y desinteresados. Con estos experimentos la nación puede utilizar el «método Referendum» en sus asuntos públicos. Siguiendo este método, cada experimento social es evaluado por unas pocas personas y se le da mucha publicidad para que la mayoría de los ciudadanos lo observen y analicen antes de que el público decida si es o no sabio incorporarlo a las funciones del gobierno. Si la decisión final es la de incorporarlo, entonces se lo puede llevar a cabo con confianza y entusiasmo.

Pero la experiencia nos ha enseñado que solo podemos depender de hombres exitosos para un cierto tipo de experimentos en el área de las mejoras industriales y del progreso social. El listado de aquellos que fundan iglesias, instituciones educativas, bibliotecas y galerías de arte es muy largo, como también lo es el listado de quienes contribuyen a la construcción de viviendas modelo, salones de recreación y campos de atletismo. En la actualidad, los empleadores de las fábricas están haciendo mucho para promocionar «el mejoramiento industrial» en forma de alrededores higiénicos, duchas, comedores con alimento barato y nutritivo, salones y casas gremiales. Pero hay un tipo de experimento social que involucra rectitud social en su forma más avanzada, y en el cual la cantidad de empleadores y de miembros de «la clase favorecida» es tan poca que es evidente que la sociedad no puede contar con ellos para obtener ayuda constante y valiosa.

Esta carencia se da en el área de las leyes que regulan la industria y en el tipo de progreso social que implica menos horas de trabajo y la regulación de los salarios. En resumidas cuentas, se da en toda la organización y actividad involucradas en el mantenimiento y aumento de los salarios que evitarían la disminución del nivel de vida.

Una gran cantidad de personas están convencidas de que el sistema industrial actual se encuentra en un estado de profundo desorden, y sienten que no hay ninguna garantía de que la búsqueda de la ética individual pueda mejorarlo algún día. Ellos sostienen que solo se debe brindar asistencia mediante acciones corporativas deliberadas inspiradas en ideas sociales y guiadas por el estudio de las leyes económicas; y que el sistema industrial actual impide que planteemos nuestras demandas éticas no solo por la rectitud social, sino por el orden social. Como ellos creen que cada avance en el área de la ética debe ir rápidamente acompañado de un progreso correspondiente en la política y de promulgación de leyes, insisten en el derecho a la regulación y el control estatales. Mientras que muchas personas de todas las clases sociales de una comunidad aprobarían esta idea como un concepto general, e incluso admitirían que se trata de una cierta obligación moral; las promulgaciones de leyes diseñadas para regular las condiciones industriales han sido, en gran medida, logradas por las acciones de unos pocos ciudadanos, principalmente por aquellos que ven constantemente las duras condiciones de trabajo, y cuyas convicciones y empatía los estimulan a tomar acción.

Esto se puede ejemplificar con las leyes promulgadas que regulan las ocupaciones en las que pueden trabajar los niños, y también con las leyes que regulan las horas de trabajo permitidas en dichas ocupaciones y la edad mínima en la que se les permite trabajar. Las primeras leyes de trabajo infantil se promulgaron en Inglaterra gracias a los esfuerzos de aquellos miembros del Parlamento que les partía el corazón ver las condiciones de los pequeños aprendices de los distritos que fueron asignados a las primeras fábricas textiles del norte; y durante los largos años que se necesitaron para crear el código de legislación de trabajo infantil que Inglaterra tiene actualmente, el conocimiento de las condiciones siempre precedió la legislación efectiva. Los esfuerzos de esas pocas personas que están presentes en cada comunidad y que creen en el control legislativo fueron siempre respaldados por las acciones de los sindicalistas, más que por las iniciativas de los empleadores. En parte, se debe a que el empleo de trabajadores en las fábricas los pone en contacto con los niños, quienes suelen disminuir los salarios y desmoralizar su negocio, y en parte porque los trabajadores no tienen tiempo ni dinero para gastar en filantropía aliviadora, y deben sí o sí sacar partido de la agitación social y de la promulgación legislativa al ser los únicos caminos a su alcance para rectificar su situación.

Podemos ejemplificar esto imaginándonos una fila de personas sentadas en un tranvía en movimiento, al cual se sube con rapidez un niño de ocho años, contando a los gritos los detalles del asesinato más reciente con la esperanza de vender un diario. Un hombre de buen pasar económico le compra un diario sin sentir ningún tipo de choque moral, es más, quizás se sienta un poco

satisfecho consigo mismo por haber ayudado a ese niño que quiere triunfar en la vida. La mujer filantrópica sentada a su lado tal vez reflexione que es una pena que un chico tan inteligente no esté en la escuela. Quizás, en un momento de remordimiento, tome la decisión de duplicar sus contribuciones a muchas escuelas y casas de niños repartidores de diarios para que este chico pueda tener una mejor enseñanza y, a lo mejor, la oportunidad de formarse en algún oficio manual. Probablemente esté convencida de que él solo, con sus esfuerzos y sin la ayuda de nadie, está manteniendo a una madre viuda; y su corazón se moviliza para hacer todo lo posible por ayudarlo. Al lado de esta mujer está sentado un trabajador formado en los métodos sindicales. Él sabe que el desarrollo normal del niño ha sido interrumpido, y que la actividad anormal de su cuerpo y mente ocupa la fuerza que debería ser utilizada para su crecimiento, además sabe que este uso precipitado de sus capacidades tiene un valor temporal y engañoso. Se siente obligado a sacar estas conclusiones porque ha visto a muchos hombres que ingresaban a las fábricas a la edad de dieciocho o veinte años tan desgastados por el trabajo a temprana edad que diez o quince años después los hacían a un lado porque no resultan productivos. Él sabe muy bien que no puede hacer nada para mejorar el destino de este chico, y que lo único que puede hacer es reclamar por leyes de trabajo infantil adecuadas, con el fin de que los hijos de los más pobres tengan asegurada su etapa escolar y obtengan, al menos, la efímera oportunidad de crecer que él tuvo.

Estas tres personas sentadas en el tranvía son honestas y rectas, y reconocen un cierto deber hacia los niños desamparados de la comunidad. El hombre artífice de su propio éxito celebra el esfuerzo personal de ese niño; la mujer filantrópica ayuda a algunos niños; y el trabajador, a solas, se ve obligado a incluir a todos los niños de su clase social. Los trabajadores, por su debilidad en todo menos en la numerosidad, se vieron obligados a acudir al Estado para asegurarse protección para ellos mismos y para sus hijos. No todos pueden ascender de clase social como lo ha hecho el ocasional hombre exitoso; algunos de ellos deben permanecer para trabajar en las fábricas y minas, y ellos no tienen dinero para gastar en filantropía.

Ambas, la agitación social y la apelación social a la conciencia de la comunidad son necesarias para obtener ayuda del Estado y, curiosamente, una vez que las leyes infantiles son promulgadas y puestas en vigencia, son una fuente de orgullo, e incluso son consideradas como una prueba de la humanidad y entendimiento de la comunidad. Si el método de la agitación social se pudiera manifestar en la promulgación de leyes de manera ordenada y tranquila, y si las medidas laborales pudieran ser sometidas al análisis y dictamen de todos sin una sensación de división o conflicto, entonces tendríamos el desarrollo ideal del Estado democrático.

Pero juzgamos a las organizaciones laborales como a las demás instituciones existentes, no por su declaración de principios que rara vez leemos, sino por sus esfuerzos torpes al querer aplicar sus principios a las condiciones actuales, y por el fracaso recurrente de sus representantes cuando el individuo se siente muy débil para convertirse en el órgano de la acción corporativa.

La falta de organización y las metidas de pata que tan a menudo caracterizan a los sindicatos, y que contrastan enormemente con la gestión organizada de una fábrica, suelen confundirnos en cuanto a los problemas que realmente están involucrados, y nos cuesta confiar en manifestaciones de esfuerzo social burdas y revoltosas. La situación empeora por el hecho de que quienes están formulando un código de acción conjunta, tienden a franquear el código establecido de la ley y el orden.

Así como la sociedad tiene derecho a demandarle al individuo reformista que se aferre severamente a sus derechos personales y nacionales, también tiene derecho a insistir que las organizaciones laborales se atengan a los estándares públicos de la ley y el orden que tanto costó obtener y, de esta forma, la comunidad cumple con su deber cuando hace pública su protesta cada vez que se subvierten la ley y el orden, incluso cuando es por el bien del aclamado esfuerzo social. Sin embargo, en momentos de estrés industrial y presión, la comunidad se enfrenta a una confusión moral que puede surgir por el simple hecho de que lo que era bueno en el pasado se opone a lo que es bueno en la actualidad, y aquello que puede parecer una elección entre virtud y vicio es en realidad una elección entre virtud y virtud. En el desorden y la confusión que, a veces, suceden al crecimiento y al progreso, puede ocurrir que la comunidad no pueda ver más allá de la horrible lucha en sí.

La escritora recuerda una conversación entre dos trabajadores que salían de una clase sobre «evolución orgánica». El primero estaba bastante desconcertado, y le pregunta ansioso al segundo si evolución podía significar que un animal se convirtiera en otro. El trabajador, desafiado, se detuvo al final de la sala, puso un pie en una silla, y expuso sobre lo que él pensaba que realmente era la evolución; y esto, tan exacto como lo puedo recordar, fue lo que dijo: «Ves muchos peces viviendo en un arroyo que desborda en el manantial y devuelve a algunos a la orilla. Los débiles mueren allí arriba, pero otros peces hacen un gran esfuerzo por volver al agua. Primero clavan sus aletas en la arena, respiran tanto aire como pueden con sus branquias, y la pasan muy mal. Pero un rato después, sus aletas se convierten en piernas y sus branquias en pulmones, y se convierten en sapos. Resulta obvio decir que han avanzado más que los notables, cómodos peces que nadan en el arroyo de acá para allá moviendo su cola y detestando a los pobres peces averiados que se retuercen desesperados en la orilla. Él, el disertante, no dijo nada sobre los hombres,

pero es fácil deducir que nosotros seríamos los pobres desafortunados en la orilla seca, luchando sin los medios suficientes para subsistir, mientras que nuestros semejantes acomodados nadan en el agua con todo lo que desean, y nos detestan porque andamos agitados y desesperados». Su oyente no respondió y, evidentemente, no estuvo satisfecho con la explicación y su puesta en práctica. Sin dudas, el ejemplo confundió más de lo que aclaró, pero la historia es sugerente.

En tiempos de agitación social, el ciudadano obediente de la ley ansía tanto paz y orden, sus afinidades están tan (justa e inevitablemente) del lado que apoya la restauración de la ley, que le cuesta ver la situación de manera justa. Se vuelve indiferente al impulso desinteresado que puede llegar a impulsar una huelga de solidaridad en nombre de los trabajadores de un negocio sin sindicato, porque deja que su mente se enfoque solamente en el desorden con que se asocia a las huelgas. Las fases feas de un gran movimiento moral lo distraen mucho. Siempre es una tentación asumir que la facción que tiene respetabilidad, autoridad e inteligencia superior, tiene también rectitud, en especial cuando esa misma facción presenta resultados concretos de esfuerzo individual, en contraste con los resultados menos tangibles de esfuerzo conjunto.

Más difícil aún es liberarnos lo suficiente del punto de vista individualista para poder agrupar eventos según sus relaciones sociales y juzgar justamente a aquellos que se esfuerzan por obtener un resultado social mediante todas las dificultades que presenta la acción conjunta. El filántropo aún encuentra su camino mucho más fácilmente que aquellos que intentan lograr una moralidad social. En primer lugar, la comunidad, ansiosa por halagar aquello que reconoce como un indiscutible esfuerzo moral asistido por un verdadero sacrificio personal, aprovecha con alegría esta manifestación y la elogia demasiado, reconociendo en el filántropo un viejo amigo en los caminos de la rectitud, mientras que los otros son extraños, y posiblemente desconfíen de ellos por no conocerlos. Es fácil confundir la respuesta a una cantidad anormal de reclamos individuales con la respuesta al reclamo social. A menudo se confunde moral personal exagerada con moral social, y hasta que no se intenta solucionar alguna situación social con base en una moral personal, no se descubre su total deficiencia. Intentar lograr una moral social sin una base de experiencia democrática tiene como resultado la pérdida de la única acción correctiva y guía posibles, y acaba siendo una moral individual exagerada, pero no una moral social. De vez en cuando, vemos esto en el filántropo agobiado y saturado de trabajo, que ha exigido su voluntad individual más allá de los límites normales, y ha perdido su percepción de la situación en medio de un desconcertante número de casos. El hombre que adopta el mejoramiento de la humanidad como sus objetivos y fines debe también utilizar las experiencias

diarias de la humanidad para la corrección constante de su proceso. No solo debe evaluar y guiar su logro según la experiencia humana, sino que triunfará o fracasará en la medida en que haya incorporado esa experiencia con la suya. De lo contrario, sus propios logros se convierten en su obstáculo, y empieza a creer que su propia bondad es algo externo a sí mismo. Hace una excepción consigo mismo, y piensa que es distinto de sus comunes y corrientes semejantes. Se olvida de que es necesario saber sobre la vida de sus contemporáneos, no solo para creer en su integridad, que —después de todo— es uno de los primeros orígenes de la moralidad social, sino para lograr cualquier integridad moral o mental para nosotros, o cualquier esperanza del estilo para la sociedad.

6.

Métodos educativos

A medida que la democracia modifica nuestra concepción sobre la vida, aumenta el valor y la función de cada miembro de la comunidad, por más humilde que sea. Hoy en día creemos que hasta el hombre más «salvaje» tiene un valor para nuestra comunidad, una función que solo él, y nadie más que él, puede desempeñar. Poco a poco les pedimos a los educadores que saquen a la luz las habilidades de cada persona y que las conecten con el resto de la vida. Pedimos esto, no solo porque todas las personas tienen derecho a ese tipo de conexión, sino porque nos hemos convencido de que el orden social no se puede desenvolver de forma adecuada sin su contribución especial.

Así como hemos llegado a repudiar todos los obstáculos que nos impiden mantener una camaradería sin restricciones con nuestros semejantes, y así como derribamos las divisiones antinaturales —no con el espíritu de los reformistas del siglo XVIII, sino inspirados por quienes consideran que la igualdad social es necesaria para el progreso del desarrollo social—, ahora estamos ansiosos por explotar el poder dinámico que reside en las masas, y por demandarles a los educadores que den rienda suelta a esas habilidades.

Creemos que el idealismo moral de los hombres es —como siempre lo ha sido— la fuerza que construye el progreso. Pero como todos y cada uno de los seres humanos somos agentes creadores y posibles generadores de gran entusiasmo, dudamos del idealismo moral de las minorías y demandamos la educación de la mayoría, que haya mayor libertad, fortaleza, sutilidad en las

relaciones sociales y, por lo tanto, un aumento en el poder dinámico. No nos gusta demasiado incluir a todos los hombres en nuestras proyecciones, pero ahora somos conscientes de que todos los hombres ansían y son parte del mismo movimiento al que nosotros pertenecemos.

A muchas personas impulsadas por estas ideas las impacienta que los educadores tarden tanto en reconocer su obligación expresa de preparar y nutrir a los niños y ciudadanos para las relaciones sociales. Sin lugar a dudas, los educadores deberían conservar el aprendizaje y la formación que tienen como fin lograr el éxito en la vida personal y familiar, pero a eso le deberían agregar una formación orientada hacia los numerosos esfuerzos sociales que nuestra creciente democracia demanda. El ideal democrático exige que las escuelas les otorguen un valor social a las experiencias de todos los niños; que les enseñen a dirigir sus propias actividades y a adecuarlas a las de otras personas. No queremos que miles de trabajadores industriales pongan todo su esfuerzo y trabajo duro en servicios de los que la comunidad se beneficia enormemente, mientras sus concepciones y códigos de moral continúen siendo estrechos y no los movilice ningún estímulo moral que les pueda llegar a dar la conciencia del valor social.

No estamos satisfechos con las escuelas que se enfocan solo en leer y escribir, y creemos que estos docentes se basan en la idea de que la experiencia del día a día vale poco, y que todo el conocimiento y los intereses se les deben transmitir a los niños por medio de libros. Educar basándose en esa idea imposibilita el poder darles a los niños alguna pista sobre la vida a su alrededor, o alguna habilidad que los conecte de forma útil o inteligente con la vida que los rodea. Esto se puede ejemplificar con las observaciones que se hicieron en una gran colonia italiana situada en Chicago, donde la mayoría de los niños asisten a escuelas públicas.

Los miembros de esta colonia italiana son, en su mayoría, del sur de Italia (campesinos de Calabria y Sicilia, o napolitanos de barrios obreros). Vinieron a Estados Unidos con el objetivo distintivo de ganar dinero y encontrar más espacio donde poder emplear sus energías. En la mayoría de los casos, tienen la intención de volver a su país, simplemente porque su mente no puede imaginar una vida lejos de su antiguo hogar. Sus experiencias en Italia fueron de actividades al aire libre, y desarrollaron sus creencias mediante su lucha con la naturaleza (ese tipo de lucha cuerpo a cuerpo que ocurre cuando el hombre se gana el pan con sus propios cultivos, o con herramientas creadas por sus propias manos). Las mujeres, como en toda vida primitiva, realizaron actividades más diversificadas que los hombres. Cocinaron, hilaron, tejieron, además de su trabajo en los cultivos casi a la par de los hombres. Muy pocos de los campesinos (ya sean hombres o mujeres) pueden leer o escribir. Se de-

dican a sus hijos, se arraigan a sus sentimientos familiares, incluso a relaciones remotas, y se encierran en su comunidad.

Toda la familia tuvo que atravesar un gran cambio y luchan por adaptarse a su nuevo entorno. La mayoría de los hombres trabajan durante el verano en las ampliaciones de las vías férreas bajo la dirección de un patrón que les busca trabajo, regula sus salarios y los provee de alimento. El primer efecto que la inmigración tiene sobre las mujeres es el de la ociosidad. Ya no trabajan más en los cultivos, ni ordeñan las cabras, ni juntan leña. Las madres compran vestimenta para toda la familia que no solo ya fue confeccionada, sino que además son prendas de un gran corte y estilo que ellas no podrían elaborar. En efecto, esto es lo que más les conviene económicamente. Las tareas como la limpieza de la casa y la cocina son de lo más simples, ya que ahora al pan lo hornean otras personas, y a las pastas las pueden comprar listas para hervir. Todas esas actividades domésticas y al aire libre que ellas habrían de enseñarles a sus hijas se les escabulleron. Las artes domésticas han desaparecido, junto con su interés atrapante para los niños, su valor educativo y su estímulo al trabajo. Un hogar en una casa de vecindad (*tenement house*) ya casi no recibe materias primas. Para los cientos de niños que jamás han visto crecer el trigo, hay docenas de niños que jamás han visto un pan en el horno. En cuanto a los lavados y baños esporádicos, estos se asocian con el malestar. Los niños de estas familias reciben estímulos constantes, de los que son realmente excitantes, de sus experiencias en las calles, pero tienen pocas oportunidades (o directamente ninguna) para canalizar sus energías en la producción doméstica o, en general, para usar sus energías de forma constructiva en cualquier aspecto. No se les proporciona ninguna actividad que ocupe el lugar de aquellas que los niños hubieran encontrado en Italia, y no se les construye ninguna unión que les proporcione una vida íntegra.

Los padres italianos cuentan con que sus hijos aprendan el idioma y las costumbres estadounidenses antes que ellos mismos, y los niños no solo son intérpretes del idioma, sino mediadores entre ellos y Chicago, lo que produce la consecuencia patética de que la familia dependa del niño. Por lo tanto, cuando un niño empieza la escuela, esto constituye un evento muy significativo para toda la familia. La familia no tiene nada de vida social, y no le puede aportar nada de vida social al niño. Él la debe obtener en la escuela y dársela a la familia, por lo que la escuela se convierte en el conector con la sociedad organizada a su alrededor. Son los niños de seis, ocho y 10 años quienes van a la primaria. Si un niño llega a Estados Unidos a los 12 o 13 años, sus padres lo ven como alguien que puede ganar un salario, y una niña de la misma edad ya está considerando el matrimonio.

Tomemos como ejemplo a uno de estos niños, que en seis u ocho años aprendió a hablar su idioma de origen y a sentirse muy identificado con el

porvenir de su familia. Los intereses de sus ancestros estaban vinculados al trabajo manual al aire libre, por lo que las labores físicas y al aire libre han acompañado todas sus experiencias. Sin embargo, lo primero que el niño debe hacer cuando llega a la escuela es permanecer sentado, al menos por una parte del tiempo, y aprender a escuchar lo que le dicen, con toda la perplejidad que conlleva escuchar una lengua extranjera. Esto no le parece muy interesante, y le lleva bastante tiempo responder a los más sutiles incentivos del aula. Al hijo de campesinos le importa muy poco presumir y saber recitar bien. Deja todo eso para sus compañeros, que son más sofisticados y cuentan con un mejor inglés. A sus padres no les importa mucho que siga en la escuela, y no lo van a retener allí en contra de su voluntad. Su experiencia no es como la de los estadounidenses, que les indica que el hombre educado es quien finalmente será exitoso. En la colonia italiana, el hombre más rico no puede leer ni escribir (ni siquiera en italiano). Su astucia y codicia, combinadas con la credulidad e ignorancia de sus peones, fueron las que le proporcionaron su gran fortuna. El niño puede sentir la emoción de una vaga ambición de continuar hasta que sea como los demás niños, pero no es popular con sus compañeros y, tristemente, siente la falta de interés. Las imágenes y los objetos que le muestran, así como el idioma, son extraños.

Si reconocemos que en la educación es necesario empezar con las experiencias que el niño ya posee y usar su actividad social y espontánea, entonces las calles lo educan en estos aspectos de una forma más natural que las escuelas. El campesino del sur de Italia viene de una vida de recolectar aceitunas y naranjas, por lo que envía a sus niños a recoger carbón de las vías férreas, o madera de edificios que han sido incinerados. Desafortunadamente, este proceso los lleva a la transición de cometer pequeños hurtos. Es fácil pasar de juntar el carbón de las vías férreas a robar el carbón y la madera que están en frente de un negocio, o de juntar las papas que se cayeron de un vagón en movimiento a tomar los vegetales exhibidos por el verdulero. Es muy probable que esto suceda con el niño que responde a los estímulos y las tentaciones de la calle, aunque en un principio su búsqueda de alimento y combustible haya sido motivada por la mejor de las intenciones.

La escuela debe luchar contra las distracciones de la calle y los barrios. No hay nada más fascinante que el misterioso «centro de la ciudad», zona que los niños ansían visitar para vender diarios y botas negras, ir al teatro y, si es posible, quedarse allí toda la noche esperando la edición matutina de los grandes periódicos. Si alguna vez el niño se encuentra completamente absorto en estos placeres, nada lo puede salvar de la sobreestimulación y de la debilidad e inutilidad consecuentes, y llega a la madurez sin el hábito de trabajar regularmente y con un sentimiento de desagrado por la monotonía del trabajo.

Por otro lado, hay cientos de niños de diversas nacionalidades que se esfuerzan, continúan sus estudios y cumplen con todos los requerimientos de los primeros grados, y a la edad de 14 ya se encuentran en las fábricas, trabajando meticulosamente año tras año. Estos son los hombres que constituyen la mayor parte de la población de los barrios industriales de todas las grandes ciudades, pero todos los años llevan a cabo el proceso industrial sin saber en lo más mínimo de qué se trata todo eso.

El único hábito arraigado que el niño traslada consigo de la escuela a la fábrica es la sensación de que su trabajo solo es provisorio. En la escuela, pasar al próximo grado se le presentaba como un objetivo a alcanzar, lo que lo llevó a tener la convicción de que el único fin del esfuerzo realizado en el presente es el de prepararse para otra cosa. Esta actitud tentativa le quita a su trabajo en la fábrica el poco estímulo social restante; permanece allí porque lo ve simplemente como una necesidad, y su propia actitud mental destruye su oportunidad de comprender su valor social. Ya que en la escuela el niño contrajo el hábito de trabajar en ciertas horas y de disfrutar en otras, entonces en la fábrica gana dinero en diez horas de trabajo aburrido y lo gasta a la noche en tres horas de placeres grotescos e improductivos. Tanto en la escuela como en la fábrica, en la medida en que su ocupación se vuelva aburrida y monótona, su recreación debe ser cada vez más emocionante y estimulante.

El sinsentido de agregar clases nocturnas y entretenimientos sociales como algo meramente accesorio a un día de trabajo extenuante y monótono se hace cada vez más evidente para aquellos que están intentando proporcionarles una vida más gratificante a los ciudadanos del sector industrial y que ansían que el trabajo deje de ser una carga pesada y sin capacidad de expresión por parte del trabajador. A veces creemos que las escuelas públicas deberían contribuir mucho más a la consumación de este momento. Si los cientos de alumnos que ingresan cada año a las fábricas tuvieran facultades más desarrolladas, quizás harían mucho por aliviar esta problemática del trabajo fabril monótono que tanto presiona a una gran parte de nuestra comunidad.

¿Ha sido tan intenso nuestro comercialismo hasta el punto en que nuestras escuelas fueron insensiblemente comercializadas, mientras nosotros pensábamos que nuestra vida industrial recibía los efectos iluminadores y beneficiosos de las escuelas? La formación de estos niños, en la medida en que haya sido vocacional en absoluto, se ha dirigido al trabajo administrativo. ¿Es posible que los empresarios, a quienes tanto admiramos en Estados Unidos, hayan estado dictando los planes de estudios de nuestras escuelas públicas a costa de las convenciones de educadores y de las sugerencias de los profesores universitarios? Por supuesto que el empresario no dijo: «Haré que las escuelas públicas formen recaderos y empleados administrativos así los puedo contratar

de forma fácil y barata», pero sí ha dicho: «Enséñenles a los niños a escribir bien y a hacer cálculos rápidos y exactos, a adquirir hábitos de puntualidad y orden, a ser obedientes, y entonces los prepararán para que puedan triunfar en la vida como yo lo hice». ¿Los trabajadores han callado lo que desean para sus hijos y han permitido que los empresarios decidan por ellos? ¿Han permitido que los políticos manejen sus asuntos municipales, o han compartido nuestro optimismo universal de creer firmemente que sus hijos jamás necesitarán ingresar a la vida industrial, sino que serán futuros banqueros y comerciantes?

Lo cierto es que no se hicieron suficientes estudios sobre los niños que ingresan a las fábricas a edad temprana y permanecen allí por el resto de su vida como para poder darle significancia histórica al papel que desempeñan en la comunidad y contrarrestar su monotonía y aburrimiento.

A fin de cuentas, es el bienestar del obrero promedio lo que hace que nuestra democracia creciente nos impulse a plantearles nuevas demandas a los educadores. Así como hemos reclamado el derecho de los obreros a la libre ciudadanía mediante la expresión política de la democracia, ahora el código de ética social insiste en que sean miembros conscientes de la sociedad y tengan algo de noción sobre su valor social e industrial.

Aparentemente, el antiguo ideal de la ciudad que es un mercado para intercambiar productos y una simple factoría para comerciantes sigue subsistiendo en nuestras mentes y se refleja a menudo en nuestras escuelas. O no hemos sido capaces de comprender que las ciudades se han convertido en grandes centros de producción y manufactura de las cuales participa gran parte de la población, o nos faltó la claridad mental suficiente para ajustarnos al cambio. Admiramos mucho más a los hombres que acumulan riquezas y se adjudican para ellos mismos las obtenciones de la industria, que a los hombres que realmente llevan a cabo los procesos industriales y, como he mencionado, nuestras escuelas aún preparan a los niños casi exclusivamente para la vida comercial y profesional.

Así como los niños de áreas rurales sueñan con irse a vivir a la ciudad y ya de chicos empiezan a imitar la vestimenta y las formas de los viajantes, los niños que asisten a una escuela de ciudad aspiran a ser recaderos, y en un futuro oficinistas o vendedores, y consideran que el trabajo fabril es la ocupación de los ignorantes y poco exitosos.

Las escuelas hacen tan poco para que los niños se interesen por el área de la producción o por dirigir su ambición hacia el ámbito de la ocupación industrial que, casi desde un principio, el ideal de vida se relaciona con querer ganar dinero para poder gastarlo en compras innecesarias y así obtener una posición social que no tiene valor alguno, cuando en verdad se tendría que asociar con un interés atrapante por el trabajo de uno y con una conciencia sobre su valor y relación social.

El hijo de un operario que tiene éxito en el área comercial impresiona a su familia y vecinos como lo hace el prominente hombre de ciudad cuando vuelve a su pueblo natal a maravillar a todos. El niño de padres trabajadores aprendió muchas cosas útiles de la escuela pública, pero la aritmética comercial y muchos otros estudios se fundan en la suposición tácita de que un niño tiene éxito en la vida si se aleja del trabajo manual, y de que todos los niños prometedores se deben dedicar al área de los negocios o a alguna profesión. A los niños destinados a ser operarios se los provee de herramientas que serían más útiles en otros contextos, como sucede con la mujer de un campesino exitoso que compra una cama plegable para su amplia «habitación extra» porque su hermana, que se ha casado con un hombre de ciudad, debe sí o sí tener una cama plegable porque su departamento es diminuto. En parte porque se hace muy poco por ellos en términos educativos, y en parte porque deben vivir con lo justo y usar vestimentas raídas, la vida del trabajador promedio tiende a volverse sosa y monótona, ya que no hay nada en su trabajo que alimente su intelecto o que atrape su interés. En la teoría todos admitiríamos que el hombre que pertenece a la clase social más baja, que realiza los trabajos más tediosos y humildes, cumple funciones útiles (siempre y cuando su trabajo sea necesario); pero no vivimos acorde a nuestras teorías y, además de tener un trabajo soso y arduo, está lleno de resentimiento; y a menos que tenga alguna enfermedad o problema, recibe muy poca empatía o atención. Ciertamente, no se hace ningún esfuerzo serio por darle participación en la vida social e industrial con la que está en contacto o por proporcionarle conocimiento o motivación útiles para estos aspectos.

Aparentemente, todavía no pudimos desprendernos de la costumbre que heredamos de siglos de esclavitud y del sistema feudal de ver la labor manual con cierto escepticismo. Escapar de los trabajos manuales y no especializados o de baja categoría sigue siendo el estatus deseado. Esto se puede ver con claridad durante toda nuestra historia. Una familia de trabajadores hará mucho esfuerzo y sacrificio para que su hija más brillante vaya a la secundaria y luego a un instituto de profesorado, porque una docente aumenta el estatus social de la familia y, en consecuencia, también aumenta su identificación como familia, ya que las remuneraciones son superiores a las de la fábrica e incluso a las del trabajo administrativo. En el vocablo de muchos niños, la palabra «maestra» es sinónimo de mujeres de clase alta, y ese nombre se aplica a mujeres que se visten de cierta forma y tienen ciertos modales. El mismo deseo de progreso social se expresa en la compra de un piano, o en el hecho de que un hijo sea recadero y no un par de manos más en una fábrica. La superpoblación de profesiones ejercidas por hombres poco preparados tiene la misma raíz, y surge de la convicción de que «la educación» se desperdicia si un niño trabaja en una fábrica o tienda.

Un fabricante de Chicago nos cuenta la historia de dos mellizos de quienes se hizo amigo y a quienes les quiso dar un punto de partida. Los envió durante muchos inviernos al Ateneo para una especie de entrenamiento comercial, y luego los contrató para su oficina, donde se hicieron conocidos como «el brillante y el estúpido». Al «estúpido» lo echaron luego de varias pruebas y se dedicó a trabajar en tiendas donde, para sorpresa de todo el establecimiento, se convirtió en un trabajador atento y valioso. Al contar la historia, su benefactor —disgustado— admite que él mismo fue víctima de su propia formación comercial y de su antigua noción sobre triunfar en la vida. En realidad, él solo siguió los pasos de la gente caritativa que ayuda a niños pobres. Simplemente evalúan el éxito de sus esfuerzos según la cantidad de personas que sacaron de las fábricas y reubicaron en alguna otra «ocupación de mayor nivel».

A la par de este ideal comercial se encuentran las escuelas nocturnas y las instituciones de aprendizaje que son más accesibles para los trabajadores. Primero y principal se encuentran los institutos superiores con orientación perito mercantil que enseñan más que nada a mecanografiar y llevar las cuentas, y ponen especial acento en el comercio y los métodos de distribución y logística. Consideran los productos básicos solo como importaciones o exportaciones, o los asocian con su valor comercial y no, por supuesto, con su desarrollo histórico o con los procesos industriales a los que fueron sometidos. Estas instituciones no se adecúan en absoluto a las necesidades del operario, que se encuentra en un taller y no en una oficina. Asumimos que todos los hombres se encuentran en la búsqueda de, para usar la frase de Thomas Carlyle, «pudín y poder», y proveen solo para las escuelas que los ayudan con esos fines.

El hombre que asiste a estos institutos de formación comercial, o incluso el hombre que realiza un curso académico para formarse en alguna profesión, ve el aprendizaje como una inversión de la cual, en un futuro, recogerá los frutos en forma de dinero. No relaciona el aprendizaje con actividades industriales, ni tampoco instruye sobre esos intereses a aquellos de sus amigos que no han triunfado en la vida. «Es como si hubiera redes en la entrada de la educación, y quienes logran escapar de las masas absorbidas por el trabajo manual también terminan siendo atrapados, y se les impide ayudar verdaderamente a sus semejantes». La enseñanza académica accesible para los trabajadores en forma de conferencias que ofrecen los programas de extensión universitaria y de clases en los *settlements* resulta muy teórica y remota, y enseñan temas completamente ajenos a sus verdaderas experiencias. Estos hombres terminan viendo al aprendizaje como un quehacer más al final de un día agotador de trabajo, y como algo que se logra mediante esfuerzo mental extenuante. Por supuesto que hay excepciones, pero muchos de los hombres que perseveran en

asistir a clases y conferencias año tras año luego poseen muchos conocimientos que no les sirven para el día a día y no pueden aplicar a sus experiencias reales.

De todas las decepciones que el movimiento *settlement* les provocó a sus promotores, quizás ninguna sea tan grave como el hecho de que todavía no han podido desarrollar métodos educativos especializados y que se adapten a las necesidades de los trabajadores adultos, en contraposición a los que se emplean en escuelas y facultades, o los que se usan para enseñarles a los niños. Hay muchas razones y explicaciones para este fracaso. En primer lugar, los residentes mismos ya tienen inculcados ciertos ideales y métodos académicos, que son lo más difícil de modificar. Voy a citar un^{1,2} informe de un centro *settlement*: «El trabajo educativo más elogiado de los centros *settlement* a menudo implica la estimulación mental de unos pocos que, de cierto modo, tienen la mentalidad académica y responden fácil y rápidamente a los métodos académicos empleados». Estas clases pueden ser valiosas, pero dejan de lado a la gran mayoría de la población obrera, al trabajador típico de las típicas calles obreras, cuya actitud se describe mejor como «resignación», quien vive el insípido pasar de los años sin incentivo para «imaginar, diseñar o aspirar a más». Estos hombres quedan realmente excluidos de la maquinaria educativa y filantrópica que está diseñada para los jóvenes y los indefensos que viven con ellos en las mismas calles. Generalmente no toman en exceso, les dan todo su sueldo a sus respectivas esposas y sienten un vago orgullo por sus hijos sobresalientes, pero envejecen prematuramente, sus músculos se entumescen y se vuelven cada vez más taciturnos, y todas sus energías se ven consumidas por la tarea de «preservar su trabajo».

Se han hecho varios intentos por mejorar las instalaciones educativas inadecuadas que fueron provistas por el comercialismo y la escolaridad. Ambos siguieron sus propios ideales y no pudieron ver la situación como realmente es. El intento más notable fue el del movimiento orientado hacia la educación industrial, que fue hábilmente fomentado y secundado por fabricantes de los que toman acción y que, de vez en cuando, han fundado y financiado escuelas técnicas ideadas para los hijos de operarios. Inevitablemente, las primeras escuelas de este tipo reflejaron el ideal del hombre que se hizo de abajo. Tuvieron éxito en convertir trabajadores calificados en ingenieros formados, y a otros trabajadores un poco menos calificados en mecánicos, pero no intentaron educar a todos aquellos que están condenados a los trabajos no calificados que demanda la permanente especialización de la división del trabajo.

1 Centros sociales que ofrecían oportunidades sociales y educativas para la clase trabajadora (N. de la T.).

2 Voluntarios de las *Settlement houses* (N. de la T.).

Las personas como Peter Cooper³ y otros buenos hombres creían en serio que, si a la industria se le podía agregar inteligencia, cada trabajador que asistiera a estas escuelas podría obtener mejores habilidades y salarios y, en un futuro, hasta convertirse en empleador. Tales escuelas son útiles sin lugar a duda, pero en lo que respecta a educar trabajadores o en satisfacer de alguna forma el ideal democrático, les falta cuestionarse muchas cosas.

Casi todas las grandes ciudades tienen dos o tres institutos politécnicos fundados por hombres ricos, desesperados por ayudar a los «niños pobres». Estos han sido acaparados por educadores convencionales con el propósito de preparar a los jóvenes para los institutos superiores y universidades. Tomaron la decisión de simplemente adicionar materias como trabajo manual, matemática aplicada, dibujo mecánico e ingeniería al típico plan académico. Dos escuelas de Chicago fundadas para los hijos de los trabajadores nos sirven a modo ilustrativo para mostrar esta tendencia y sus consecuencias. Por otro lado, en las escuelas de este tipo que han sido capturadas por el comercialismo se han formado ingenieros hábiles, químicos profesionales y electricistas. Son institutos de excelente nivel, pero ni siquiera tienen la intención de admitir al operario con su escaso intelecto. Instruyen a los que construyen máquinas, pero no a quienes después las manipulan. Incluso las escuelas textiles han sido apropiadas por hombres jóvenes que esperan ser superintendentes de fábricas, diseñadores o incluso dueños de fábricas; mientras que el trabajador textil, que por lo general es quien «sujeta el hilo», casi no figura en este tipo de institución y, lo que es más, en una de las escuelas de oficio textil más grandes no se permiten mujeres, a pesar de que el hilado y el tejido han sido desde un principio ocupaciones dominadas por mujeres, y de que muchas de ellas trabajan en fábricas textiles.

Resulta mucho más fácil volver a recorrer los viejos caminos de la educación y adicionarles «entrenamiento manual» —por decirlo de algún modo—, resulta mucho más simple recurrir a las viejas ambiciones de «prosperar en la vida», de «formarse en alguna profesión o carrera comercial» que desarrollar nuevos métodos en líneas democráticas. De a poco, estas escuelas vuelven a adoptar los planes convencionales con pequeñas modificaciones, pero jamás se adaptan a las necesidades de los operarios y ni siquiera lo intentan. Mientras tanto, los fabricantes se quejan de que los ingenieros, formados específicamente para diseñar máquinas, no son satisfactorios. Tres generaciones de trabajadores se han dedicado a la invención, pero se nos dice que en los talleres ya no se inventa nada—incluso cuando los incentivan ofreciendo premios—, y que los

3 Empresario industrial e inventor que creó la primera locomotora a vapor de Estados Unidos y fundador de la Unión Cooper (N. de la T.).

inventos de los últimos 25 años del siglo XIX definitivamente no cumplieron con las expectativas de los primeros 75 años de ese siglo.

Cada capataz de una fábrica importante ha tenido experiencia con dos clases de hombre: por un lado, están aquellos que se vuelven rígidos y no toleran cambios en su trabajo, en parte porque hacen más dinero «trabajando pieza por pieza» y se apegan a ese trabajo que aprendieron a hacer de forma rápida; y en parte porque todo su sistema nervioso y muscular se adaptó a movimientos específicos debido a la rutina diaria y repudian el cambio. Por otro lado, están los hombres que entran y salen de las fábricas, en un estado de cambio constante. «Renuncian» al trabajo por motivos insignificantes o sin tener motivo alguno, y nunca se tornan habilidosos en nada. Algunos de ellos son poco inteligentes, pero muchos de ellos son simplemente demasiado nerviosos e inquietos, demasiado impacientes y propensos a tomar alcohol como para llegar a ser útiles en una fábrica moderna. Estos son los hombres a los cuales les resulta imposible la adaptación que demandamos.

Si el sistema industrial demanda cada vez más tiempo y energías de un individuo, se lo debería enriquecer y nutrir de fuentes sociales en la medida en que se lo drena. Él, más que cualquier otro hombre, necesita el concepto de continuidad histórica para que le revele el propósito y la utilidad de su trabajo y solo se lo puede estimular y dignificar si tiene noción sobre su propia relación con la sociedad. En efecto, la escolaridad no puede hacer esto por él, ya que, desafortunadamente, la misma tendencia a la división del trabajo también produjo la sobre especialización en la escolaridad, con el triste resultado de que cuando un educador intenta atender las necesidades de un trabajador, lo somete a una mayor especialización en vez de darle un respiro de ella. El educador no puede brindarle sanación o consuelo porque él mismo está sufriendo de esa enfermedad. En efecto, desde un principio hay una falta deplorable de percepción y adaptación por parte de los educadores.

Ciertamente, será vergonzoso que describan nuestra época como victoriosa por las numerosas invenciones, porque nuestras fábricas estaban llenas de máquinas complejas gracias al avance en conocimientos matemáticos y mecánicos aplicados a procesos industriales, pero como fracasada porque perdió la cabeza al enfocarse tanto en los logros y se olvidó de los hombres. El fundamento de esta acusación sería que esta época

no logró poner la historia o las artes al alcance de los trabajadores industriales que manipulaban las máquinas; y que quienes accionaban las máquinas, exhaustos y deshumanizados por el trabajo duro y monótono, caminaban por las mismas calles que nosotros y se sentaban en los mismos vagones, pero nosotros éramos indiferentes y no realizábamos ningún esfuerzo en serio por

proporcionarles la percepción del artista o la perspectiva del estudiante, que por sí solos podrían fusionarlos en la conciencia social.

Otro de sus fundamentos sería que los intelectuales continuaron de todas formas con sus investigaciones, que los educadores solo se interesaban por los jóvenes y los prometedores, y los filántropos por los criminales y los indefensos.

Hay una falla lamentable a la hora de reconocer la situación en que se encuentran la mayoría de los operarios, una tendencia a ignorar sus necesidades y experiencias reales y, lo más estúpido de todo, dejamos de lado afectos y recuerdos que, de ser utilizados, nos aportarían una gran dinámica.

Constantemente escuchamos dentro de los ámbitos educativos que un niño aprende solamente al «hacer», y que la educación debe proceder «mediante los ojos y manos al cerebro», pero parecemos incapaces de revertir el proceso para el gran número de personas alrededor nuestro que no necesita tener actividades proporcionadas de manera artificial, y que usan sus manos y ojos todo el tiempo. Citamos el dicho: «Lo que se aprende en el aula debe aplicarse en el taller» sin embargo la habilidad y manualidad utilizadas constantemente en el taller no tienen relevancia o significado cuando son proporcionadas por la escuela, y cuando tratamos de ayudar al trabajador de forma educativa, ignoramos completamente su ocupación diaria. No obstante, la tarea es simplemente una adaptación. Hay que tener en cuenta las condiciones actuales y hacer de estas la base de un amplio y generoso método de educación para realizar una idealización sin dudas difícil, pero no imposible.

Aparentemente creemos que el trabajador no tiene oportunidad de dimensionar la vida a través de su vocación. Reconocemos con facilidad la asociación histórica en cuanto a la construcción de edificios antiguos. Decimos que «generación tras generación ha dejado su marca y grabado sus pensamientos en ellos, hasta que se convirtieron en la propiedad de todos». Esto es aún más cierto con respecto a los instrumentos de trabajo, que han sido utilizados constantemente por el hombre. Una máquina realmente representa la «experimentada vida del hombre» preservada y atesorada dentro de sí misma, tanto como los edificios antiguos. En la actualidad, se pone en contacto a los trabajadores con las máquinas con las que trabajan de manera abrupta, como si estas hubieran sido creadas recientemente. Manipulan esta maquinaria día tras día, sin tener noción de su evolución y crecimiento gradual. Pocos de los hombres que desempeñan el trabajo de mecánica en grandes fábricas comprenden el hecho que las invenciones de las que depende la fábrica, los instrumentos que ellos utilizan, fueron el resultado gradual de cada generación que utilizó los avances de la anterior y transmitió la herencia, hasta que se convirtieron en una posesión social. Esto solo puede ser comprendido por un hombre que tiene una idea del progreso social. Todavía nos complace de manera inocente ver

que se está llevando a cabo una mayor subdivisión en el trabajo, porque de ese modo la cantidad de producción aumenta y aparentemente somos incapaces de desviar nuestra atención del producto lo suficiente para realmente enfocarla en el productor. Teóricamente, la división de trabajo hace a los hombres más independientes y humanos al integrarlos en una unidad de propósito. «Si un grupo de personas decide construir un camino, uno cava, otro trae las piedras y otro las rompe, están inevitablemente unidos por su interés en el camino. Pero esto naturalmente presupone que ellos saben hacia dónde va ese camino, que tienen una curiosidad e interés en él, y tal vez una oportunidad de viajar en este». Si la división de trabajo les despoja el interés en algún momento el simple hecho mecánico de la interdependencia equivale a nada.

El hombre en la fábrica, al igual que el hombre con la azada, tiene un resentimiento que va más allá de ser sobrecargado y desheredado y es que no comprende de qué se trata todo. Podríamos lamentar el paso del tiempo cuando el trabajo variado que se realiza en un taller no especializado naturalmente estimula la inteligencia de los trabajadores y los pone en contacto con la materia prima y el producto finalizado. Pero el problema de la educación, como cualquier educador adelantado nos diría, es que no se les otorga los fundamentos de la experiencia o conocimiento que necesitan, por así decirlo. Si el taller trata constantemente hacer del trabajador un especializado, el problema del educador con respecto a él es bastante claro: tendría que darle a él de manera equitativa el conocimiento especializado para realizar su trabajo diario y brindarle también información y cultura general para impulsarlo a ser un miembro culto de la sociedad con una conciencia de su valor industrial y social.

Una escena triste es la de un trabajador textil anciano que en una fábrica trata de hacer que su torpe máquina compita con una lanzadera volante, es un trabajador capacitado con un conocimiento tan escaso que no puede otorgarle significado alguno a su vida ni a la secuencia entre sus actos y los resultados a largo plazo.

Sin embargo, los productores en su totalidad, cuando atentan a las instituciones educativas en conexión con sus fábricas son propensos a seguir líneas convencionales y a exponer la debilidad de imitación. De hecho, encontramos que el educador de clase media comete constantemente errores de un moralista de clase media cuando intenta ayudar a los trabajadores. Este ha tratado continuamente y de manera tradicional fomentar en el trabajador las virtudes específicas de ahorro, industria y sobriedad (todas virtudes pertinentes al individuo). Cuando cada hombre tenía su propio negocio, era tal vez prudente hacer énfasis exclusivamente en las virtudes industriales de diligencia y ahorro, pero la industria se ha vuelto mucho más organizada y como consecuencia la vida es mucho más compleja e interdependiente. Si un trabajador va a tener una concepción de su valor tiene que ver a la industria en su unidad y tota-

lidad, debe tener una concepción que incluya no solo a sí mismo, su familia inmediata y comunidad sino también a la organización industrial como un todo. Es indudablemente cierto que la destreza de mano se convierte menos y menos indispensable mientras que la invención en maquinaria y la subdivisión en el trabajo proceden, pero es necesario que el trabajador obtenga conciencia de su relación individual con el sistema si quiere salvar su vida. Alimentar a una máquina con un material del cual no tiene conocimiento alguno, hacer un producto totalmente desconocido en su vida sin al menos saber que llega a ser de él o su conexión con la comunidad, definitivamente le hace mal a su vida intelectual y moral. Para hacer la conexión moral sería necesario darle una conciencia social del valor de su trabajo y al menos un sentido de participación y cierta satisfacción. Para realizar la conexión intelectual sería esencial formar en él una concepción histórica del desarrollo industrial y la relación de su trabajo individual con esta.

Los trabajadores mismos han hecho intentos en ambas direcciones, lo que sería adecuado que los moralistas y educadores estudien. Es asombroso el hecho que cuando los trabajadores desarrollan su propio código moral y tratan de inspirar y alentarse mutuamente es siempre una doctrina general la que predicán. Fueron los primeros en organizar una asociación internacional y una conferencia en una reunión de trabajadores modernos, lo cual es solidario y forma parte de la identidad e intereses de los trabajadores existentes en el mundo. Es difícil asegurar una organización de hombres efectiva dentro de las formas más simples de organización sin apelar a los principios de justicia y hermandad. Luego de haber formado su propia moral, no cabe duda de que si ellos pudieran fundar sus propias escuelas estas no estarían orientadas a la mecánica. Los cursos de estudio organizados por un grupo de trabajadores son muy básicos en su generalidad y totalidad. Ellos seleccionarían la historia del mundo antes que cualquier otro período o nación. *Las maravillas de la ciencia* o *La historia de la evolución* atraerían a los trabajadores a una conferencia, mientras que la biología o la química los espantaría. Una *Descripción de la literatura* o *Lo mejor de la literatura* atraerían a la audiencia, mientras que una conferencia de poesía inglesa estaría vacía. Esto es el resultado de un sano deseo de adquirir conocimiento general antes que conocimiento específico, lo cual en parte, es una consecuencia de la especialización del trabajo a la que están sujetos los trabajadores. Cuando el hombre está libre de trabajo y puede dirigir su propia mente, tiende a vagar o morar en una cantidad de temas. Más o menos la misma tendencia se ve en los programas de estudio que organizan los clubes sociales femeninos en distintos lugares. La mente sin formación, cansada de detalles insignificantes, solicita un trasfondo y filosofía generales cuando tiene una oportunidad de hacer escuchar su demanda.

En cierto sentido, el comercialismo en sí mismo, al menos en su aspecto más amplio, tiende a educar a los trabajadores mejor que las instituciones educativas. Sus intereses son desde luego democráticos y globales, pero ignora totalmente el país y credo cuando se pone en contacto con las distintas regiones y etnias. Si se tuvieran en cuenta estos aspectos en el comercialismo, se contrarrestaría en cierto grado la subdivisión del trabajo.

El esfuerzo más notable para emplear esta democracia del comercialismo en relación con la producción se encuentra en Dayton, Ohio, en las reuniones anuales que se llevan a cabo en una gran fábrica local. Una vez al año se reúnen para escuchar el rendimiento del negocio, no mucho con respecto a las ganancias sino con respecto a su crecimiento. En estas reuniones, los vendedores ambulantes de varias partes del mundo, desde Constantinopla a Roma, Berlín, Hong Kong, informan acerca de las ventas que han realizado y los métodos de promoción y publicidad que adaptaron para los distintos países.

Se dan clases con un proyector en cada nuevo país tan pronto como un producto de la fábrica lo haya invadido exitosamente. Los capataces de los distintos departamentos de la fábrica dan testimonio de la gran eficiencia y el aumento de la producción en los últimos años. En este momento, cualquier hombre que haya realizado una invención en conexión con la maquinaria de la fábrica recibe un premio y se aprueban sugerencias que traten de incrementar el bienestar y los servicios sociales de los empleados. Por el momento, al menos, hay un completo «*esprit de corps*» y los empleados más jóvenes y menos habilidosos se ven a sí mismos en relación con los intereses de la firma y la divulgación de una invención. Es un ejemplo crudo de lo que podría hacerse para darle un marco de significado más amplio al trabajador de la fábrica y colocarlo en una posición más sensible, al menos en el ámbito comercial.

Es fácil acusar al educador, decir que este se ha enroscado en sus propias ideas y que ha caído víctima de sus propios métodos, pero dicho esto, ¿qué ha hecho el artista al respecto? él que se supone que tiene que tener una comprensión más profunda respecto a las necesidades de sus contemporáneos y servirles como nadie más puede.

Es muy cierto que algunos escritores insisten en que el creciente deseo de muchas personas de trabajar por placer, tiene su contraparte en los trabajadores y su creciente deseo de adquirir cultura general. Estos escritores creen que la misma dualidad de conciencia, que parece impedir el esfuerzo más noble del individuo porque su concepción intelectual y sus logros son tan difíciles de integrar, se encuentra a gran escala en la sociedad misma, cuando tenemos la separación de la gente que piensa y aquellos que trabajan. Sin embargo, desde que Ruskin murió, nadie ha tratado de formular esto de manera convincente. Incluso la famosa declaración de Ruskin: «El trabajo sin arte brutaliza»,

siempre fue interpretada como si el arte solo pudiera ser una cierta belleza o satisfacción en el trabajo de uno y no como un sentido de compañerismo con todos los otros trabajadores. La situación demanda la participación consciente y bienestar que el individuo obtiene cuando es capaz de verse a sí mismo «en conexión y cooperación con la totalidad», necesita el consuelo del arte colectivo inherente en el trabajo colectivo.

Así como el poeta tiñe el mundo exterior para nosotros con los matices de los sentimientos humanos, el trabajador necesita a alguien que pinte sus alrededores con un sentido humano, alguien que le enseñe a encontrar eso que le brindará potencial a su vida. Su educación, no obstante simple, tendría que expandirlo de su casa al mundo y brindarle un sentido de simplicidad y paz entre la trivialidad y el ruido al que está sujeto constantemente. Al igual que otros hombres, él puede aprender a estar conforme de ver una parte, aunque esta deba ser una parte de algo.

Es debido a la falta de democracia que no lo incorporamos realmente en la esperanza y ventajas de una sociedad y no le damos el lugar que es suyo por mero derecho. Hemos aprendido a decir que el bien debe extenderse a toda la sociedad antes de que pueda ser asegurado por cualquier persona o clase. Pero todavía no hemos podido agregar a esa afirmación que al menos que todos los hombres y todas las clases contribuyan a un bien, no podemos ni siquiera estar seguros si vale la pena tenerlo. A pesar de muchos intentos, realmente no podemos actuar de acuerdo con ninguna afirmación.

7.

Reforma política

A lo largo de este libro hemos asumido que parte de nuestra inadaptación ética, en cuanto a los asuntos sociales, proviene del hecho que estamos actuando de acuerdo con nuestro código de ética adaptado a las relaciones individuales y no a las relaciones sociales más amplias a las cuales está mal aplicada. Sin embargo, además de la dificultad y constante tensión, hay a menudo una honesta falta de percepción en cuanto a lo que demanda la situación.

En ningún lado esto es más evidente que en nuestra vida política, ya que se manifiesta en distintos municipios de cada gran ciudad. Es muy difícil retener nuestra democracia política y hacerla en todo sentido una expresión social y no un mero artificio gubernamental a menos que trabajemos duro para continuar en el mismo camino de nuestras experiencias humanas. De lo contrario, en distintas partes de la comunidad hay una diferencia inevitable de códigos éticos, responsables de tantos malentendidos. Ambas son difíciles, interpretar de manera empática los motivos e ideales de aquellos que adquirieron hábitos de conducta a lo largo de su experiencia tan distintos a los nuestros, como también tener sumo cuidado en resguardar los avances ya hechos y valorar lo suficiente el bien imperfecto que se consiguió con mucho esfuerzo y a lo sumo en relación con el mal. Esta gran diferencia en la experiencia diaria se puede observar en dos actitudes distintas con respecto a la política. El hombre rico de la comunidad cree que la política es algo ajeno a sí mismo, puede que reconozca de forma consciente el deber político como parte de ser un buen ciudadano,

pero la actividad política no es la expresión de su vida moral o social. Como resultado de este desinterés, los «movimientos reformistas» que emprenden los empresarios son en general creados para mejorar las políticas de maquinaria y con intención de mejorar el método administrativo, no con el propósito de asegurar el bienestar de las personas. Concentran tanto su atención en los métodos que fracasan en contemplar los objetivos puntuales del gobierno. Esto explica por qué otorgan más y más responsabilidad a los administrativos y comisiones designadas, para limitar el poder de los representantes directos de los votantes. Los movimientos reformistas tienden a volverse negativos y perder su valor educativo para las personas. Los reformistas asumen el rol de la oposición. Se dedican a juzgar y criticar los intereses, escriben y hablan sobre cómo tiene que ser el futuro y qué resultados se deberían obtener. Sin embargo, en el intento de mejorar las cosas solo piensan en logros políticos que los alejan de manera interesante del resto de la vida y hablan y escriben acerca de la purificación de la política, como si esta fuera algo ajeno a la vida diaria.

Por el otro lado, los verdaderos líderes de la gente son parte de la vida entera de la comunidad que controlan y como son representantes, se les concede una expresión social de democracia. Son a menudo políticamente corruptos, pero a pesar de esto proceden en base a una teoría más justa. Aunque ellos sean totalmente incapaces de darle una expresión abstracta, en realidad están actuando de acuerdo con una fórmula hecha por un observador inglés muy astuto que en concreto dice: «Luego de conceder el voto a las masas, los ideales sociales entran en los programas políticos e ingresan no como algo que a lo mejor puede ser promovido indirectamente por el gobierno, sino como algo que es el principal negocio del gobierno para avanzar directamente».

Los hombres que viven cerca de las masas de votantes, que los conocen íntimamente, comprenden esta teoría y actúan sobre la base de ella, ellos atienden directamente a la vida y a las necesidades sociales. Ellos se dan cuenta que las personas en conjunto claman por resultados sociales, y ellos mantienen su poder porque responden a estas demandas. Son corruptos y a veces hacen mal su trabajo, pero al menos evitan el error de algunos empresarios que les aterra la democracia y han perdido su fe en la gente. Las dos posturas son similares a aquellas que se ven en una exposición popular de pinturas, donde a la gente culta le interesa más una técnica en particular de una pintura y a las masas algo más doméstico y humano.

La diferencia se podría apreciar a través de una experiencia de la escritora, en un área de Chicago, durante tres campañas, se trató de revocar a un hombre que había representado el área por muchos años. A esta área la componen alrededor de cincuenta mil personas que poseen distintas nacionalidades, los recientes inmigrantes latinos, teutones, celtas, griegos, y eslavos comparten

muy poco excepto las experiencias básicas que poseen los hombres en todos los países y bajo cualquier circunstancia. Para hacer que estas cincuenta mil personas, tan heterogéneas en cuanto a nacionalidad, religión y costumbres, lleguen a un acuerdo con respecto a cualquier demanda, se tienen que tener en cuenta las experiencias universales que son individuales y no sociales.

Un reconocimiento instintivo de esto por parte del representante hace posible entender los fundamentos individuales de su éxito político, pero sigue siendo muy difícil determinar el criterio de indulgencia extrema teniendo en cuenta que constantemente se lo acusa de corrupción política.

Esta indulgencia solo puede explicarse partiendo de la base que sus constituyentes admiran demasiado las virtudes individuales, y al mismo tiempo, son incapaces de percibir las atrocidades sociales que el representante podría estar cometiendo. Por lo tanto, liberan a este de culpabilidad porque su corrupción es social, y ellos de verdad lo admiran como un gran hombre y héroe porque sus actos individuales son en general de bondad y solidaridad.

En ciertas etapas de la evolución moral, el hombre es incapaz de actuar a menos que los resultados lo beneficien a él o a sus allegados, y es un largo camino en el progreso moral fijar el bien de la mayoría antes que los intereses de unos pocos, y preocuparse por el bien de la comunidad sin esperar una devolución individual. Es difícil determinar qué tanto engaña el político egoísta a sus votantes y les hace creer que sus intereses son idénticos a los suyos; cuánto presume de su incapacidad de distinguir entre las virtudes sociales e individuales, una incapacidad que él mismo comparte con ellos; y hasta dónde los encandila con esta idea de su grandeza y certeza de que ellos tienen alguna participación.

Sin duda, la moral se desarrolla mucho antes en forma de hecho moral que en forma de ideas morales, y es obvio que las ideas operan únicamente en la mente popular a través de la voluntad y el carácter, y tienen que ser dramatizadas antes de alcanzar las masas de personas. Incluso las biografías de los santos han sido «la guía principal de los miles de Cristianos que trastabillaban y que solo veían al credo como palabras misteriosas». Las opiniones políticas y éticas se discuten y divulgan entre los sofisticados por medio de conferencias y páginas impresas, pero la gente común solo puede aprender a través del ejemplo, a través de una personalidad que se apodera de la imaginación popular. La ventaja de un barrio sencillo es que los habitantes no se guardan las ideas como tesoros, no los mueve la noción de acumularlos como lo harían con el conocimiento o el dinero; y actúan honestamente de acuerdo con lo que tienen. El ejemplo personal inmediatamente incita a la imitación. En un barrio donde los criterios políticos son de plástico o se encuentran en vías de desarrollo y donde ha habido poca experiencia previa en cuanto a un gobierno autónomo, el titular

a cargo establece los criterios y los ideales personales, los cuales tienen una influencia específica y permanente en la moral política de sus constituyentes.

Nada es más certero, la cualidad que más admira una población heterogénea que vive en una de las áreas más sencillas, es la cualidad de la simple bondad. El hombre que los atrae es el que ellos creen que es bueno. Todos sabemos que los niños anhelan «ser buenos» con una intensidad que no le dan a otra aspiración. Todos recordamos que nuestros primeros esfuerzos estaban orientados a esto y que venerábamos a los adultos porque habían conseguido la perfección.

Las poblaciones en vías de desarrollo, como los campesinos italianos del sur, todavía se encuentran en esta etapa. Quieren ser buenos, y en el fondo de sus corazones no admiran a nadie tanto como a un buen hombre. Las virtudes abstractas son tan complicadas para ellos de comprender y muchos de ellos son todavía tan simples que creen que el poder y la riqueza solo le llegan a los hombres buenos.

El candidato exitoso, debe ser bueno de acuerdo con la moral de sus votantes. No debe esforzarse en tener ideales muy altos ni debe intentar reformar o cambiar los de ellos. Su seguridad yace en hacer a gran escala el buen accionar que sus constituyentes solo pueden hacer a menor escala. Si él cree lo que ellos creen y hace lo que todos anhelan en secreto hacer, va a deslumbrarlos con su éxito y ganar su confianza. Existe una cierta sabiduría en esto. Existe un sentido común en las masas que no puede ser negado con impunidad, así como de seguro existe una excentricidad en el individuo distinto o reformista que tal vez estaría bien desafiar.

En un capítulo previo se destacó la incesante bondad que existe entre los pobres y su inquebrantable respuesta a las necesidades y problemas de sus vecinos más pobres, incluso cuando están en peligro de quiebra ellos mismos. Esta bondad que un hombre pobre muestra a su vecino cuando está en problemas es sin duda potenciada por la conciencia de que él mismo podría estar en problemas la próxima semana, por eso él ayuda a su amigo cuando está muy borracho para valerse por sí mismo, cuando pierde a su esposa o hijo, cuando es desalojado por no pagar el alquiler o cuando es arrestado por un crimen menor. A esa persona le parece totalmente adecuado que su representante actúe de la misma manera a gran escala, que debería ayudar a sus constituyentes a resolver los problemas, simplemente porque está en problemas, independientemente de la justicia implicada.

El representante entonces paga la fianza de sus constituyentes cuando son arrestados, o habla bien a la justicia policial cuando acuden a él para un juicio, utiliza sus influencias con el magistrado cuando es probable que los multen por un delito menor, o ve que es lo que puede hacer para «arreglar las cosas» con el fiscal cuando el cargo es serio. Al hacer esto, él sigue la ética que sostienen

y practican sus votantes. Todo esto hace pensar al ciudadano que la ley no es impuesta si el que la infringe tiene un amigo poderoso. Hubo un caso en el que un representante actuó en defensa de un empleador italiano del área, cuando a este se le acusaba de violar las regulaciones de servicio civil. Los comisionados habían mandado avisos a algunos trabajadores italianos que se encontraban en la lista de elegidos para que se presenten a trabajar un determinado día y hora. Uno de los empleadores interceptó estas notificaciones y las vendió a cinco dólares cada una a otros hombres, haciendo también el negocio usual de una parte del salario. Todo este arreglo del empleador seguía una costumbre que había prevalecido por años, antes de que se establezcan las leyes de servicio civil. Diez de los trabajadores firmaron un documento en contra del empleador, que recibió una condena y una multa de setenta y cinco dólares. Esta suma fue saldada de inmediato por el político, y el empleador, con la certeza de que estaría protegido de futuros problemas, volvió ileso a la colonia. Los italianos quedaron desconcertados por esta muestra de poder más fuerte que el servicio civil, en el cual confiaban como si fuera el de Italia. Se realizó la primera transgresión y varios actos siniestros le siguieron. Ningún italiano que esté cavando un desagüe o barriendo una calle para la ciudad se siente seguro de mantener su trabajo a menos que esté respaldado por su amistad con el político. De acuerdo con la ley de servicio civil, un trabajador no tiene derecho a juicio. Muchos son despedidos por el jefe y se encuentran con que solo pueden ser reincorporados con una recomendación del político. De este modo mantiene su antiguo poder sobre los que trabajan para la ciudad. La mente popular está convencida de que es imposible una administración honesta del servicio civil, y que no es nada más que otro instrumento en las manos de los que tienen poder.

Muchos de sus votantes en este caso se impresionan por el hecho que el representante tenga más poder que el gobierno y como consecuencia, surgen nuevas instancias de infracción de la ley. Un joven puede entrar al bar pasada la medianoche, la hora legal de cierre, y sentarse él mismo en la mesa de apuestas, totalmente libre de interrupción o arresto porque el lugar pertenece al político. Pero para asegurar esta inmunidad el policía debe pretender que no lo ve a través de la ventana cada vez que pasa, y él sabe, y el joven sabe que él sabe, que nada le daría más vergüenza al cuartel general que llevar a cabo un arresto en estos establecimientos. De esta manera, se fomenta la indiferencia hacia todo el mecanismo de la ley y el orden.

Por mera amistad, se espera que el representante pague el dinero que debe el terrateniente cuando este no tiene para pagar; que encuentre «trabajos» cuando este es difícil de conseguir; que obtenga y divida entre sus votantes todos los lugares que pueda apropiarse del municipio. El político del área que estamos analizando, en un momento podía alardear orgullosamente que

tenía veinticinco mil personas en su área bajo la nómina salarial pública. Por supuesto, esto incluía a los jornaleros, pero cada uno tenía distintas obligaciones que cumplir con él para obtener una posición. Cuando reflexionamos que esto es un tercio de los votos de todo el área, nos damos cuenta que es muy importante votar al hombre indicado, ya que al menos hay una posibilidad de tres para asegurar un trabajo.

Si vemos también que las compañías tienen más en cuenta a los candidatos que tienen el apoyo del político, la cuestión de votar al hombre exitoso se convierte en algo industrial además de político. Un trabajador italiano quiere un trabajo más que cualquier otra cosa, simplemente va a votar a la persona que le prometa uno. No es muy diferente a la relación con el empleador y además ambos se fortalecen mutuamente.

El político puede que sea sincero en sus actos de bondad, para alguien buscando un cargo podría empezar con el simple deseo de aliviarle el sufrimiento, y esto podría cambiar de manera abrupta al deseo de poner a sus votantes bajo sus obligaciones. Pero la acción de dicho individuo se vuelve un elemento desmoralizador en la comunidad cuando el impulso de bondad se convierte en un manto de satisfacción para la ambición personal y cuando las morales flexibles de sus constituyentes conforman sucesivamente sus propios criterios subdesarrollados.

El político otorga regalos en casamientos y bautismos. Aprovecha estos días de festividades familiares para hacer amigos. Es más fácil llegar a ellos en el ambiente de vacaciones y de buena voluntad, pero por su parte les parece natural y gentil que él haga eso. Consigue pasajes para el ferrocarril cuando sus votantes desean visitar amigos o ir a funerales de parientes lejanos; compra una gran cantidad de entradas para entretenimientos a beneficio y se los regala a una viuda o un enfermo de tuberculosis. Contribuye también con los premios que serán otorgados a la dama más hermosa o el hombre más popular. En un bazar de la iglesia, por ejemplo, encuentra el escenario perfecto para su actuación dramática. Cuando otros están gastando centavos, él está gastando dólares. Cuando parientes ansiosos buscan apoyo y asegurar votos para los dos niños más hermosos que concursan, él compra votos de manera imprudente para ambos, y a modo de chiste dice cuál de los dos le agrada más. Compra a la joven dama que está determinada a descubrir, con cinco dólares en mano para el bazar de flores, los ramos, por supuesto, que él va a enviar a los enfermos de la parroquia. El ambiente moral del bazar precisamente lo favorece. El murmura muchas veces «No importa, el dinero está destinado a los pobres; es justo si lo obtiene la iglesia; los pobres no harán muchas preguntas». Mientras él pueda poner dichos sentimientos en las mentes de sus votantes con más regularidad, va a estar más complacido. Nada los prepara más rápido

para tener esta visión de él adquiriendo y gastando dinero. De nuevo vemos el proceso ignorado, porque el fin en sí es considerado bueno.

Existe algo arcaico en una comunidad de personas sencillas en cuanto a su actitud hacia la muerte y el entierro. No hay nada más fácil para reunir dinero que un funeral, y uno involuntariamente recuerda que antes se pagaban impuestos a las entidades religiosas para proteger a la comunidad de los muertos y fantasmas. De a momentos uno experimenta casi un sentimiento griego hacia los entierros. Si el político aprovecha los tiempos de festividad para expresar su buena voluntad, mucho más los tiempos de dolor. En un funeral tiene la doble ventaja de brindar un deseo auténtico de consuelo y bienestar, y al mismo tiempo de asistir a un ciudadano afligido para expresar ese curioso sentimiento de remordimiento, que es siempre un acompañante del dolor repentino, ese deseo de «compensar» por malas acciones pasadas, de demostrar al mundo cuánto amó a la persona que acaba de morir, lo cual es tan natural así como universal.

Además de esto, existe entre los pobres que tienen pocas oportunidades sociales, un gran deseo de tener un funeral bien organizado, cuya calificación casi que determina su posición social en el barrio. El político salva a aquellos más pobres de ese horror espantoso de entierro por servicio del estado, provee transporte para los pobres, los cuales de otro modo no podrían conseguirlos. Sería mucho agregar que todos los parientes y amigos que van en ese transporte, otorgado por la generosidad del político, votan por él. Sin duda son influenciados por su bondad y hablan de sus virtudes durante las largas horas del camino de ida y vuelta del cementerio suburbano. El hombre que preguntara en dicha circunstancia de dónde viene todo el dinero gastado sería considerado un siniestro. La tendencia de hablar de manera indiferente acerca de los errores de los muertos y juzgarlos ligeramente se transfiere a los vivos, y más de un hombre en ese momento ha realizado un juicio indulgente acerca de la corrupción política, y ha escuchado discursos amables que luego recordó el día de las elecciones. «Ah, bueno, tiene un gran corazón irlandés. Es bueno con las viudas y los huérfanos». «Conoce a los pobres mejor que los hipócritas que siempre hablan de servicio civil y reforma».

De hecho ¿cuánto puede progresar la idea de pureza cívica y de una administración honesta ante esta gran demostración de amistad humana? Las ideas del reformista cívico son negativas e impotentes ante esto. Dicho político tendría una orden permanente de pago para un tanatopractor y llamaría cada semana, algunas veces más de una vez, para otorgar el tipo de funeral que él desea para un ciudadano en duelo, hasta que la suma pudiera llegar a los «cientos por año». Él entiende lo que las personas desean y sirve a una gran necesidad humana, así como lo hacen los artistas o los músicos. Un intento de sustituir lo

que llamaríamos un criterio erróneo se dio cuando un niño pequeño y delicado fue abandonado en la guardería de Hull House. Una investigación demostró que el niño había nacido diez días antes en el hospital Cook County, pero no se encontró información acerca de su desventurada madre. El pequeño vivió por varias semanas, y luego, a pesar de todos los cuidados, murió. Se decidió que iba a ser enterrado por las autoridades estatales, y el transporte iba a llegar a las once en punto. Alrededor de las nueve de la mañana el rumor de la tragedia que había ocurrido llegó a los vecinos y una media docena de ellos se presentaron muy alterados a protestar. Presentaron una colección de sus humildes pertenencias para pagar un funeral. Las residentes de Hull House eran en ese entonces relativamente nuevas en el barrio y no tenían idea que estaban ignorando un sentimiento moral genuino de la comunidad. En su simplicidad citaron el cuidado y sensibilidad con el que se había tratado a la pequeña criatura mientras estaba con vida, que había recibido toda la atención de un médico especialista y una enfermera capacitada, incluso insinuaron que los miembros más entusiastas del grupo no habían tenido nada que ver en esto, y que ahora la guardería tenía que decidir si la criatura debía ser enterrada de la misma manera en la que había nacido, a costa del Estado. Es dudoso que Hull House haya hecho algo alguna vez para dañar la mente de sus vecinos. Solo fue perdonada por los más indulgentes, con el fundamento de que las residentes eran «solteronas» y que no podían entender el sentimiento de una madre. Nadie nacido y criado dentro de la comunidad podría haber cometido un error como ese. Nadie que haya estudiado las normas éticas con atención podría cometer semejante equivocación.

Todo el tiempo estamos subestimando los sentimientos en general que hay entre la gente simple. Las canciones más populares entre ellos son aquellas de experiencias pasadas, en las cuales el alma madura recuerda y se arrepiente de los pecados de su juventud; canciones en las que la hija errática es perdonada por sus amados padres; en las que los amantes son magnánimos y leales ante todas las circunstancias. La tendencia es aceptar y perdonar, y no aferrarse demasiado a una norma. En los teatros es el hombre magnánimo, gentil e imprudente villano al que siempre se aplaude. Un observador muy inteligente, Samuel Jackson, una vez destacó que era sorprendente ver que había más bondad que justicia en la sociedad.

El político administra numerosos bares, uno en el centro cerca del municipio, donde puede interceptar a sus amigos más importantes. De nuevo actúa basándose en una tradición antigua y una costumbre primitiva, el buen compañerismo que ha sido siempre expresado cuando los hombres se juntan a beber. Los bares ofrecen un lugar común de reunión, con el estímulo suficiente para soltar la lengua y la astucia de los hombres que se reúnen allí.

Cada Navidad reparte toneladas de pavo no solo a los votantes, sino también a las familias que no son representadas con el voto. Mediante una administración judicial algunas personas reciben tres o cuatro pavos. Pero el político no cumple con ninguna de las reglas persistentes de las sociedades de caridad, ni tampoco declara porque un hombre que quiere dos pavos para Navidad es un sinvergüenza que nunca más va a recibir pavo. Como él no distribuye sus regalos de Navidad desde una postura filantrópica, no hay motivo para aplicar las reglas de las sociedades de caridad a sus beneficiarios.

Por supuesto hay algunos que creen que la benevolencia proviene de motivos egoístas y se sienten libres de un sentimiento de gratitud, otros van más allá y creen con orgullo que pueden aprovecharse del político. Un ejemplo de esto puede ser el joven que se llena los bolsillos de cigarrillos, dándoles un guiño a los otros. Pero esta libertad de un sentido de obligación, a veces es el primer paso a estar dispuesto a vender su voto a ambos partidos, y luego romper su boleta como se le antoje. La escritora recuerda una conversación con un hombre en la que este se quejaba abiertamente, y sin vergüenza alguna, de que «su voto se había vendido solo por dos dólares este año» y que él estaba «terriblemente decepcionado». La escritora sabía que su ingreso durante los nueve meses previos había sido de veintiocho dólares, y que él debía treinta y dos dólares. Ella se podía imaginar bastante bien el entusiasmo con el que él había esperado este subsidio. Luego de unos años la venta de votos se ha convertido en algo común, pero se hace muy poco por parte del comprador o vendedor para disimular este hecho si la transacción continua fácilmente.

El dueño de una posada en una ocasión vendió todos los votos de su casa a un partido político y fue «muy bien remunerado», pero en un impulso de codicia, decidió también vender todos los votos a la oposición, en las mismas elecciones. Dicho ultraje no puede ser tolerado. Al hombre se lo trató con una versión moderna de «alquitrán y plumas» (un método antiguo de tortura y humillación pública), y como resultado de haber sido expuesto a aguas muy frías en noviembre, contrajo neumonía y murió. No se llevó a cabo ninguna investigación oficial, ya que el certificado del doctor de neumonía era suficiente para un entierro legal y el sentimiento público avaló la acción. En numerosas conversaciones que la escritora tuvo con respecto a toda la transacción, descubrió una gran indignación con respecto a la duplicidad y traición, pero nada con respecto a su ofensa original de vender los votos de su posada.

Se va a crear un club con el propósito de ganar reputación para obtener poder político, el cual va a ser vendido más tarde. El presidente y el comité ejecutivo de dicho club, quienes naturalmente van a recibir los fondos, prometen dividirlo con «los muchachos» que van a aumentar el número de membresías. Al principio, un movimiento reformista está lleno de reclutas activos y firmes

en sus aseveraciones del número de votos que pueden conseguir. Los reformistas están encantados con esta expresión de entusiasmo, y solo de forma gradual descubren que muchos de los reclutas están ahí con el propósito de ser comprados por la oposición, que son tan activos para denotar más valor, y así aumentar el precio de su alianza cuando estén listos para venderse. Los reformistas que los ven retirarse uno por uno, hablan de deserción de las filas de la reforma y del poder del dinero sobre los hombres bien intencionados que son muy débiles para soportar la tentación. Pero en realidad, estos hombres no son desertores porque nunca estuvieron de verdad enlistados en las filas. El dinero que obtienen no es ni un soborno ni el precio de su lealtad, es simplemente la consumación de un minucioso plan y una recompensa bien ganada. Ingresaron en el nuevo movimiento con el propósito de ser comprados a través de este y han alcanzado este propósito con éxito.

Hull House ayudó a realizar dos campañas frustradas contra el mismo político. En los dos años siguientes a la primera, casi todos los hombres que habían destacado recibieron un cargo por parte del candidato reelegido. Una imprenta había sido designada a un administrativo del municipio, un conductor recibió un gran salario por servicios en el transporte policial, el candidato mismo, un albañil, obtuvo un puesto en el departamento de construcción de la ciudad. Al principio de la siguiente campaña, lo más difícil fue encontrar un candidato, y cada candidato demandó tiempo para considerar la proposición. Durante este período el candidato sistemáticamente se volvió el receptor de la recompensa del político. El primero, que era el dueño de una gran fábrica, se dice que fue comprado con la promesa de que las instituciones de la ciudad usarían el producto de su firma. El segundo, el dueño de una despensa y bar familiar, con mucha popularidad, se le prometió una nominación por parte del político para tomar un cargo cuando expire el de un colega suyo. Cabe aclarar que fue nominado y elegido satisfactoriamente. El tercer candidato recibió un puesto de trabajo para su hijo en la oficina del fiscal de la ciudad.

No solo los puestos de trabajo están a su disposición para otorgar, sino que todos los pequeños favores también. Todos los pedidos al consejo o licencias específicas, deben ser presentados por el político del área en la que reside la persona que los solicita. De esta manera, el político tiene constantes oportunidades para poner a sus votantes bajo sus órdenes. Es difícil para los votantes soportarlo, o para alguien con un gran interés en entrar en la actividad política. Desde el vendedor italiano que quiere una licencia para poder vender fruta en la calle, a la gran constructora que desea cavar para poner tuberías que lleguen de un edificio a otro, todos están bajo las obligaciones del político y constantemente se siente así. De hecho, estas regulaciones para presentar pedidos al consejo fueron hechas por los políticos mismos, con el propósito explícito de

incrementar la dependencia de sus votantes, y así aumentar el poder y prestigio político. El político tiene una influencia muy particular sobre los dueños de propiedades dentro de su área. La pavimentación de calles y veredas dentro de su distrito es deplorable, en los discursos políticos la oposición lo considera responsable de estas condiciones y promete una mejor pavimentación bajo otro régimen. Pero la pavimentación no se podría llevar a cabo sin la aprobación de los dueños de propiedades de los alrededores, y pagar más impuestos es justamente lo que sus votantes no quieren hacer. En realidad, «sacárselos de encima», o peor, posponer el tiempo de la obra es uno de los favores del político. Un movimiento para hacer la pavimentación a través de un fondo común sería sin duda rechazado por los dueños de otras partes de la ciudad que ya han pagado el asfalto que limita sus propiedades. Pero ellos no tienen idea alguna de las consecuencias económicas que podrían tener los dueños de propiedades más humildes, ni entienden por qué su mayor preocupación es la de elegir un político que se interese más por sus bolsillos y sentimientos que en la reputación y limpieza de su ciudad.

El político demostró gran sabiduría al obtener de ciertos amigos del centro la suma de tres mil dólares para vestir y equipar una brigada de muchachos con templanza que él había formado en una de las iglesias del municipio, meses antes de su campaña. Es extraño que el buen líder, cuyo corazón se llenaba de un orgullo inocente al mirar a estos prometedores retoños de virtud, deba negarse a entrar en una campaña reformista. De qué sirve suponer que se podría llegar a confundir la ética de los jóvenes soldados cuando los uniformes y bayonetas, cuyo propósito es promover la templanza, fueron comprados con dinero que aportó el dueño de un bar y casa de apuestas. Porque tomarse la molestia en insistir que fue en vano enseñarles virtudes abstractas, mientras que el corrupto de la ciudad era el hombre que ellos reconocían como un amigo leal y de buen corazón, el ciudadano que representaba el espíritu del pueblo, a quien sus padres votaban con entusiasmo y sus madres llamaban el amigo de los pobres. Mientras que el éxito actual y tangible este personificado, ya sea en jardines de infantes o brigadas, hablar en clubes o clases hace poco y nada para cambiar el código de ética.

La pregunta de dónde proviene el dinero que se gasta con tanto éxito, por supuesto que surge en varias mentes. Las personas sin formación aceptan la verdad de las fuentes sin ningún tipo de cuestionamiento. Para sus simples mentes él obtiene el dinero de los «ricos» y mientras que él se lo devuelve a los pobres como un verdadero Robin Hood con mano abierta, no tienen ninguna objeción. Su ética es honesta como la de los guardabosques. Las personas de la comunidad con un poco de formación tienen la voluntad de admitir que él es el líder de la corrupción en el municipio de la ciudad, que él vende las fran-

quicias de la ciudad, hace tratos con las compañías sin habilitación y garantiza emprender medidas dudosas a través del municipio, por lo que demanda una paga generosa, este es, en síntesis, un corrupto exitoso. No obstante, cuando hay suficiente intelecto para tener este punto de vista, también lo hay para afirmar que esto se hace universalmente, que todos los políticos lo hacen más o menos con éxito, pero que el político de este municipio es único por ser tan generoso. Estas acciones son deplorables, por supuesto, pero esa es la manera en la que se lleva a cabo el negocio y son afortunados de tener a un hombre de buen corazón cercano a las personas que obtenga una parte del botín, que trabaje con grandes compañías que contratan a hombres en la construcción de sus empresas y por lo tanto pueda darles trabajo a sus votantes. Nuevamente, es la justificación de robarles a los ricos para darles a los pobres. Incluso cuando son lo suficientemente inteligentes para completar el ciclo y ver de dónde proviene el dinero, que no viene del bolsillo de las compañías sino de las tarifas de los coches de personas como ellos, pareciera que ellos quisieran pagar dos centavos más cada vez que usan el transporte, en vez de dejar de ser conscientes de que tienen un gran y bondadoso amigo en el juzgado que va a estar junto a ellos ante cualquier emergencia. El sentido de inmoral o ilegal aparentemente se da mucho después que el deseo de protección o indulgencia. En su totalidad, los regalos y favores son considerados evidencia de una amabilidad genuina. El político en realidad es elegido porque él es un buen amigo y vecino. Él es corrupto, por supuesto, pero no es elegido porque lo sea, sino a pesar de ello. Su moral concuerda con la de sus votantes. Ejemplifica y exagera el modelo popular de un buen hombre. Ha alcanzado lo que sus votantes tanto deseaban en secreto.

Donde termina el municipio, hay una calle que se llama «Con Row» y muchas de las casas están ocupadas por administrativos. Esta calle supone ser un coto de caza del político exitoso, donde puede vivir en prosperidad manteniendo su voto e influencia en el municipio. Sería difícil simplemente estimar la influencia que ha tenido este grupo de exitosos y prominentes hombres, incluyendo el político que vive ahí, sobre los ideales de la juventud de la comunidad. El camino que lleva a la riqueza y al éxito, a la prominencia cívica y honor es el camino de la corrupción política. Podríamos comparar esto con el camino dispuesto por Benjamin Franklin que también aseguró estas cosas, pero les dijo a los muchachos jóvenes que todo esto solo se podía obtener a través del esfuerzo arduo y un estilo de vida frugal mediante la cultivación de la mente y la honradez. Nuevamente podríamos comparar esto con los ideales que se profesaban a la juventud americana, en menor medida que el ideal revolucionario, desde ya, pero aun así buenos y aspirando a un comportamiento honrado y una vida prudente. Les habían dicho que la carrera del hombre artífice de su

éxito estaba disponible para todos los jóvenes americanos, si trabajaban duro y ahorraban su dinero, cultivaban su mente y seguían firmes su ambición. La escritora recuerda que cuando tenía diez años, el rector de la localidad le dijo a su pequeño rebaño, sin atenuar ninguna cláusula, que Jay Gould había conseguido su fortuna descomunal porque guardaba pedazos de hilo siempre que podía. Como resultado, todos los niños de la localidad recolectaban diligentemente ovillos de diversos colores. Un chico brillante de Chicago podría deducir que el camino del político corrupto no solo lleva a honores cívicos, sino que a la gloria de la benevolencia y filantropía. Esta disminución de valores, esta constitución de una idea es tal vez la peor de las circunstancias, porque, como habíamos dicho en el primer capítulo, nuestras acciones y decisiones diarias determinan nuestros ideales, no solo los propios sino los de las personas entre sí.

Estamos todos involucrados en esta corrupción política y como miembros de la sociedad somos todos culpables. Esta es la condena de la democracia, estamos obligados a avanzar o retroceder juntos. Ninguno de nosotros puede hacerse a un lado, nuestros pies están sobre la misma tierra y nuestros pulmones respiran el mismo aire.

El hecho que el político tenga mucho que ver en establecer un modelo de vida y prosperidad deseable, podría ser ilustrado en el siguiente incidente: durante una campaña, un dibujante muy astuto dibujó una representación del político exitoso tomando champagne en una mesa llena de platos ostentosos y otras cosas. Por otro lado teníamos a su oponente, el albañil, que estaba sentado en un muro sin terminar, comiendo una cena humilde en su lonchera de trabajador. A los que pasaban se les preguntaba qué tipo de representante preferían, la suposición era que en un distrito de trabajadores iban a elegir al albañil. Sin embargo, para la decepción de los reformistas, se descubrió que en la mente popular el hombre que apila ladrillos y usa mameluco no es el preferido para ser el representante, sino que prefieren al hombre que bebe champagne y usa un diamante en el frente de su camisa. El distrito deseaba ser representado por lo mejor de ellos y ciertamente algunos de los votantes se hubieran sentido avergonzados de ser representados por un albañil. Es parte del deseo general ser bien representado. La creencia americana optimista y meticulosa sostiene que incluso si un hombre trabaja con sus manos hoy, él y sus hijos seguramente estarán en una mejor posición en el futuro cercano, y que no hay necesidad de ser asociados con gente trabajadora común. Hay una honesta falta de conciencia de clase y una creencia ingenua de que el tipo de ocupación determina la posición social. Esto es sin duda exagerado en un barrio de inmigrantes, porque a medida que cada nacionalidad se adapta más a las condiciones americanas, su ocupación va ascendiendo. Hace cincuenta años en América «el alemán» era usado como un término despectivo, de reproche,

porque era un hombre cuya lengua no se entendía y que realizaba tareas domésticas, cavaba alcantarillas y construía las vías férreas para los terraplenes. Luego los irlandeses realizaron el mismo trabajo en la comunidad, pero lo más rápido posible le cedieron esos trabajos a los italianos, a quienes llamaron «dago» por «digging», ya que realizaban las excavaciones. El italiano mismo finalmente se está dando cuenta de este hecho. Recientemente un capataz italiano dio un discurso político donde reprochaba con rencor al representante político por darle el trabajo de cuatro dólares al día de sentarse en una oficina a los irlandeses y los trabajos de limpiar las calles de dólar y medio al día a los italianos. Esta lucha en general de alzarse en la vida, para ser al menos representado políticamente por uno de los mejores, en cuanto a ocupación y estatus social, también tiene su lado negativo. Debemos recordar que el impulso de imitar también tiene un rol importante en la vida, y que la pérdida de valoración social que sentimos profundamente todos nosotros, es tal vez más temida por los más humildes, entre los cuales la libertad de conducta individual, el poder de darle peso a las opiniones de los vecinos, se formula con debilidad. Una forma de limitación, sutil pero poderosa, se da por el simple deseo de hacer lo que otros hacen, para compartir con ellos la aprobación de la comunidad. Por supuesto que mientras más personas compartan este modo de conducta obtenido, más grande va a ser el límite que se traza en la voluntad individual. Por eso es que la corrupción política de la ciudad tiene más peso donde menos resistencia se presenta, y es más probable que se la limite.

De la misma manera, las consecuencias negativas de un gobierno corrupto son propensas a afectar en mayor medida a los más pobres y menos capaces. Cuando el agua de Chicago está turbia, los más adinerados compran agua embotellada a fuentes distantes, los pobres no tienen otra alternativa que contraer la fiebre tifoidea por usar los suministros de la ciudad. Cuando no se aplican las regulaciones con respecto a los residuos, los afortunados pagan por un servicio privado y los pobres sufren las enfermedades y malestar que son inevitables en una atmósfera contaminada. El empresario exitoso tiene la posibilidad de elegir entre tratar con el «jefe» político o preservar su independencia con un ingreso menor, pero un trabajador italiano tiene las opciones de obedecer las órdenes del «jefe» político o directamente pasar hambre. Nuevamente, un hombre más inteligente filosofaría un poco acerca del estado actual de corrupción y reflexionaría que es solo una fase de nuestro comercialismo, del cual estamos sujetos a emerger. En todo caso podría buscar consuelo en la literatura o ideales en otras direcciones, pero el hombre más ignorante que vive solo en el presente no tiene muchos recursos. Lentamente se convence de que la política es una cuestión de favores y posiciones, que un gobierno autónomo significa complacer al «jefe» y ocupar un puesto en la pandilla. Este

conocimiento que adquiere se lo transfiere a su familia. Durante el mes de febrero su hijo puede llegar a venir de la escuela con cuentos incoherentes acerca de Washington y Lincoln, y el padre podría haber sido despedido por hablar de Garibaldi, pero dicha charla es solo ocasional, y durante el extenso año las fortunas de la familia, la oportunidad de ganar comida y refugio dependen del «jefe». Hasta cierto punto, las oportunidades de goce y recreación también dependen de él. Para dar un ejemplo, si un hombre tiene preferencia por las apuestas, si la máquina tragamonedas lo divierte, la persona va a aquellas casas que gozan de la protección de las esferas políticas. Si a él y a sus amigos les gusta ir a los bares pasada la medianoche o incluso les gusta escuchar un poco de música mientras beben temprano a la tarde, el sujeto está infringiendo la ley en cualquiera de estos casos y solo puede estar exento de arresto o multa porque el gran aparato político le muestra sus favores a cambio de su lealtad.

Durante la campaña, cuando era difícil asegurar suficientes oradores con el tono moral deseado, simplemente los traían de otras partes de la ciudad, de las consideradas «mejores». De repente, se rumoreaba en todos lados que mientras que los oradores y el dinero para el candidato reformista provenían de las partes más adineradas, el dinero utilizado para financiar al candidato corrupto también provenía de una fuente adinerada; que el presidente de una corporación automotriz, para quien él realizaba continuamente trámites en el municipio de la ciudad, estaba listo para apoyarlo con una suma de cincuenta mil dólares; que este empresario también era un buen hombre y se encontraba en una posición bastante alta, que recientemente había donado una gran suma de dinero a un instituto educativo y era considerado un filántropo, sin mencionar bueno e íntegro, como cualquier hombre de la ciudad; que el político corrupto tenía la aprobación de las autoridades más importantes y los oradores que hablaban en contra de la corrupción y de la venta y compra de franquicias eran solo extraños, y no los fuertes empresarios que habían creado y forjado Chicago.

Todas las partes de la comunidad están relacionadas con el desarrollo ético. Si los miembros denominados más cultos aceptan regalos corporativos del hombre que compra al municipio, y los miembros denominados menos cultos aceptan regalos individuales de la misma persona, sin duda debemos enfrentar las consecuencias todos juntos. Hay una diferencia por supuesto, en el primer caso actuamos de manera colectiva y en el segundo de manera individual. Pero ¿acaso las consecuencias con respecto al primero son menores o tienen menor alcance que las más obvias que corresponden al segundo punto?

¿Tan presa ha quedado nuestra moralidad del mercantilismo, citando la generalización del Sr. Chapman, que no nos sentimos moralmente consternados cuando se cumplen con los intereses de las empresas o la educación, a diferencia de cuando se propician intereses más banales como los de un bar?

La corporación automotriz que declara que es imposible hacer negocios sin ejercer control sobre el municipio está exactamente en el mismo nivel moral que el hombre que no puede retener poder político a menos que tenga un bar, una buena relación con los pseudo delincuentes y dinero dudoso con el cual corromper a sus votantes. Ambos asumen que el único recurso posible es seguir la línea del interés propio. Francamente reconocen que su única motivación es obtener dinero y creen en la avaricia de todos los hombres con los que se encuentran. En ninguno de los casos se plantean acciones para priorizar las demandas del público o para fundar una base moral sobre la cual actuar. Como el político corrupto considera que la moral popular es imposible, muchos empresarios se convencen de que pagar un tributo al político corrupto, es más barato que tener que pagar impuestos muy altos; que es mejor pagar sumas exageradas por las franquicias que volverse involuntariamente socios de experimentos de transportación. Dichos hombres llegan a considerar a los políticos reformistas como una especie de monomaníacos que no son lo suficientemente razonables para ver la necesidad del esquema actual, que ha evolucionado y avanzado lentamente, y en base a la cual se llevan a cabo los negocios de manera segura. Un reformista que realmente conociera a las personas y sus necesidades humanas, que creyera que el gobierno debería estar al servicio de la comunidad y que también reconociera a la educación como una responsabilidad, tendría alguna idea clave para poder analizar la situación. El reconocería qué necesidades cubiertas por el político son legítimas y que la ciudad misma podría satisfacer, en contraposición con aquellas que consienten los instintos de los votantes. A la madre que come su pavo de Navidad con un sentimiento reverente de agradecimiento al político que se lo regaló, se le podría llegar a generar un sentimiento genuino de apreciación y gratitud hacia la ciudad que proporcionó a sus pequeños hijos un jardín de infantes o al Ministerio de Salud que trató con éxito a un vecino que padecía fiebre escarlatina y le ahorró noches sin dormir y ansiedad, así como dinero que le hubiese costado pagar al doctor y al farmacéutico. El hombre que en su gratitud emocional casi se arrodilla ante el amigo político que saca a su hijo de prisión, podría hacérsele ver la bondad y sentido común de las autoridades de la ciudad que proporcionaron al muchacho un lugar donde poder jugar y una sala de lectura, donde pasar sus horas de recreación, desasosiego y donde se puede prevenir la tentación de cometer delitos menores. Un hombre agradecido con el político, porque este no se opone a sus apuestas y carreras, podría aprender a sentir lealtad o responsabilidad por la ciudad que le brindó un gimnasio y una pileta para poder realizar deportes y desarrollar un buen comportamiento. El votante que ansía servirle al político a toda hora, porque su trabajo depende de eso, encontraría gran alivio y placer al trabajar para la ciudad que le aseguró su puesto mediante una buena administración de las leyes del servicio civil.

Al fin y al cabo, lo que el político corrupto demanda de sus seguidores y de lo que depende en gran medida es el sentimiento de lealtad, de apoyo por parte de la persona a la que le brindó su ayuda, bondad y comprensión. Toda la vida social del votante, desde que era chico y jugaba a la pelota con su equipo y no con otro, se funda sobre este sentimiento de lealtad y apoyo hacia sus compañeros. Ahora que es un hombre, le gusta estar dentro de una organización política, que le confíen habladurías políticas, pertenecer a un grupo de personas que entiende las cosas, cuyos intereses son importantes para su representante dentro del municipio mismo. Todo esto es perfectamente legítimo y todo está orientado al desarrollo de una fuerte lealtad cívica, si tan solo fuera socializado y amplificado. El individuo avanza porque ha perdido el sentido de aislamiento, y abandonó el pensamiento de que el gobierno de la ciudad no interfiere en sus asuntos individuales. Incluso Mills afirma que los sentimientos sociales de una persona, su deseo de estar en unidad con sus pares, son el fundamento natural de la moralidad y define a una persona culta como aquella que se considera, no un individuo aislado, sino parte de un organismo social.

Bajo este fundamento no tendría que ser difícil construir una estructura de virtud cívica. Solo hace falta dejar en claro al votante que sus necesidades son comunes, es decir, son necesidades públicas y que solo se pueden satisfacer de forma legítima cuando se satisfacen las necesidades de todos. Si nosotros creemos que la lucha por la propia vida pudiera expandirse a una lucha por las vidas de todos, seguramente la demanda de un individuo por decencia y comodidad, por la posibilidad de trabajar y tener una vida plena, se expandiría al punto de abarcar a todos los miembros de la comunidad y se transformaría en un sentido de bienestar común.

Sin embargo, para brindarle un sentido de convicción de que sus necesidades individuales deben estar unidas a las necesidades de la mayoría, y que son solamente importantes si lo están, la demanda no puede hacerse bajo el interés propio. La demanda debería ser universalizada y en este proceso también se volvería más evidente, y el fundamento de nuestra organización política se volvería necesariamente social y ético.

¿Sería peligroso determinar que el político corrupto, porque es democrático en sus métodos, estaría en una posición del desarrollo social más ética que el reformista, quien cree que la gente debe convertirse en «buenos ciudadanos» y ser gobernada por «expertos»? El primero al menos está interesado en el gran esfuerzo moral de permitir que la masa se exprese y en agregar energía y sabiduría a la comunidad en su conjunto.

La gran divergencia de experiencias hace difícil que el buen ciudadano entienda este punto de vista y muchos factores hacen difícil que actúe en base a esto. Es más o menos víctima de ese curioso sentimiento que poseen a menudo los

hombres buenos, que lo correcto no necesariamente tiene que ser agradable, que su bondad es suficiente y que pueden dejarles el arte y artimañas de asegurar el bien popular a los ambiciosos. Esto tiene como resultado un comportamiento repugnante, considerado comúnmente como la apariencia de la rectitud, y es responsable por el grave error de presentar el entorno de las «buenas influencias» como algo poco atractivo, error que realmente merece un severo llamado de atención, al igual que el acto reprochable de presentar el entorno de las «malas influencias» como algo encantador. Ambos se asemejan a ese estado mental que limita el acceso a una moral mucho más amplia que la cabeza de un alfiler, y que es responsable de que los nuevos movimientos morales hayan sido inaugurados por aquellos que se han encontrado en conflicto con el bien convencional.

El éxito del político reformista, que insiste en una administración honrada y en el control y eliminación de los elementos insubordinados de la comunidad, podría ser el resultado de un proceso egoísta y restrictivo. Ya que el doloroso precio a pagar por tratar de satisfacer las necesidades mediante el aparato político y al mismo tiempo reestructurar ese aparato para que se adecue a su nueva tarea, es enfrentarse a la inevitable transición a un nuevo tipo de relación democrática. Sin embargo, las experiencias confusas de la administración actual tienen un valor propio. El economista que trata los casos individuales como simples datos y el reformista social que trabaja para hacer tales casos imposibles, simplemente por apelar a su razón, tendrían que experimentar estas confusiones antes de sentirse dentro del alcance de un principio de expansión, trabajar desde adentro hacia afuera, para poder alcanzar la euforia y mejora que se obtiene cuando la simpatía individual e inteligencia son dirigidas hacia el movimiento instintivo progresista de la masa. Este movimiento no se da sin sus aspectos intelectuales, pero para que realmente se entienda tiene que ser transferido de la zona de percepción a la de emoción. La masa de personas raramente se mueve en unidad sin un incentivo emocional. La persona que elige hacerse a un lado evita la confusión, pero al mismo tiempo pierde contacto con una gran fuente de vitalidad.

Tal vez la mayor dificultad en el camino de aquellos que tratan de definir y obtener la moral social surge de la incapacidad de probar con éxito el valor de sus esfuerzos, no pueden estar seguros de sus motivos hasta que sus esfuerzos se vuelven acciones y se presentan en una forma factible de conducta o control social. Ya que la acción, de hecho, es el único medio de expresión de la ética. Con frecuencia olvidamos que el campo de la moral es el campo de la acción; que la especulación en lo que respecta a la moral no es sino una cuestión de observación y debe permanecer en el campo de la opinión intelectual; que una situación no se vuelve moral hasta que surge la pregunta acerca de qué deberíamos hacer en un caso particular y que estamos obligados a actuar en

base a nuestra teoría. Hace un tiempo, un disertante de la ética muy reconocido declaró que «es una locura esperar recibir sabiduría mediante la observación únicamente. Solo alcanzamos el conocimiento moral mediante la práctica tentativa y cuidadosa. Aprendemos a aplicar la nueva perspectiva luego de aplicar la anterior y descubrir que esta no tiene éxito».

Esta necesidad de llevar el experimento a la acción excluye de la iniciativa a todas las personas tímidas e indecisas, es más, a todos aquellos que retroceden ante la necesidad de luchar hombro a hombro con las personas toscas, cuya única virtud podría ser el esfuerzo social, y no son motivadas por los intereses individuales, que de hecho están impulsando la moralidad social, pero lo hacen irracional y emocionalmente, a menudo a costa de los fundamentos bien establecidos de la moral.

La capacidad de distinguir entre el esfuerzo genuino y los errores inesperados es quizás la prueba más difícil a la que se enfrenta nuestra falible inteligencia. Dentro de las morales individuales, hemos aprendido a desconfiar de aquel que alcanza la espiritualidad simplemente al renunciar al mundo o especular sobre sus males. El resultado, así como el proceso de las virtudes alcanzadas por la represión, se ha vuelto desagradable para nosotros. Cuando toda la energía moral de un individuo se dirige hacia la cultivación de la integridad personal, todos sabemos lo desafortunado que el resultado puede ser. Sus cualidades mejoran, por supuesto, pero está recubierto con el resultado de su propio esfuerzo como para ser atractivo. En este esfuerzo hacia una moral superior con respecto a nuestras relaciones sociales, debemos demandar que el individuo tenga la voluntad de perder la idea de mérito personal y que este se sienta feliz de realizar su actividad en relación con la actividad de la totalidad.

El grito de «devuelta al pueblo» siempre se escucha al mismo tiempo; cuando tenemos la demanda de los profetas por arrepentimiento o el grito religioso de «vuelta a Cristo», como si buscáramos refugio con nuestros pares y creyéramos en nuestras experiencias comunes como una preparación para una nueva lucha moral.

Así como la aceptación de la democracia trae consigo un cierto poder vitalizador, también tiene sus propias condenas y satisfacciones. Tal vez la más obvia es esa sensación extraña que tenemos de vez en cuando de sentir que pertenecemos a un todo y que un bienestar tan simple jamás podría ser arrebatado de nosotros sin importar las circunstancias. Tolstói representó esta experiencia en *Amo y criado*, donde él salva a su sirviente de congelarse protegiéndolo con el calor de su propio cuerpo y sus horas moribundas se llenan con una sensación inefable de sanación y bienestar. Tales experiencias, de las que todos hemos tenido al menos un indicio, anticipan en nuestra relación con los vivos esa paz mental que nos envuelve cuando intercedemos por los

muertos. Esto está relacionado con la creencia de que los muertos entienden porque han experimentado la «mayor experiencia» y por eso comprenden las menores; que todos los malentendidos que tenemos en la vida son producto de la experiencia incompleta y que las preocupaciones de la vida se deben a nuestra inteligencia limitada; cuando la mayor experiencia llega, trae consigo la misericordia y el perdón. Aceptar la democracia de manera consciente y sus diversas experiencias es imaginar esa paz y libertad.

Referencias bibliográficas

Addams, Jane (1902). *Democracy and Social Ethics*. The Macmillan Company.

Addams, Jane (1907). *Newer ideals of peace*. University of Illinois Press.

Addams, Jane (1910). *Veinte años en Hull House*. Universidad de Murcia.

Wolfe, Alan (2006). *Becoming Jane Addams*. The New York Times.

La conciencia de una nación: el trabajo social de Jane Addams en las comunidades de inmigrantes de Chicago

Susanne Watts

American Public University System

Dame a los cansados, a los pobres,
A las masas amontonadas que gimen por respirar libres,
A los despreciados de tus colmadas costas.
Envíamelos, a los desposeídos, a los arrojados por la tempestad,
¡Levanto mi lámpara junto a la puerta dorada!

Estos famosos versos del poema sobre la Estatua de la Libertad de Emma Lazarus sirvieron de invitación para los miles de inmigrantes que ansiaban encontrar una vida mejor para ellos y sus familias durante la Edad Infame (*Gilded Age*). La inmigración a los Estados Unidos durante las últimas cuatro décadas del siglo XIX era de más de 13 millones, con más del 80 % proveniente de Europa.¹ La mayoría de estos inmigrantes se establecían en las zonas urbanas que prometían abundante trabajo en las fábricas. Estos trabajos indicaban la

1 Roger Daniels, «The Immigrant Experience in The Gilded Age», in *The Gilded Age*, ed. By Charles W. Calhoun (Lanham: Rowman & Littlefield Publishers, 2007), 78–79.

expansión estadounidense en el sector industrial y muchos inmigrantes «se ubicaban en la parte inferior de la sociedad urbana e industrial estadounidense». ² Al instalarse en barrios urbanos que presentaban hacinamiento, las condiciones de vida eran terribles. De este modo, las palabras de Emma Lazarus describían mejor las reales condiciones laborales y de vida de los inmigrantes en su nuevo país que el encanto de la Tierra Prometida. La difícil situación de la clase trabajadora inmigrante pronto llamó la atención de los reformistas sociales de clase media. Visionarios sociales como Jane Addams buscaban utilizar la reforma social con el fin de mejorar la vida de los inmigrantes de clase trabajadora humilde. Jane Addams creyó en la obligación del individuo de ayudar a la comunidad. A través de su trabajo pionero y visionario, proveyó de servicios sociales de suma importancia al grupo de inmigrantes pobres y llevó su conflicto a la escena pública. Su obra en Hull House fue fundamental a la hora de defender la reforma social y extender los servicios sociales a nivel local y estatal, y, también, luego a nivel federal. Además, Hull House facilitó un intercambio no solo entre las clases sociales sino también entre las diferentes etnias. Los servicios que proporcionó Hull House asistieron a los inmigrantes en el proceso de asimilación de la cultura y sociedad estadounidense.

Jane Addams nació el seis de septiembre de 1860 en Cedarville, Illinois. Su padre, John Huy Addams, fue un hombre de fuertes convicciones morales y estaba comprometido con los principios de justicia social. Esto, claramente, repercutió en Jane y en su obra futura. Ella reconoció: «Este lazo no solo se aferró a mis mayores afectos sino que también fue el primero en conducirme hacia las preocupaciones morales de la vida». ³ Si bien su padre apoyaba el voto femenino, y «respetaba la aptitud de su hija para razonar y decidir por ella misma», se opuso a los planes educativos de Jane de conseguir el título de grado y asistir a la Facultad de Medicina. ⁴ En lugar, Addams asistió al Seminario de mujeres de Rockford (nombre fundacional de la Universidad de Rockford) y, allí, se graduó en 1881. En su ensayo final, hizo hincapié en la importancia de «la mujer instruida para utilizar su don de la intuición en la búsqueda de reformas sociales y no restringirse a la casa y a la crianza de los hijos». ⁵ Al habersele negado la oportunidad para continuar sus estudios, en 1883, Jane emprendió un viaje hacia muchas partes de Europa con familiares.

2 Ibid., 87.

3 Jane Addams, *Twenty Years at Hull House* (New York, 1910), 26 (Project Gutenberg, 1998), EPUB, accessed November 11, 2013, <http://www.gutenberg.org/ebooks/1325>

4 Lousie W. Knight, *Citizen: Jane Addams and the Struggle for Democracy* (Chicago: University of Chicago Press, 2005), 81, Ebrary Reader, último acceso el 21 de diciembre de 2013 desde <http://site.ebrary.com/lib/apus/docDetail.action?docID=10265951>

5 Ibid., 123.

Durante este viaje, experimentó la vida de los barrios pobres de Londres por primera vez. El panorama de total pobreza y la incapacidad de la sociedad para proveer las mínimas necesidades básicas y la dignidad humana dejaron a Addams desosegada con un profundo sentimiento de fracaso.⁶ Esta experiencia le daría a Jane el ímpetu para ocuparse de llamar a la participación de las mujeres en las reformas sociales y, así, darle sentido y propósito a su trabajo final.

Mientras que, por un lado, Jane Addams no tenía una perspectiva muy clara de lo que quería hacer para darle sentido a su vida y, a su vez, para realizar un trabajo significativo para la sociedad, por el otro, estaba «convencida de que sería lo correcto alquilar una casa en alguna parte de la ciudad en donde se vieran muchas necesidades básicas y reales».⁷ Al darse cuenta de que otras mujeres instruidas y de clase media experimentaban una sensación similar de descontento, soñó con establecer una comunidad que se sumergiera en la vida de la clase trabajadora. La idea de establecer una casa de asistencia a los desfavorecidos (*settlement house*) donde mujeres jóvenes como ella vivieran entre la gente humilde de la clase trabajadora surgió luego de encontrarse con los desfavorecidos en Londres durante su primer viaje a Europa. En 1887, Jane emprendió su segundo viaje a Europa con una idea y propósito más claro; esta vez, con su vieja amiga, Ellen Gates Starr. Durante este viaje, visitaron Toynbee Hall en Londres, la primera casa de vecindades del mundo, para conocer las actividades diarias, y experimentar lo que podrían encontrarse al llevar a cabo una iniciativa similar en los Estados Unidos.

Toynbee Hall abrió sus puertas en 1884 como un «centro universitario perteneciente al movimiento de las casas de vecindades (University Settlement) al este de Londres, donde una pequeña comunidad de «residentes» podía vivir y trabajar junto a los habitantes locales».⁸ Su fundador, Samuel Barnett, deseaba atraer a hombres jóvenes instruidos en nivel superior para vivir y trabajar en el área de bajos recursos del este de Londres con el fin de mejorar la vida de los ciudadanos humildes de la clase trabajadora. Toynbee Hall ofrecía servicios y clases variadas a la comunidad que atendían las necesidades básicas de educación de los humildes. Se brindaban clases gratis de matemática básica, lectura y escritura. El interés en el desarrollo de «relaciones personales entre ricos y pobres con el fin de romper las divisiones de clases»⁹ lo convirtió a Toynbee Hall en algo revolucionario. Este énfasis puesto en compartir expe-

6 Ibid., 150.

7 Addams, *Twenty Years at Hull House*, 117.

8 Jo Till, «Icons of Toynbee Hall – Samuel Barnett», *Toynbee Hall*, accessed December 15, 2013, http://www.toynbeehall.org.uk/data/files/About_Toynbee_Hall/Barnett_low_res.pdf

9 Ibid.

riencias mutuas entre diferentes clases sociales fue otro aspecto de importancia que Jane Addams incorporó en la filosofía de su institución. Toynbee Hall debía funcionar como un lugar que uniera a las diferentes clases sociales a través de la educación. Barnett era un férreo defensor de la idea de brindarles a todos acceso a la cultura. Sostenía que «todos debían tener acceso al arte, la música, la literatura y el aprendizaje, no sólo una élite adinerada y educada en universidades».¹⁰ Las ideas de Barnett eran, sin duda, revolucionarias y meritorias, pero, a su vez, revelaban una actitud paternalista habitual en los ricos de la época. Según la mayoría de los reformistas sociales de clase media, los desfavorecidos necesitaban de sus trabajos y conocimientos para mejorar sus vidas. De todas formas, el concepto de casa de vecindades fue innovador ya que les permitió a los hombres y mujeres cultas de clase media experimentar la cruda realidad de vivir en los barrios humildes.

Toynbee Hall era lo que Jane Addams quería plasmar en su propia casa. Addams quería concretar el objetivo de los movimientos de las casas de vecindades (settlement movement) de acercar los ricos a los pobres, que vivieran más cerca los unos de los otros en una comunidad interdependiente. Para poder lograr este objetivo, ella establecería su casa en un área urbana con carencias con el fin de disminuir la pobreza a través de la incorporación de servicios que faltaban, y de ayudar a los humildes de la clase trabajadora a mejorar sus vidas. A diferencia de Toynbee Hall, Addams quería que su institución se centrara en el trabajo con inmigrantes. Eligió establecer la casa en Chicago, ya que para entonces Ellen Gates Starr estaba enseñando en una escuela en Kirkland.¹¹ Una de las mayores dificultades fue encontrar un barrio de inmigrantes adecuado, y una propiedad pertinente en la comunidad. Luego de meses de búsqueda, Addams y Starr encontraron un barrio de inmigrantes heterogéneo en el lado oeste de Chicago, en el Distrito 19.

El barrio estaba compuesto en su mayoría por inmigrantes, en el cual había representadas más de 18 nacionalidades.¹² El Distrito 19 no solo estaba constituido por una población de clase trabajadora heterogénea sino que también albergaba establecimientos industriales y comerciales. Por lo tanto, el barrio que Addams y Starr eligieron fue, en su sentido más genuino, un barrio de clase trabajadora, donde sus habitantes vivían y trabajaban. Esta idea de barrio implicaba, también, el hecho de que las clases más adineradas, en especial las mujeres que pertenecían a ellas, no tenían prácticamente contacto con los inmigrantes. Ellos, realmente, vivían en comunidades separadas y segregadas.

10 Ibid.

11 Knight, *Citizen: Jane Addams and the Struggle for Democracy*, 196.

12 Ibid., 211.

La casa de Addams iba a cambiar este escenario al invitar a las residentes mujeres de clase media a «aprender a conocer a las personas y comprenderlos, a ellos y a su estilo de vida».¹³ La institución de Addams y Starr, Hull House, debe su nombre al dueño anterior, Charles J. Hull. Hull House abrió sus puertas el 19 de septiembre de 1889 con el fin de comenzar su labor: crear una comunidad que beneficiara tanto a sus residentes de clase media como a los inmigrantes de clase trabajadora del barrio.

Al margen de enunciar los beneficios interdependientes que la obra de Hull House tenía como objetivo lograr, Addams tenía confianza de que Hull House sería un lugar de intercambios recíprocos entre las clases sociales, en donde todos aprenderían del otro. Su misión era no solo brindar asistencia inmediata para mejorar las vidas de los inmigrantes sino también ofrecerles una oportunidad para una mejora económica a largo plazo. Al igual que Barnett, Addams creía que las mujeres instruidas de clase media eran las adecuadas para facilitar este objetivo. Sin embargo, Addams también se dio cuenta de que para lograr este objetivo, los trabajadores de Hull House debían reunirse con los vecinos en sus propias casas. Frente a su esfuerzo por asistir al barrio de una manera efectiva, Hull House vio la necesidad de desempeñar un rol activo en las actividades diarias de los inmigrantes. Por consiguiente, la misión de Hull House se basaba en tres principios éticos: «enseñar con el ejemplo, ejercer la cooperación y llevar a la práctica la democracia social, es decir, relaciones sociales igualitarias, o democráticas, a través de las clases sociales».¹⁴ A pesar de la existencia de otras organizaciones que intentaban mejorar las condiciones de vida de la clase trabajadora mediante movimientos privados de reforma social, muy pocos, en efecto, vivían y trabajaban de forma abierta en los barrios de aquellos a los que ayudaban. Hull House, en ese sentido, era un establecimiento vanguardista, ya que se encontraba dentro de la comunidad a la que se destinaba a asistir y sus residentes ingresaban al barrio para trabajar directamente con sus habitantes. Poniendo en práctica los principios de Hull House, «Addams y Starr establecieron como primer tema en su agenda el hecho de conocer a los habitantes del barrio», lo que generó confusión en sus nuevos vecinos. El barrio desconfiaba de las intenciones de esas mujeres blancas de clase media.¹⁵ Al llevar a la práctica los principios de Hull House en sus interacciones diarias, Addams y los demás residentes gradualmente se ganaron la confianza del barrio. Las denominadas visitas amistosas a las casas de los inmigrantes proporcionaron información valiosa a Hull House para

13 Ibid., 198.

14 Ibid., 199.

15 Ibid., 220.

evaluar las necesidades inmediatas del lugar. Addams confiaba que estas visitas «también sirvan para levantar el ánimo y aliviar el sufrimiento de los desposeídos a través de los efectos meliorativos del contacto de clases», acercando así las diferentes clases sociales.¹⁶ Encontramos, otra vez, una actitud paternalista implícita, en la cual los pobres necesitan del ejemplo inspirador de la clase media para superar su pobreza económica. Por lo tanto, no sorprende que, al principio, los vecinos inmigrantes de Hull House vieran con reticencia su obra.

El barrio en donde se encontraba Hull House era peculiar ya que estaba integrado por una población heterogénea. Los habitantes del Distrito 19 representaban 18 nacionalidades diferentes. Esto no fue un hecho intempestivo ya que Chicago atraía inmigrantes debido a su importancia como gran centro económico durante el siglo XIX. «Las industrias de la carne, el licor, acero e hierro, de ropa, vagones de ferrocarril, de maquinaria agrícola eran industrias prósperas» en Chicago, ya que concentraba una oferta variada de industrias de la nueva economía.¹⁷ La economía prometedora de Chicago atraía a los inmigrantes. Sin embargo, la mayoría de estos trabajos característicos de la nueva economía no eran calificados, lo cual dejaba a la mayor parte de los inmigrantes posicionados en la parte inferior de las clases sociales en la sociedad industrial urbana. En lo que respecta a la población, en 1890, «el censo de los Estados Unidos develó que de 1.1 millones de las personas que vivían en Chicago, una increíble cantidad de 855 000 habían nacidos fuera del país o sus hijos habían nacidos en los Estados Unidos».¹⁸ Por tal motivo, Hull House se estableció en una de las áreas más variadas étnicamente y pobres económicamente de la ciudad. A pesar de que el barrio era sin lugar a dudas plural, los grupos de inmigrantes se mantenían dentro de sus propias etnias. De este modo, se experimentaba un proceso de segregación. La información estadística recogida por los residentes de Hull House demostró que los inmigrantes «se vinculaban entre sí, pero era visible una predisposición categórica de inclinarse hacia la formación de pequeñas colonias».¹⁹

16 James B. Salazar, *Bodies of Reform: The Rhetoric of Character in Gilded Age America* (New York: NYU Press, 2010), 222, Ebrary Reader, último acceso: 21 de diciembre de 2013 desde <http://site.ebrary.com/lib/apus/docDetail.action?docID=10420306>

17 Knight, *Citizen: Jane Addams and the Struggle for Democracy*, 203.

18 Melvin G. Holli, «Hull House and the Immigrants», *Immigrants, Illinois Periodicals Online*, Northern Illinois University Libraries, último acceso el 15 de diciembre de 2013 desde <http://www.lib.niu.edu/2003/iht1010323.html>

19 *Hull-House Maps and Papers, a Presentation of Nationalities and Wages in a congested District of Chicago, together with Comments and Essays on Problems growing out of the Social Conditions* (New York: T.Y. Crowell, 1895), 39 (American Libraries), EPUB, último acceso 11 de noviembre de 2013 desde <https://archive.org/details/hullhouse-mapspap00newy>.

Addams y Starr habían querido centrar su actividad en un barrio de inmigrantes, principalmente formado por alemanes y franceses ya que ellas habían pasado tiempo considerable en estos países durante sus viajes a Europa, hablaban el idioma y conocían la cultura y costumbres de las personas. Sin embargo, la situación en el Distrito 19 era diferente porque, durante las últimas décadas del siglo XIX, la inmigración atrajo mayormente a inmigrantes del este y sur de Europa. De acuerdo con Hull–House Maps and Papers, «los italianos, los judío–polacos y judío–rusos, y los bohemios lideran en número e importancia. Los irlandeses controlan las encuestas, mientras que los alemanes no son demasiados en el barrio, a pesar de conformar un tercio de la población de Chicago».²⁰ Sin embargo, a menos de 10 años de la primera publicación sobre la composición étnica del barrio, el *American Journal of Sociology* informó que los italianos componían para entonces 72 % de la comunidad, mientras que los griegos, 13 %, y el resto «se dividía en 27 nacionalidades diferentes».²¹ Por consiguiente, el barrio donde se encontraba Hull House estaba en cambio permanente, y sus residentes debían ser flexibles al intentar evaluar las necesidades de las comunidades étnicas de inmigrantes de manera individual. No consistía en un enfoque «único para todos», ya que las comunidades de inmigrantes tenían percepciones diferentes sobre Jane Addams y Hull House, percepciones conformes con las organizaciones sociales de comunidades de inmigrantes ya consolidadas. Hull House fue capaz de construir y de mantener, con éxito, una relación positiva con la comunidad griega, lo cual resultó en la concentración de «las actividades sociales y culturales de la comunidad griega» en Hull House.²² Sin embargo, debido a la influencia de la Iglesia Católica sobre la comunidad italiana, Hull House no fue capaz de conectarse con los inmigrantes italianos carenciados. De hecho, se consideró a Hull House como un «contendiente principal para las almas de los niños italianos».²³ De todas formas, las desastrosas condiciones de vida en el Distrito 19 le permitieron a Hull House conectarse con todos los inmigrantes por medio del trabajo que ayudaba a mejorar sus vidas.

Las condiciones generales del Distrito 19 no discriminaban ni segregaban por etnia. El barrio le manifestó a Hull House problemas que necesitaban inmediata solución para que se pudieran generar condiciones de vida más segura. Como se mencionó anteriormente, el Distrito 19 fue un barrio de auténtica clase

20 Ibid., 40.

21 Natalie Walker, «Chicago Housing Conditions. X. Greeks and Italians in the Neighborhood of Hull House», *American Journal of Sociology* 21, no. 3 (November 1915): 290, último acceso: el 15 de Noviembre de 2013 desde <http://www.jstor.org/stable/27638971>

22 Rivka Shpak Lissak, *Pluralism & Progressives – Hull House and the New Immigrants, 1890–1919* (Chicago: University of Chicago Press, 1989), 104.

23 Ibid., 100.

trabajadora en el cual la gente vivía y trabajaba. Las personas, con frecuencia, trabajaban en el mismo lugar en el que también vivían. Esta situación generaba varios riesgos debido al hacinamiento, las condiciones insalubres y la falta de servicios públicos de calidad. Muchos de los conventillos se encontraban en estado de deterioro, sin instalaciones sanitarias adecuadas y sin la ventilación necesaria. Además, no eran mantenidos con normalidad por sus propietarios, que se encontraban prácticamente ausentes. El problema principal en el barrio era el hacinamiento, el cual exacerbaba las condiciones insalubres. Los servicios públicos casi que no existían, ya que «las calles se encontraban indescriptiblemente sucias; la cantidad de escuelas era inadecuada y las leyes sanitarias no eran cumplidas; la iluminación pública, mala; el pavimento, deplorable, y en general faltaba en los callejones y pequeñas calles; y los establos, indescriptiblemente hediondos. Cientos de casas no estaban conectadas a las alcantarillas».²⁴ Addams se dio cuenta de que estas condiciones representaban una gran desventaja para el progreso de los inmigrantes. Las condiciones de vida en el Distrito 19 hacían casi imposible para sus habitantes vivir de manera saludable y evitar enfermedades, con frecuencia, mortales. Las malas condiciones eran, también, perjudiciales para el bienestar general del barrio, y afectaban de manera adversa la asimilación de los inmigrantes dentro de la sociedad estadounidense. Los barrios pobres de inmigrantes en diferentes partes del país a menudo eran considerados como un derivado de la inmigración irrestricta y de una cultura extranjera de inmigrantes que no estaba dispuesta a ser americanizada.

A través de la obra de Hull House, Jane Addams intentó convencer a la clase media y a los líderes políticos de que los responsables por la difícil situación económica y social no eran el carácter de los inmigrantes sino el ambiente de trabajo y de vida. Si se les brindaba a los inmigrantes condiciones favorables en su ambiente, entonces, se identificarían más fácilmente con su nuevo país. En consecuencia, era importante para Hull House ofrecer servicios que ayudaran a los inmigrantes a asimilarse a la sociedad y cultura estadounidense. Los inmigrantes debían formar parte de todos los aspectos de la sociedad y vida estadounidense para que ellos estuvieran totalmente integrados a esta sociedad. Hull House y sus residentes estaban allí para guiar y educar a sus vecinos inmigrantes sin preconcepciones ni prejuicios. La idea de tratar a los inmigrantes como iguales era muy importante para Addams, ya que era un elemento significativo del principio de democracia social. Para Addams, «la democracia social significaba la eliminación de las barreras sociales, nacionales y culturales entre los recién llegados y entre ellos y los nacidos en los Estados

24 Addams, *Twenty Years at Hull House*, 131–132.

Unidos». ²⁵ Por lo tanto, a pesar de que la obra en Hull House podría ser considerada como trabajo de caridad, esta también serviría como un sistema de apoyo de larga duración con el fin de juntar a las diferentes clases sociales.

En ese sentido, el objetivo de Hull House no se consideraba simplemente como un elemento atenuante de la pobreza «sino como una oportunidad para alcanzar los potenciales significativamente democráticos de sus intercambios interculturales para los trabajadores de clase media de la casa y la comunidad». ²⁶ Hull House funcionaba como un lugar donde las personas de todas las clases sociales y trasfondos étnicos podían juntarse y conectarse el uno al otro para construir una sociedad más justa y más social.

El concepto de asimilación, además, suponía la idea de que los inmigrantes no podían permanecer segregados en sus propias comunidades étnicas dentro del Distrito 19. Hull House tenía como intención juntar a inmigrantes de diferentes trasfondos al ofrecer clases variadas y clubes, así también como al abrir sus puertas a asociaciones étnicas. Los aspectos educativos de Hull House, además de sus compromisos cívicos y sociales, no eran «más que diferentes manifestaciones del intento de socializar la democracia, así como lo era la existencia misma del *Settlement*». ²⁷ Aun así, el principal objetivo de Hull House era atender a su comunidad más próxima facilitándole servicios que mejorarían las necesidades más apremiantes del barrio. A lo largo de los años, Hull House extendió sus servicios y, al igual que antes, fue flexible en adaptarse a las necesidades cambiantes de sus vecinos. Algunos de los servicios más prácticos que tuvieron un impacto directo en la comunidad fueron una guardería, un jardín de infantes, cuidados en horario postescolar y clubes para los niños, una cafetería y cocina para servir comidas económicas, oficinas para ayudar a las personas con respecto al empleo, un consultorio médico y alojamiento para mujeres. ²⁸ Con el fin de lograr la integración de los inmigrantes de manera efectiva a la sociedad estadounidense, Hull House brindó una gran variedad de servicios muy populares relacionados con la educación. Ofrecía conciertos, tenía su propia orquesta y coro infantil, albergaba una galería de arte que le permitía mostrarle a los inmigrantes las bellas artes, y ofrecía cursos de extensión universitaria, los cuales «introducían a los recién llegados a la cultura occidental estadounidense y creaban oportunidades para que cada inmigrante pudiera alcanzar estudios superiores en sus trabajos o desarrollar sus talentos intelectuales con el fin de

25 Lissak, *Pluralism & Progressives*, 25.

26 Salazar, *Bodies of Reform*, 229.

27 Addams, *Twenty Years at Hull House*, 518.

28 Dorothea Moore, «A Day at Hull House», *American Journal of Sociology* 2, no. 5 (March 1897): 631–634 último acceso el 15 de noviembre de 2013 desde <http://www.jstor.org/stable/2761647>

lograr la preparación educativa en nivel superior».²⁹ Mientras que las clases educativas ayudaron a Addams a concretar su ideal de juntar a las diferentes etnias de inmigrantes, los clubes sociales estaban, generalmente, separados por etnia. Los objetivos culturales y educativos de Hull House, sin embargo, por momentos chocaban con la cultura e ideas de los inmigrantes, lo cual forzaba a la casa a adaptar sus actividades. En el caso de los italianos, Hull House «le dio prioridad a los deportes, al baile, a los juegos y las artesanías en lugar de hacer hincapié en los programas educativos y culturales».³⁰ Jane Addams se dio cuenta de que no se podía forzar el proceso de asimilación en los inmigrantes. En lugar de alejar a una gran parte de la comunidad, Hull House se adaptó a sus necesidades. De esta manera, Addams reconocía el hecho de que para alcanzar un verdadero sentido de comunidad, uno debía comprender el estilo de vida del otro y aprender a partir de experiencias mutuas. Esta experiencia no hubiera sido posible fuera de la meta y el entorno de Hull House. En términos generales, esta ayudó a la concreción del proceso de asimilación al construir un puente entre el pasado y presente de los inmigrantes.

La obra de Jane Addams y Hull House llevaron la lucha de la clase trabajadora inmigrante de los Estados Unidos a la escena pública. Los reformistas de clase media como Addams comprendieron que las clases altas tenían como obligación trabajar por una democracia más social y justa. Esto significaba que ellos debían experimentar, hasta cierto punto, la vida del inmigrante. El hecho de establecer una casa de asistencia en un barrio con inmigrantes provenientes de diversos lugares le permitió a Addams atender de manera directa las necesidades más apremiantes de la comunidad y también brindar estudios a largo plazo que ayudaron a promulgar reformas sociales necesarias. Hull House proveyó de servicios de importancia a la comunidad inmigrante por medio de «programas que promovieron la confluencia de las etnias y luego el proceso de asimilación».³¹ En este sentido, el objetivo de Jane Addams de generar un intercambio entre las clases sociales y las diferentes etnias sirvió de modelo para ayudar a los inmigrantes asimilarse a la sociedad estadounidense. Al poner en práctica la cooperación, enseñar con el ejemplo e intentar crear relaciones sociales igualitarias entre las líneas de clases, Jane Addams no solo les dio esperanza a las «masas amontonadas» del Distrito 19 de Chicago sino que también les brindó oportunidades sociales y educativas para encontrarse con la Tierra Prometida en los Estados Unidos.

29 Lissak, *Pluralism & Progressives*, 47.

30 *Ibid.*, 120.

31 Shelton Stromquist, *Re-inventing «The People»* (Chicago: University of Chicago Press, 2006), 149.

Referencias bibliográficas

Addams, Jane (1910). *Twenty Years at Hull House*. Nueva York, EE.UU. Project Gutenberg.

Crowell, T.Y. (1895). *Hull-House Maps and Papers*, a presentation of nationalities and wages in a congested district of Chicago, together with comments and essays on problems growing out of the social conditions. Nueva York, EE.UU.

Daniels, Roger (2007). *The Immigrant Experience in the Gilded Age*. Lanham: Rowman & Littlefield Publishers.

Holli, Melvin G. *Hull House and the Immigrants*. Página web: Illinois Periodicals Online.

Knight, Louise W. (2005). *Citizen: Jane Addams and the Struggle for Democracy*. Chicago, EE.UU. University of Chicago Press.

Lazarus, Emma. *The New Colossus*. Página web: The Statue of Liberty and Ellis Island.

Lissak, Rivka Shpak (1989). *Pluralism & Progressives – Hull House and the New Immigrants*. Chicago, EE.UU.: University of Chicago Press.

Moore, Dorothea (1897). A Day at Hull House. *American Journal of Sociology* 2, Nº 5.

Salazar, James B. (2010). *Bodies of Reform: The Rhetoric of Character in Gilded Age America*. Nueva York, EE.UU.: NYU Press.

Stromquist, Shelton (2006). *Re-inventing The People*. Chicago, EE.UU.: University of Chicago Press.

Till, Jo. *Icons of Toynbee Hall – Samuel Barnett. Toynbee Hall*.

Walker, Natalie (1915). Chicago Housing Conditions. X. Greeks and Italians in the Neighborhood of Hull House. *American Journal of Sociology* 21, Nº 3.

Saber and Scroll

Volumen 3

Artículo 5

Número 2 primavera/verano 2014

Marzo 2014

La conciencia de una nación: el trabajo social de Jane Addams en las comunidades de inmigrantes de Chicago

Susanne Watts

American Public University System

Encontrá este y otros trabajos en:

<http://digitalcommons.apus.edu/saberandscroll>

Parte del Social History Commons, United States History Commons y Women's History Commons

Cita sugerida

Watts, Susanne (2014). «The Conscience of a Nation: The Social Work of Jane Addams in Chicago's Immigrant Communities», *Saber and Scroll*: Vol. 3: Núm. 2, Artículo 5.

Disponible en: <http://digitalcommons.apus.edu/saberandscroll/vol3/iss2/5>

Este artículo es gratis y de libre acceso gracias a ePress Journals en DigitalCommons@APUS. Aceptado para su inclusión en *Saber and Scroll* por un administrador oficial de DigitalCommons@APUS. Para más información, por favor contactarse a digitalcommons@apus.edu

Sobre la compiladora

Perla Hassan. Profesora de Inglés (ISPI N° 4001), traductora (ISP N° 8) y Licenciada en Inglés (UNL). Cursa la Especialización en Producción de Contenidos y Ambientes Digitales Educativos en la Facultad de Ciencias de la Educación (FCEDU-UNER). Regente de Idiomas y Nivel Primario en el ISP N° 8 Alte. Brown. A su vez docente de las carreras de Profesorado de Inglés y Traductorado Literario y Técnico-Científico en Idioma Inglés de la institución. Docente en las Facultad de Humanidades y Facultad de Filosofía de la Universidad Católica de Santa Fe (UCSF). Docente en las Facultad de Humanidades y Facultad de Filosofía de la Universidad Católica de Santa Fe (UCSF). Integra proyectos de investigación acreditados por la Secretaría de Ciencia y Técnica de la UCSF. Ha publicado y expuesto trabajos de investigación en diversos ámbitos a nivel local y nacional. Se desempeña como consultora lingüística y traductora independiente. Miembro de la Asociación Santafesina de Profesores de Inglés (ASPI) y matriculada en el Colegio de Traductores de la Provincia de Santa Fe Ira. Circ. (CTPSF).

Sobre las coordinadoras

Indiana Vallejos. Licenciada en Servicio Social y magister en Salud Mental por la Universidad Nacional de Entre Ríos (UNER). Profesora Asociada de la asignatura Intervención profesional e Institucionalidad Social (Facultad de Trabajo Social-UNER), y profesora titular de la asignatura Trabajo Social y Construcción Disciplinar (FCJS-UNL). Docente, investigadora y extensionista, ha integrado equipos de proyectos de extensión universitaria y de investigación en ambas universidades. Esta publicación se desarrolla en el marco del CAI+D «La profesionalización de la Asistencia Social. Santa Fe en el segundo tercio del siglo XX».

Viviana Bolcatto. Profesora en Historia y magister en Ciencias Sociales (UNL). Profesora adjunta en las asignaturas Historia Social y Política Argentina en la Facultad de Arquitectura Diseño y Urbanismo (FADU-UNL), Historia Institucional Argentina e Historia Argentina (FCJS-UNL). Docente en la carrera de Traductorado Literario y Técnico-Científico en Idioma Inglés (ISP N° 8). Ha integrado diversos proyectos de investigación acreditados por la Secretaría de Ciencia y Técnica de la UNL. Esta publicación se desarrolla en el marco del CAI+D «La profesionalización de la Asistencia Social. Santa Fe en el segundo tercio del siglo XX».

Sobre las traductoras

Candela María Bieler. Nació en 1998 en la ciudad de San Justo, provincia de Santa Fe. Finalizó sus estudios secundarios en la EEMPI N° 8015 Urbano de Iriondo del Niño Jesús. En 2019 egresó del ISP N° 8 Almirante Guillermo Brown de la ciudad de Santa Fe con el título de Traductora Literaria y Técnica Científica de Idioma Inglés. Actualmente se desempeña como profesora particular de inglés y traductora independiente.

Daiana Tamara M. Rabey. Nació en el año 1987 en la ciudad de Santa Fe. Finalizó sus estudios secundarios en la EESO N° 340 República del Perú en la ciudad de Santo Tomé. En 2009 egresó del ISP N° 8 Almirante Guillermo Brown con el título de Profesora de Inglés, y en 2016, con el título de Traductora Literaria y Técnica Científica de Idioma Inglés. En 2018 se recibió de Especialista docente de Nivel Superior en Políticas y Programas Socioeducativos. Actualmente se desempeña como profesora en escuelas públicas y en el ámbito privado, y como traductora independiente.

María Eugenia Heber Zapata. Nació en 1996 en la ciudad de Puerto Santa Cruz. Finalizó sus estudios en el Colegio Nuestra Señora del Huerto en la ciudad de Paraná. Actualmente es estudiante del Interpretariado y Traductorado Literario y Técnico Científico de Idioma Inglés en el ISP N° 8 Almirante Guillermo Brown y se desempeña como profesora de inglés.

Mercedes López. Nació en 1996 en la ciudad de Santa Fe. Finalizó sus estudios secundarios en la institución bilingüe Dante Alighieri en la capital de la provincia. Es traductora literaria y técnico–científica de inglés, graduada del ISP N° 8 Almirante Guillermo Brown. Desde 2019 cursa la carrera de Profesorado en Letras en la UNL. En 2020 amplió sus estudios en el campo de la Enseñanza de Español como Lengua Extranjera en la Fundación Ortega y Gasset (Buenos Aires). Actualmente se desempeña como traductora independiente.

**UNIVERSIDAD
NACIONAL DEL LITORAL**

Rector

Enrique Mammarella

Secretario de Planeamiento

Institucional y Académico

Miguel Irigoyen

Decano Facultad de Ciencias

Jurídicas y Sociales

Javier Aga



Consejo Asesor

Colección Ciencia y Tecnología

Graciela Barranco

Ana María Canal

Miguel Irigoyen

Gustavo Ribero

Luis Quevedo

Ivana Tosti

Alejandro R. Trombert

Dirección editorial

Ivana Tosti

Coordinación editorial

María Alejandra Sedrán

Coordinación diseño

Alina Hill

Coordinación comercial

José Díaz

Corrección

Laura Prati

Diagramación interior y tapa

Tè de tintas

© Ediciones UNL, 2021.

—

Sugerencias y comentarios

editorial@unl.edu.ar

www.unl.edu.ar/editorial

Addams, Jane

Democracia y ética social / Jane Addams;

prefacio de Viviana Bolcatto; Indiana Vallejos;

prólogo de Bibiana Travi.

- 1a ed. - Santa Fe: Ediciones UNL, 2021.

Libro digital, PDF - (Ciencia y Tecnología)

Archivo Digital: descarga y online

Traducción de: Candela María Bieler ... [et al.]

ISBN OC: 978-987-749-272-9

ISBN TOMO 2: 978-987-749-325-2

1. Trabajo Social. 2. Política Social. 3.

Traducción. I. Bolcatto, Viviana, pref. II.

Vallejos, Indiana, pref. III. Travi, Bibiana,

prolog. IV. Bieler, Candela María, trad. V. Título.

CDD 306.2

© Jane Addams, 2021.

© Bieler, Bolcatto, Hassan, Rabey,

Heber Zapata, López y Vallejos, 2021.

© de la prologuista, Bibiana Travi, 2021.



Primeros pasos en el Trabajo Social es la traducción de obras clásicas de difícil acceso en nuestro medio. La presente edición es una apuesta para hacer llegar al colectivo profesional y a todas y todos los interesados en la reflexión sobre la intervención y la política social dos textos imprescindibles, ambos elaborados hace más de un siglo por Octavia Hill y Jane Addams, pioneras innovadoras que sentaron sólidas bases en el camino hacia la profesionalización del Trabajo Social. Si bien su contenido es de especial interés para nuestro campo disciplinar, podemos afirmar, como señala Horacio González, que la historia del Trabajo Social formaría parte de la «historia de las ideas del mundo moderno» y constituye así un valioso aporte para los estudios sobre la historia social, de las mujeres y la política social. Retomando palabras de Samuel Jones en ocasión del centenario del fallecimiento de Octavia Hill, podemos decir que el legado de estas pioneras está aún presente, de manera que celebramos la iniciativa de esta publicación para «pensar de nuevo: para ver los vínculos que existen, pero están enterrados y las conexiones que nunca se han hecho con nuestra realidad actual».

Bibiana Travi